

RECABARREN

POR

FERNANDO ALEGRIA

Imp. - Lito. - Editorial
"ANTARES"
San Francisco 347
SANTIAGO de CHILE

PRECIO: \$ ~~5.00~~
\$2.50

EDITORIAL "ANTARES"
1 9 3 8

La EDITORIAL ANTARES presenta esta primera edición de la biografía de Luis Emilio Recabarren, que ha escrito Fernando Alegría, con motivo de la conmemoración del décimocuarto aniversario del fallecimiento del gran jefe del proletariado chileno.

No dudamos que nuestra empresa será acogida con entusiasmo, pues la enorme figura de Recabarren es desconocida aún en sus aspectos íntimos y entraña un significado heroico y ejemplar que las juventudes de hoy deben apreciar como uno de los más auténticos legados de la historia del pueblo chileno.

La obra del joven escritor Fernando Alegría muestra una seria y completa documentación. Gracias a su técnica de la biografía — real y emotiva casi hasta lo novelesco — logra presentar la verdad histórica envuelta en una amenidad e interés que hacen del suyo un libro destinado a una amplia difusión.

PRIMERA PARTE

APRENDIZAJE
DE LA REBELDIA

I

El rumor no era nuevo y los descubrimientos de espías entre el ejército gubernamental habían sido frecuentes; pero ahora los soldados que, después de la ejercitación de madrugada, descansaban diseminados por los patios amplísimos del cuartel de los Gendarmes de C. M. encontraron en la noticia de la mañana un fondo de verdadero interés: un muchacho de unos dieciséis años se había atrevido a repartir una hoja antibalmacedista entre los soldados del gobierno y descubierto por un oficial y preso delató a un conscripto del Gendarmes como su único cómplice. Más allá no habían llegado las averiguaciones; el nombre del espía era una incógnita y se aguardaba para muy pronto el instante de saberlo. En aquella masa de hombres, sentados en los corredores o en las salas que servían de alojamiento, ausentes de verdadero entusiasmo por la causa que defendían, atemorizados por las persecuciones y flagelaciones que se decía ordenaba el gobierno por intermedio del fatídico ministro Godoy, una emoción inquieta, una vaga desazón en el pecho había prendido ante la posibilidad de ser calumniados y verse envueltos en un peligroso sumario; una preocupación común que era fácil notar a través de esos rostros azulados por el frío de Julio, de esas manos hinchadas y torpes que jugaban con una gorra o una correa cualquiera. Eran como las once de la mañana cuando una agitación extraordinaria entre los suboficiales y voces desacostumbradas hacía la puerta de la Alameda, indicaron que se había producido novedades interesantes. En efecto, el

espía estaba preso y se le traía para una incomunicación estricta al cuartel de los Gendarmes. En la calle, escasos espectadores presenciaron el hecho; la gente no salía, a pesar de la relativa calma en que vivía la ciudad, pues le bastaba respirar en el aire esa bruma de guerra, esa tensión nerviosa bajada del mismo cielo sucio y apretado de nubes plomas como grandes bufandas para no arriesgarse en lo que se creía iba a arder súbitamente en la más desesperada monotonía. Sin embargo, entre aquellos escasos espectadores hubo una mujer que se impresionó más que los otros y sin poder resistir al horror de lo que veía se hincó al paso de los soldados que, entre bayonetas, llevaban al espía, gritando:

—No maten al niño, no lo maten por D'os!

Pero su emoción y sus gritos de clemencia resbalaron por el pequeño grupo militar con levedad de viento, sin provocar más que un gesto de piedad en el rostro de la víctima que le posó sus ojos un segundo y continuó caminando erguido, más duro de voluntad y de ánimo ante el peligro. La señora lo vio aún atravesar las rejas exteriores y la puerta del viejo edificio de ladrillos y se lanzó corriendo por la Alameda en dirección a San Francisco.

El interrogatorio fué breve. El soldado contestó con valentía y reconoció su complicidad en la edición de "El Opositor", pequeña hoja antibalmacedista y fué despedido por el oficial con una frase que sonó en el silencio de la sala como un disparo:

—Incomunicado hasta nueva orden el soldado Recabarren.

Y entonces, Luis Emilio Recabarren, muchacho de quince años de edad, recién enrolado en el ejército del gobierno, desfiló ante el gesto estupefacto de sus compañeros hasta un cuarto minúsculo ubicado en el tercer patio donde iba a cumplir su incomunicación de varios días.

En verdad, era extraño el caso y las conversaciones sorprendidas de sus compañeros perfectamente justificadas: era extraño que un niño se enrolara en el ejército, se decidiera a intervenir en una lucha que iba a ser sangrienta y que nada tenía que ver con un posible romanticismo de adolescencia: lucha gris, sin la apariencia espectacular que prestan las ban-

das, las despedidas, los discursos, lucha saturada de esa obscura vergüenza, de ese oleaginoso remordimiento que producen las guerras entre hermanos, lucha, en fin, de vagas significaciones, pues ni en uno ni en otro bando había una conciencia exacta de lo que se hacía, excepción hecha de pequeños sectores que peleaban por ser balmacedistas y por ser oligarcas y estaban orgullosos de reconocerlo. Pero, más extraño aun era que la intención de aquel niño fuese doble: que se enrolara en un ejército para cooperar a la causa de otro, del enemigo; que arriesgara su pequeña e incendiada inquietud de vida en el puesto más peligroso que puede haber, más peligroso que la propia vanguardia, pues está en la retaguardia del adversario, es decir, entre sus mismos colmillos. Y el significado del acto de Recabarren se envolvía entonces en misterio y una curiosidad intensa de sentimiento se escapaba de esos soldados rudos hacia la puerta estrechísima y vieja que guardaba la primera rebeldía, la primera conmoción del espíritu de un niño delgado, sólido, de ojos desaparecidos por unos anchos párpados, de poblado bigote—fantástico en sus quince años—bajo una nariz pequeña.

Apenas se filtra una claridad descolorida por una ventanita; sentado en una banca con la espalda apoyada en la pared el muchacho piensa. Está tranquilo; ni temor ni impaciencia lo turban. Recuerda una idea de infancia sobre las cárceles; sobre la desesperación de sentirse limitado en una celda estrecha, con el aire aminorado y la luz desfalleciente, huidiza, con la impotencia de poder golpear, gritar, insultar y no ser oído indefinidamente. Y ahora le parece absurda. Cuando se es niño se piensa de este modo y cuando se es libre. Preso se adquiere pronto la costumbre de la nueva situación; cuando más se advierte el cerebro fantásticamente vacío y se precisa entonces de elegir ideas, de proponerse temas para pensar. Piensa en Amelia. Tal vez se ha impuesto de su prisión y estará nerviosa. Pensar en la angustia que un suceso suyo le pueda causar a esta niña delicada, sensible que vibra en toda emoción, le agita entre los cuatro muros. Amelia alzar sus manos blancas y pequeñas, abrirá mucho sus ojos claros. y sus cabellos rubios hurguetearán el aire mientras corre donde su madre. Y es tan posible que no la vuelva a ver, que lo

procesen rápidamente y lo fusilen. La primera ola de amargura y de tragedia lo sacude íntegramente ese día; es la sola cercanía de la ausencia, la mera probabilidad de no verla para siempre lo que le punza el corazón como un puñado de abejas furiosas. Es que Luis Emilio está viviendo en el clima total de esa niña, está moviéndose en toda su naturaleza en el ámbito de aquellos leves besos, de aquellas miradas y silencios y gestos que Amelia le entrega como un tierno mensaje vital.

Para comprender esto es preciso recordar, como lo hace Luis Emilio, los días transcurridos en el colegio de los Padres Franceses, con sus largas horas de enseñanza religiosa, esas horas en que la imaginación empezó a correr por entre visiones de santos, de querubines, de señores, aprendiendo la voluntad del éxtasis, la gratitud de los milagros y el amor excelso a Dios, erigiendo una zona dentro del alma exclusivamente de bondad y recordar también el término violento de sus estudios y el choque tremendo de sus once años contra una realidad de trabajo y miseria; recordar su dolorosa y súbita soledad y su hallazgo de Amelia que fué puro sentimiento para él. Ella lo acompañó en sus juegos desde su misma llegada a Santiago, cuando Luis Emilio se vino con su familia de Valparaíso, donde nació el 6 de Julio de 1876. Sin embargo, a pesar de conocerla desde entonces, sólo en los últimos tiempos, poco antes de ese año fatídico del 91, la había descubierto. Mirando sus ojos y observándose a sí mismo extasiado, sin decir palabra, perdido en su mirada alegre, adivinando de improviso su bondad y su escogida simpatía humana, Recabarren la había descubierto. En los últimos años, sus relaciones habían sido menos continuas; conversaban, paseaban, pero sólo en las escasas horas que Luis Emilio tenía libre. Su trabajo en el taller de encuadernación era para él una jornada agobiadora que lo devolvía al anochecer lastimosamente deshecho. Pero, a pesar de todo, no se sentía desgraciado. Alegre por naturaleza, juguetero, bromista, poseía un optimismo a prueba de hecatombes; aprendía el oficio de tipógrafo divirtiéndose. A los cinco años, recuerda Luis Emilio, que dos eran sus juegos predilectos: o bien se dedicaba a simular los oficios religiosos que veía en el colegio o juntando letras recortadas en diarios trabajaba en ilusorias impresiones. Ahora, creía sencillamente realizar un juego un poco más serio y continuado, con cierta disciplina y obedeciendo a un

niño mayor: un gordo cualquiera de espectaculares bigotes y de panza como catedral. Además, el juego ofrecía perspectivas; facilitaba empresas interesantes como ésta de "El Opositor", por ejemplo.

Pero un punzazo agudo le sacudió el cerebro destruyendo sus ideas. Miró cada región de la celda, sus muros de cal envejecida cayendo como piel de muerto, sus rincones de sordas tinieblas amenazadoras, la ventanita por la que se colaba una luz que no era tal sino más bien frío, frío de niebla como cuchillo; observó la banca en que se hallaba sentado, la ausencia de otros muebles y una sensación de disgusto, de recelo, unas ganas de alejarse de allí prontamente como si se hallara junto a un cadáver, le cogieron. Pero no hizo sino pasar sus manos por su cabeza de pelo corto, bajarlas por la cara arrojando la naciente barba y dejarlas descansar sobre las piernas como dos pájaros anémicos.

"El Opositor". No duraría mucho tiempo más en el poder Balmaceda. La victoria de los opositores estaba cerca, la toma de Iquique no era sino el comienzo de un avance arrollador.

No había reflexionado mucho para participar en este movimiento que una clase, la enriquecida y aristocrática de nuestro país organizara movilizándolo un pueblo de operarios, de inquilinos, de feligreses contra un Presidente que después de su derrota a manos de quienes él mismo se esforzara en proteger iba a ser reconsiderado, apreciado en su justa importancia por el pueblo limpio de toda influencia reaccionaria. Recabarren oyó voces de "dictadura", de "traición al país", de "muerte de la república" y a quienes se las oyó fué a esos que lo educaban y lo dirigían en esa época de su vida, a los miembros de un clero que desde los alrededores de Santiago editaba profusamente panfletos y pasquines contra el gobierno provocando la revuelta y azuzando el odio y la crueldad que iban a empapar de sangre al país para una recordación fatídica de muchos años. Se adhirió a la causa que estimó justa y lo hizo como él hacía sus cosas: con tenacidad, con audacia, con valentía, fervorosamente convencido de la utilidad de su actitud.

"El Opositor" era apenas una hojita, impresa y redactada por Recabarren y otro muchacho con el que había reunido pacientemente los materiales necesarios. Luis Emilio

quería esta hojita con estimación de niño, la admiraba como cosa que no hubiera hecho él y por esto su padecimiento era mayor al recordar su destino tan diferente al que él imaginara darle.

Seguramente, pensaba ahora, no era el momento oportuno de publicarla o mejor dicho de repartirla. El no hubiera permitido su difusión en tan improvisadas condiciones, de modo tan temerario e ingenuo. Pero, desgraciadamente, todo había sucedido estando él ausente, de una manera, por lo demás, inexplicable, pues cuando se enroló en los Gendarmes la hoja no se había terminado de imprimir y recordaba muy bien haber puesto los tipos en una caja y habérselos entregado a su madre para que los guardara. Cómo había logrado el otro muchacho conseguir la caja y terminar la impresión, era para él un misterio.

Ciertamente, no cabía lamentarse; débilmente fatigado su organismo, agotado el cerebro por la tensión de varias horas y los nervios desarmándose en una ágil incursión al sueño, debía sacar energías, sin embargo, para mantener su entereza, sostener su presencia de cautivo con tremendas ganas de vivir y saberse libre. Unos pasos se escuchan en ese momento por el corredor. Luis Emilio se paró de un modo automático e inconscientemente retrocedió hasta el fondo de la celda. Cesó de pensar y sólo el latido sin eco de su corazón le sonó con el ritmo de grandes flores que se reventaran a intervalos iguales. Una llave sonó en la cerradura y un soldado entró; junto a él un chorro de luz se derramó por todo el cuarto inundado velozmente los rincones. Afuera, otro soldado aguardaba en posición firme con el fusil apoyado distraídamente en una pierna.

La señora se lanzó por la Alameda andando y corriendo con el gesto demudado, sin reparar en la gente; en los soldados que la miraban con curiosidad; en las calles que dejaba atrás rápidamente; llegó a San Francisco, torció hacia la Avenida Matta y entró por fin en una casa ubicada poco más allá de Eyzaguirre.

—Juana Rosa, hermana, Luis Emilio... A Luis lo llevaban los soldados...!

Sus voces confusas, enlazadas absurdamente por la ner-

viosidad, llegaron en ese hogar como una serie de petardos, de golpes dados con piedras en un cristal frágil; primero una muchacha, después otra y otra y luego una señora, fueron rodeándola espantadas de ver interrumpida su labor silenciosa por esta avalancha que viniendo de la calle interpretaron como un anticipo de asalto. Escuchando el nombre del hijo, del hermano, presintieron una tragedia, algo terrible y no se preocuparon ya de traducir el relato de la mujer sino de adivinarlo con la intuición que da el cariño. Entre sollozos y lamentaciones, estrechándose unas a otras en el más grande desconcierto, reconstruyeron la aventura de Luis Emilio y se lanzaron en todas direcciones a procurar los medios de salvarlo. Doña Juana Rosa se fué directamente al regimiento. Una muchacha; María Berta, Mercedes, Clara Luz o Lidia, una de ellas, cualquiera, se fué a avisar al padre que a la sazón vivía alejado de su esposa.

La casa de San Francisco quedó vacía: muda, en actitud de cáscara de nuez que sólo oye transitar el viento por sus caminos interiores y a veces, como sonido agonizante, un galope de caballos o un juramento de postillón batallando con su carro en una calle vecina.

En el regimiento, doña Juana Rosa no tuvo más que decir su identidad para que se ordenara retenerla "hasta nueva orden" mientras se averiguaba en detalles el asunto de su hijo. La famosa incomunicación de Luis Emilio fué, por lo demás, aparente; parecía haber en ciertas autoridades de entonces un proceder por obligación, desligado de verdadero apasionamiento, anhelante de escabullirse y de no tener nada que ver con lo que acontecía; estos sumarios por espionaje, aquellas persecuciones a los miembros del Congreso y a sus familiares, los allanamientos y las clausuras de periódicos, eran miradas con antipatía por todo Santiago, antipatía que no era ajena a muchos de los mismos que debían realizarlas. Por otra parte, el asunto de "El Opositor" no había trascendido más allá del propio cuartel y existía en los jefes una clara intención de considerarlo más como una jugarreta irreflexiva de niño que como un hecho de gravedad contra el gobierno. Así lo prueban, en efecto, las benévolas medidas que tomaron. Se permitió a doña Juana Rosa sostener una entrevista con su hijo; lo esperó en el primer patio del cuartel acompañada de un suboficial y lo vio venir desde lejos cuan-

do los soldados lo sacaron de la celda y poniéndolo entre ambos se encaminaron hacia ella. Luis Emilio traía el rostro contraído, los ojos más insignificantes bajo sus párpados extraordinarios arrugados por la desagradable sensación que la luz le producía a su miopía naciente. Una gran tranquilidad, una ola de alegría que le transformó el aspecto, sintió en la presencia de su madre. Se miraron un momento y doña Juana Rosa fué la primera en abrazarlo, en acariciarle su cabeza y estrechándose, contra su cuello, en humedecerle la casaca con sus densas lágrimas martirizadas; todavía en ese tiempo la ternura de la madre se atrevía con ese muchacho fuerte, de raro espíritu, hundido en sí mismo y sobrio, que a pesar de todo no conseguía borrar de él un claro traje bondadoso. Le contó después lo sucedido con la caja de tipos; el muchacho, aquel compañero que lo había delatado había ido a la casa poco después del enrolamiento a pedir la caja en su nombre.

—Señora, Recabarren manda decir que me entregue la caja que dejó guardada—había dicho—, y ella, sin imaginar las consecuencias, se la había dado. Lo que a ella, de verdad, le extrañaba ahora, era por qué él, Luis Emilio, que parecía ser juicioso, se metía en estos asuntos, en estas cosas tan disparatadas.

Sus palabras iban sonando como pasos de anciano en el húmedo vacío del corredor; se encadenaban en una argolla opaca, regular, sin brillo envolviendo el gesto de Recabarren que apenas escuchaba, que sólo alzaba la cabeza y hacía una mueca de velada impaciencia cuando el tono de su madre experimentaba un alza y asumía caracteres de sermón; le presionaba más fuertemente las manos, le miraba con esos ojos dormidos que la pesadez de los párpados habían tornado más tristes y bondadosos y doña Juana Rosa calmándose, proseguía su monólogo a la sordina.

Un soldado vino corriendo desde la puerta, pasó junto a ellos y se perdió en dirección al tercer patio que ya estaba en la penumbra. Se habían cansado de hablar y de imaginar soluciones a la aventura y ya se creían olvidados definitivamente, cuando el suboficial de guardia vino a buscar a doña Juana Rosa anunciándole que estaba en libertad y que su esposo la aguardaba en la puerta. Apenas posó sus labios sobre la frente de Recabarren y estrechó sus manos, mientras una irónica indulgencia se le dibujaba en una sonrisa al re-

cuerdo de su marido, y ya el muchacho de nuevo volvía a su celda y el ruido de la llave asesinando la cerradura chocaba clavándose en la sombra.

Era la primera transigencia de las autoridades a la que siguió muy pronto la libertad incondicional de Recabarren, obtenida por su padre don José Agustín en trámites de pura fórmula donde las palabras "minoría de edad", "inocencia" e "irreflexión" influyeron tanto como el desánimo y la falta total de ganas de condenar a alguien, mucho menos a un niño, que era lógica en aquellos servidores públicos actuando en un tiempo de incertidumbre, con la presencia de la venganza patente contra ellos en la atmósfera de mañana, de esa noche, de horas más tarde, tal vez.

Luis Emilio llegó un día cualquiera a la casa de su madre; sus hermanas y doña Juana Rosa lo recibieron con alegría, se esforzaron en prodigarle cuidados los primeros días de libertad y después, poco a poco, lo vieron retirarse de nuevo a su cuarto, a sus lecturas, a su imprenta donde consiguió de nuevo la plaza, sin protestar. Era dudoso saber si el fracaso de su aventura había desanimado a Recabarren hasta el extremo de alejarlo por completo de la contienda política; con su familia no discutía sus proyectos, se mostraba impenetrable hasta donde puede serlo un muchacho de espíritu fraternal pero de azarosa vida interior; amigos no tenía en ese tiempo; en la imprenta era el trabajador más joven y también en su calidad de aprendiz, el más ocupado; no tenía tiempo para cambiar ideas con sus camaradas, y al salir del trabajo en la noche ya, prefería ir a su casa y tratar de ver a Amelia o leer un libro o un periódico. Y con Amelia no hablaba de política; prefería hablarle de proyectos más futuros, de una vida de estudio, de creación, de actividad para alcanzar nuevas situaciones. Pero más aun prefería no hablarle, sino tomar sus manos, cerca sus cabellos, rozándose con el aliento anhelante, las mejillas encendidas; mirar sus ojos infinitamente y en ese silencio y en ese gesto permanecer aislados de todo ruido de cielo, de todo deslizarse humano, hasta que una campanada o un beso, como vidrio que se quiebra, les volvía a la existencia de una calle de tierra, con veredas de piedra, con pequeñas casas descoloridas y ventanas de tupidos barrotes adquiriendo contornos de fantasma en las negras noches del Santiago de 1891.

Le era difícil, pues, a su familia saber si Luis Emilio se despedía de toda intención política después de la prisión en el Gendarmes o si, reuniendo nuevas fuerzas, preparaba una aventura de mayores perspectivas. La verdad era, sin embargo, no muy difícil de suponer para quien conociera un poco a Recabarren; un fracaso no podía desanimarlo, por el contrario lo enardecía y lo incitaba con mayores bríos a continuar el combate; el hecho sólo de haber visto requisada su hoja "El Opositor" y su rudimentaria imprenta, de verse amordazado por escasos días en una celda de un regimiento, con el peligro casi inminente de ser procesado y condenado a muerte, le provocaba una revolución en su alma y con toda su voluntad deseaba luchar contra el Gobierno, no con armas indirectas de simple propaganda o de socavación lenta, sino en el propio frente. Recabarren estaba decidido a enrolarse de nuevo, partir al norte y en las provincias de la pampa pasarse al ejército opositor. El desarrollo de los acontecimientos lo seguía, por eso, atentamente; sabía que las fuerzas de Montt y de Koerner eran dueñas de toda la zona salitrera, que se preparaban ya para venirse sobre Valparaíso y que Balmaceda enviaba numerosos contingentes a Coquimbo, a Arica con el objeto de detener un avance que era inatajable. Sabía la fecha en que partiría el próximo envío y había calculado cuando sería el momento preciso para que él se enrolara, momento en que no perdiese el viaje a Coquimbo ni lo presentara como sospechoso por el todavía reciente suceso de "El Opositor". Mientras tanto se limitaba a leer y oír todo lo concerniente al conflicto, a aturdir sus inquietudes con el peso diario de la Imprenta, trabajando con una potencia y una abnegación que eran incomprensibles para su jefe poco acostumbrado a poseer tales aprendices; a guardar silencio en su casa y contentar a su madre entregándole íntegro su salario y a ver aisladamente a Amelia.

Terminaba julio y el invierno maduraba empapado de lluvias cuando la "Imperial" aguardaba en Valparaíso un nuevo, y quizá el último, cargamento de soldados balmacedistas. A Recabarren le fué imposible sostenerse por más tiempo y se presentó como voluntario en la División Carvallo Orrego destinada a embarcarse para Coquimbo. Se le preguntó si poseía instrucción militar y ante su afirmativa se le aceptó sin más averiguaciones; felizmente su detención en el

Gendarmes no había trascendido y entre esta gente era en absoluto desconocida. La partida se fijó para dos días después de su ingreso al regimiento y la tarde primera la tuvo libre para despedirse de su familia y de Amelia que estaban muy lejos de imaginar los pasos que él daba en esos momentos.

La sorpresa de verlo por segunda vez desaparecido en aquel uniforme un poco ancho, con la gorrita pequeña y chata como una sartén en la cabeza y los pantalones abundantes de género apretándose hacia los tobillos, con su casaca flameándole como bandera por encima de su busto joven, estalló en lamentaciones en su casa. Amelia estaba presente. Lo miró entrar y le vió su rostro empalidecido, sus ojos sonrientes, el bigote espeso alzándose en actitud seductora y los labios en sonrisa de pájaro alegre, le miró hasta adentro la satisfacción de emprender un combate apenas vencido un peligro, el ansia de consumirse en una tarea que a todas luces consideraba superior, su entusiasmo por alejarse e introducirse en la vida por un tunel de muchedumbres, de pasiones, de sufrimientos y también de victorias, le miró su felicidad de vivir actuando con todo el espíritu como una espada penetrando sin detenerse en la masa desorganizada y nebulosa que el tiempo le pondría por delante, lo miró sobre aquella tensión y aquel vacío por el que se movía, y fué la única en no proferir palabra y sonreír en cambio respondiendo a su alegría que le incendiaba imperceptiblemente los párpados.

Le tomó sus manos, contestó a sus bromas, rió cuando él reía y juntos, finalmente, hubieron de consolar a doña Juana Rosa y explicarle a sus hermanos por qué se enrolaba de nuevo y cómo el peligro de pasarse al enemigo era insignificante y que el retorno sería pronto, pues las fuerzas congresistas ya embarcarían para Valparaíso y una vez en este puerto la marcha sobre Santiago no se haría esperar. Amelia añadía a sus explicaciones palabras cariñosas para la madre, gestos de ternura; se le ocurrían a ella misma nuevas razones para no angustiarse por la partida de Luis Emilio, y a pesar de que presentía en lo más hondo de su corazón un llanto germinando como una planta menuda y fuerte, una tristeza como un airecillo que se transformaría en huracán de palabras rotas y de lágrimas desesperadas cuando lo viera irse, daba toda la impresión de ser tranquila, de entregar sus voces de calma como salidas de toda su persona sin vacilaciones.

Y la tarde pasó como un celaje que por no dejar huellas parece rápido; un traje de frío se pega a la ciudad silenciosa, convulsionada por el presentimiento de un olor a pólvora cercano, viviendo una revolución en espera, anhelante el oído hacia el norte que traía ruido de cañones por la desolación de la pampa; empieza el cielo a desflecarse en gotas, en una sencilla agua cayendo como una multitud de minutos desprendidos de un reloj gigante. Recabarren comenzó a despedirse; abrazó a su madre, una por una a sus cinco hermanas y salió con Amelia hasta la puerta. No se dijeron nada, se sonrieron y mientras que la sonrisa de él permanecía sonrisa, la de ella se hizo llanto, llanto convulsionado, infinitamente triste y conmovido, tan frágil que no pudo sostenerse solo y se cobijó en el cuerpo del soldado, en la estatura apenas más alta que la de ella que abrigó su cuerpo delicado, que lo estrechó empapándose en sus lágrimas que desfiló un cortejo de dedos armoniosos por sus cabellos rubios y deshizo en besos sus mejillas y sus labios, sus manos, sus hombros.

—Luis! Amelia!

Los nombres no bien pronunciados se rompieron y el sonido de las botas contra la piedra brillante de agua, indicó a todos los que estaban en silencio y con la sensibilidad alerta en esos instantes desde todas partes, que Luis y Amelia no estaban juntos, que la lluvia iba tendiendo una separación entre ellos cada vez más total, que mientras Amelia no veía desde la puerta sino sombra y agua desvaneciéndose, Luis clausuraba su corazón y se preguntaba en qué región de mar y sobre qué buque vacilante iría mañana avanzando a esta misma hora.

Sobre la cubierta los soldados se aburren desde las siete de la tarde, hora de partida de Valparaíso. Miran el cielo obscuro de piedra negra, el agua que se rompe en los costados con su bulla de mil gargantas de sueño y, abriendo un universo bajo la superficie rota, va estampando encajes de espuma; y los palos y las cuerdas que indican el movimiento, movimiento de embarcación estrecha, como si fuera patinando en un hielo de gasas. Toda la noche transcurre lenta con frío de agujas penetrando por las piernas y triturando la cabeza, helando el vientre, las manos, la nariz que no hallan

ropa suficiente para entibiarse, sonando en los oídos con un dolor malo que impide dormir, que obliga a volverse de un lado a otro siempre incómodo, siempre desguarnecido y doliente la espalda. Algunos se arrastran hasta la borda y vacían sus estómagos con admirable entusiasmo, se retuercen y casi botan los ojos de las órbitas emitiendo ronquidos que apenas sobresalen del sonar constante de las máquinas; se calman muy tarde ya, cuando la debilidad los tumba sobre el suelo, incapaces de sentir y pensar, perdida toda noción de espacio, de equilibrio, de ubicación, con el cerebro convertido en una masa pequeña, que choca en un costado del cráneo y luego en el otro sin variar, eternamente.

Luis Emilio se ha quedado dormido. Es preciso vencer los escrúpulos de tener un gran pie mal oliente cerca de la boca, un gran trozo de humanidad de noventa kilos presionándonos un brazo, una porción de bichos invisibles recorriéndonos inocentemente las manos, el rostro, el cuerpo entero, registrándonos minuciosamente toda la sangre, para cerrar los ojos y olvidándonos del vaivén del barco, hundirnos en un sueño vacío, negro, íntegro de un solo tono, pesando con insistencia en el corazón.

En verdad, es necesario, en circunstancias así, un gran poder de adaptación, una especie de vía amplia en el espíritu para no abatirse y dejar que nuestra manera de ser se vea, en cierto modo, avasallada y se deje entremezclar con formas extrañas que vienen hacia ella en oleadas sin contornos, sin intención, indiferentemente. Recabarren tenía este poder de adaptación, por lo menos, lo demostraba en este caso, adaptándose a un medio particular; tal vez sería aventurado decir que su naturaleza estaba de tal manera dispuesta, que el contacto con estas gentes y nada más que con ellas, no le producía choque y por el contrario le agradaba, le alcanzaba el organismo como un tónico, como un clima donde sus ademanes, sus palabras, sus pensamientos eran más seguros, más cargados de vitalidad, más poderosos de significación y de alcance humano, sería aventurado decirlo y al mismo tiempo agregar que a su propio medio lo rechazaba con una energía ancestral. Sin embargo, no hay más que mirarlo alejándose de su casa, desdeñando su hogar y sus lazos familiares, des-

preciando las posibilidades que un portarse tranquilo y ser ordenado le anunciaban para el futuro, no hay más que ver su sonrisa de satisfacción al partir de la ciudad y meterse en la aventura indecifrable del mar, de la revolución, de la guerra y ver su sueño tranquilo en este barco poblado de amargos proletarios, su plasticidad para tratarlos desde el comienzo como camaradas y su serenidad para aguardar el tiempo en que les comprendería más plenamente ya que ahora todavía rasmillaban su alma cierta ironía, cierta burla y frialdad de ellos; no hay más que observar estos hechos para afirmar que Recabarren ya orientaba sus acciones hacia un camino determinado, ya definía su vida por un sector del mundo entre los otros que conocía a través de su breve experiencia, ya dejaba mezclar su destino al de una obscura masa que atrayéndole se retiraba sin mostrarle en definitiva lo que era y hacia dónde apuntaba su paso rumoroso.

No fué mucha tampoco la actividad en el día, en los días y sus noches que duró aún la navegación; se hizo leves ejercicios militares en la mañana, más que nada para pasar el frío, dejándose las tardes libres, pobladas del viento hinchado que atravesaba la cubierta. Paseándose y fumando, entumidos, hechos un ovillo por el suelo, los hombres miraban abstraidamente el mar, lo veían agitarse, mudar de planos, subirse por el cielo con una polvareda de gaviotas y allí lamerle lo plomo que caía en grandes montañas derrumbadas; lo miraban jugar sobre los botes como un muchacho, abrir y cerrar puertas, pasearse por todas partes, quebrarse en un millar de situaciones distintas y amansarse ondulante, como un pasto de trébol, en dirección a la costa que alargaba su lomo de león moribundo a escasas millas de la embarcación.

Al amanecer del tercer día se avistó La Serena, un pueblecito manchado de verde más allá de una playa en herradura. El barco, en vez de seguir directo hacia él, torció junto a una saliente de los cerros y Coquimbo surgió como una bahía respaldeada de colinas, con unas casas—ranchos mejor dicho—trepando por lo amarillo de sus faldas, asomando avergonzadas de sus latas, de sus tablas, de sus papeles de diarios; casas que parecen incitar al océano a que se las lleve.

ranchos como casillas de correos, mal lavado el polvo arenoso de sus paredes por el viento que es constante y a veces de respetable potencia.

En grandes lanchones, de esos que sirven para la carga, los soldados fueron trasladados hasta el puerto; por una escalera medio podrida de humedad ascendieron como un ganado atropellándose, a tropezones, hasta el plano y allí se formaron frente a Coquimbo, a su inocente plaza de pocos árboles, esperando que se les guiara hasta el cuartel donde aguardarían las fuerzas opositoras para entablar combate.

Recabarren sentía su corazón oprimido ante la desolación de aquel puerto; su silencio y su soledad no eran propios de un centro minero, sus ranchos, sus calles estrechas, pendientes, con piedras como animales obstruyendo la marcha, su cercanía—mejor dicho su familiaridad—con el mar tan poco civilizada, pues la playa poblada de cochayuyos y de piedrecillas no parecía sino otra calle entre el puerto y el edificio espeso del agua, emanaban tristeza, miseria, abandono, golpeaban el cerebro con una misma voz, un mismo ruido de pesadilla repetido hasta la desesperación, interminable. Una permanencia en Coquimbo de una semana, de un mes, sería de efectos catastróficos, inaceptable sino se acompañara de la esperanza de decidir la propia suerte en un encuentro con los opositores en el cual se pudiera cambiar de bando e iniciar el retorno a la capital con ánimo de victoria. Recabarren sentía una angustia que lo asfixiaba, que no podría soportar con paciencia; se acercó, a causa de ella, más a sus compañeros, a sus conversaciones; se ausentó del paisaje, movió su pensamiento al ritmo de ellos y poco a poco un interés extraño a la guerra, una preocupación muy lejana a la política del instante, le avivó con creciente intensidad y lo llevó a confundirse en el conjunto, privado de toda llamativa individualidad; este interés no duró un minuto ni una hora ni un día, duró toda su permanencia en Coquimbo agigantándose a medida del tiempo en forma extraordinaria. Impulsado por él comprendió que la revolución antibalmacedista para esos hombres no significaba nada, que no se le oponían porque en el fondo no le alcanzaba a ellos en ningún sentido, que el triunfo de Montt y Koerner y su clase lo veían llegar como si una nube cambiara de sitio en lo alto, sin un anhelo, sin la más frágil esperanza; comprendió además que

la lealtad del ejército a Balmaceda era un hecho innegable, pues el ejército como institución estuvo entonces con el bando democrático y verdaderamente nacionalista, pero al mismo tiempo comprendió que a la masa, a ese soldado que se improvisa en el cuartel ante una revolución o una guerra, Balmaceda no podía movilizarlo sino por la paga, conseguir de él lo mismo que un capitalista que envía un enganche de obreros bien rentados a una ciudad lejana, y esto porque de sus reformas religiosas y sus ideas liberales, de sus afirmaciones antiimperialistas y sus clausuras de cementerios, esta gente no sabía nada y no podía defender nada, por tanto; comprendió que todos estos hombres que, sin duda alguna, eran un sector de Chile, un trozo del pueblo, estaban ausentes en los manejos de la política oficial. Era impresionante para un joven que venía de la enseñanza congregacionista, para quien el proceso de gobernar no es sino mayoría liberal o mayoría conservadora, delegaciones de caballeros que proclaman un candidato y delegaciones de caballeros que se toman un trago y presidentes que se suben a una silla para decir cosas hermanas de los aplausos, era impresionante hallarse de pronto con gente en la misma patria hay no sólo un centenar sino decenas de millares que ignoran lo que sucede en el club liberal, en el club conservador o en el club demócrata, es decir, en la Moneda. No les importa un gobierno u otro porque siempre, cualquiera que sea el victorioso, ellos siguen ignorantes, siguen analfabetos, tan piojosos y sucios y groseros como él los ve en este regimiento de Coquimbo y los supone en cien regimientos más de la República. Se sintió un tanto avergonzado de sus ambiciones, de la ingenua sinceridad con que se entregaba a esta lucha de exterminio. Se le perdió el motivo de ser antibalmacedista. Se quedó noche a noche tendido en el camastro duro de campaña oyendo roncar a sus camaradas, oyéndoles rascarse, oyéndoles quejarse de la mala comida, oyéndoles retorcerse con los intestinos envenenados, embarrar mujeres en sus porquerías de relatos nocturnos y ambicionar la moneda para emborracharse, con el espíritu en un grito, espantado, preguntándose adónde irían a parar y cuál sería su destino. En la ciudad los congresales tramarian la revuelta, se beberían un océano de licor para sellar el compromiso de guerra, los sacerdotes oficiarian por el pronto fusilamiento del hereje que les perseguía, en la

Moneda Balmaceda suspendería el apacible almuerzo para ordenar la movilización de un ejército, y mientras tanto en la pampa se cruzaban a balazos, se deshacían los corazones, el vientre, se destrozaban los ojos y las piernas hombres iguales a estos que tenía cerca de él, iguales a estos que roncaban, se enfermaban, se rompían la piel con las uñas, no sabían leer y doblaban cuidadosamente el uniforme antes de acostarse. Noche a noche fué esta cavilación el interés que lo mantuvo en Coquimbo, el interés que lo diseminó entre la masa de soldados adquiriendo un traje interior que no conocía, que ni siquiera imaginaba en su infancia y que ahora se ponía con amargura pero sin remordimientos, seguro de estar edificando la mentalidad que lo acompañaría siempre, la armonía y el movimiento de su vida. Fué cuando el invierno había desaparecido, cuando el frío nocturno cesaba de apuñalar los pulmones y un sol como una isla brillante desparramaba las nubes en raleados celajes por el cielo amplio, un día cualquiera de septiembre, que un soldado, entre muchos otros, se impuso de las trascendentales noticias: el ejército opositor, zarpando en agosto desde Calera, desembarcó en Quinteros, atacó en Concón, invadió Valparaíso, marchó sobre Santiago y se adueñó del poder que un hombre de ancha frente, de aristocrático amor por el pueblo, entregaba empapado de sangre propia, a través de manos de sangre de un general, a las manos sangrientas de quienes llegaban victoriosos desde la remota pampa salitrera.

Ni una emoción ni un sentimiento, nada, interiormente ni afuera, delató en este soldado de barba negra y gran bigote, de cuerpo duro en la apariencia delgado, de ojos apenas visibles bajo los párpados cayendo como viseras, que la noticia le era interesante. La supo y junto a sus camaradas que le rodeaban y le seguían con ternura, como a un hermano de pocos años que la más grande experiencia y el intenso sufrimiento han hecho mayor, empezó a inventar fechas para el retorno entre bromas y risas que no sabían en absoluto de victorias ni mucho menos de derrota.

No obstante, en el viaje de regreso la intimidad de Recabarren con varios acérrimos balmacedistas, contribuyó a que su juicio sobre el gobernante caído variara considerablemente; desde luego, se convenció de que Balmaceda, aun cuando su política no fuera de masas, no tuviera la amplia resonancia

de una labor emprendida adentro del pueblo, llevó a cabo ciertas obras y sentó ciertos principios que significaban un beneficio material para el país; su valiente nacionalismo manifestado en la defensa de las salitreras contra la invasión del capitalismo inglés, su dinamismo constructivista que dió un aspecto de progreso a Chile y un bienestar relativo a grandes sectores de población, tenía que pesar en Luis Emilio, cuyo espíritu se abría ahora a la más vasta comprensión y cuyo índice de orientación era, casi sectariamente, el mejoramiento de este pueblo que él veía miserable y abandonado. Sus opiniones, contra lo que pudiera creerse, carecían por completo de abanderamiento político: no eran las suyas frases de quien advierte una injusticia y la ostenta como propaganda de una personal teoría o de un partido al cual pertenece; se admiraba de esta condición, nueva para él, en que vivía una enorme cantidad de gente; se dolía de su miseria, de su incultura, de su aislamiento, de la ignorancia que de sus verdaderos problemas tenían los grupos gobernantes; se dolía y se admiraba, pero no llegaba a ninguna conclusión. Su índice le valía solamente para juzgar lo que escuchaba: tenía razón el que intentaba mejorar al pueblo, no la tenía el que lo desdénaba. A qué partidos pertenecían unos y otros, qué doctrinas obedecían, qué partido organizaría él si emprendiera la tarea de saneamiento popular que se hacía inevitable, no lo sabía y más bien eran preguntas secundarias ante la vivencia romántica, puro sentimiento, sin conceptos casi—sufrir nada más al unisono con la muchedumbre—, que Luis Emilio experimentaba en esa época del 91.

Pensando en su familia mientras el barco desandaba el camino balanceándose con enorme brusquedad, notaba un cambio padecido durante su estada en Coquimbo; se notaba diferente, extraño, lejano del niño heroico partido en un invierno de Santiago a defender el orden, la iglesia, la libertad, palabras todas que en escasas semanas se le habían derrumbado viniendo a caer al suelo como árboles muertos, quemados en las entrañas por un fuego de realidad cruel y devastadora; era una especie de mirada nueva en los ojos, de gesto nuevo en las manos, de voz nueva en los labios, de sentimiento nuevo en el corazón. Una vertiginosa transformación cuyo sentido y consecuencias no era posible advertir, pero de cuya efectividad podía estarse convencido sin temor a equivocarse.

Tal vez la vida se capta en una edad por un solo costado, y a pesar de que el hombre vuela de un acto a otro, de una idea, de una actitud, de un convencimiento a otros diversos, ese costado a lo largo de los años permanece la fuente de toda comunión vital, la palabra que entrega lo especialmente cierto de lo que pensamos, sentimos o hacemos; Luis Emilio había existido sin objeto durante quince años y de pronto un objeto hiriente, pavoroso, lo sacude, y así como un libro o una mujer o una tempestad definen a ciertos hombres para el resto de su existencia, Recabarren no pudo ya sacarse de la frente y del pulso la imagen de esa pequeña humanidad conocida en Coquimbo, no pudo evitar en adelante preocuparse de algo que estaba mal hecho, de algo que le fué molestando en el cerebro con la misma agudeza de un clavo que le martirizara la planta del pie.

Naturalmente su familia no observaría nada notable en su persona, se contentaría con el relato que él hiciese de su aventura y con el goce de saberlo a salvo sin haber corrido riesgo; le mimarían los primeros días y luego le dejarían en libertad; pero en cambio Amelia... ella le miraría hasta el fondo como acostumbraba y no se le escaparía detalle, le volvería al revés el alma y la comprendería entera, y el efecto que había de producirle su cambio, favorable o adverso, siempre sería hondo y la cambiaría, sin duda, también a ella. Era penoso reflexionar en esto para Luis Emilio, y fué la única sombra que obscureció su regreso, su única angustia al acercarse a la ciudad que imaginaba tranquila, floreciente, con la calma lograda después de los combates y del advenimiento del nuevo gobierno. Sombra en verdad pequeña para la enorme que lo cubrió apenas conocido ese tambor de muerte, de saqueo, de incendio dentro del cual Santiago se destruía; apenas evocadas esas avalanchas sin control, terribles, que la aristocracia permitía como salario a un pueblo que en verdad no apoyaba a nadie, no creía en nada sino en las puertas abiertas frente a él encerrando codiciados tesoros.

En su casa soportó estremecido el tropel de noticias que su madre y sus hermanas le guardaban para el retorno; la primera y más espantosa, la ausencia de Amelia; distante de Santiago, en una hacienda, escapaba con su familia de la tempestad callejera; no volvería hasta Marzo del año siguiente y sólo para ingresar interna a un colegio de monjas; esto sig-

nificaba la soledad más amarga de todo un año, del trabajo en la imprenta, la lectura, la casa, todo gris e insoportable, sin la brisa de sueño que Amelia le intercalaba estando presente. Significaba tal vez la pérdida del último asidero con que pudo sujetarlo su clase, y su camino sin obstáculos hacia el nuevo horizonte presentido en el norte. La visión de 1892 le arrasó el pecho como un viento rápido apretujado de imágenes y sensaciones. Después, la madre le contó de las familias amigas arruinadas por el saqueo, de sus casas destruidas, de los cuadros, de los tapices, de los pianos lanzados por las ventanas para quedar en astillas en el suelo; de la sistemática venganza emprendida por los opositores contra los leales al pasado régimen, de la movilización de esas turbas vandálicas que la madre suponía legiones de demonios o dragones de dos patas con bigotes de fuego. Le siguió relatando una tarde, una noche, día tras día, . . .

Y de todo lo que sus oídos le oyeron, de todo el escombros que sus ojos se grabaron, sólo quedó firmemente sobre su pensamiento, sobre su lengua, sobre sus manos, la imagen de un pueblo huérfano que, en vez de asaltar la Moneda o los reductos balmacedistas como se lo ordenaban, asaltaba agencias, eligiendo la precisa donde una sábana o una guitarra o un anillo tenía empeñados, o asaltaba boliches donde la cuenta del fiado era larga vivando cualquier cosa, cualquier nombre con sus labios que no leían, golpeando cualquier objeto con sus manos que no escribían, envuelto en un drama en el que estando en realidad ausente, aparentaba desempeñar el principal papel.

Alejándose su aventura del 91 hacia el recuerdo, Recabarren no extrajo sombras de fracaso para su pensamiento, sino que permaneció indeciso, con una energía alta parada en el pecho sin atreverse a intentar nada práctico, sin decidirse a caminar en ningún sentido.

Luis Emilio pasa por el largo de 1892 desvanecido levemente, con una personalidad de brumas. Trabaja con dureza los siete días de diez horas cada uno; retorna desorganizado, con el rostro pálido y la boca estéril; triste, sin entusiasmo, desconcertado como si el día no hubiese sido sino un bocinazo sonándole estridentemente junto a los oídos. Llega a su casa, deja el sombrero y la chaqueta en su pieza y sale a la puerta a presenciar el atardecer. Mira pasar a una mujer

con un fantástico sombrero de águila en la cabeza, con sus largos vestidos envolviéndole el cuerpo como si se hubiese atado una alfombra o una cortina en los hombros y la dejara colgar hasta el suelo; ve correr a un chiquillo de pantalones listados blanco y negro que le alcanzan las pantorrillas y se le apretan en ellas temerosos de bajarse más y hacer de su dueño un hombre. Ve pasar carretones, caballos, ve desplomarse la noche como sacos vaporosos sobre las luces sencillas de los faroles de gas; ve hundirse las casas, descender el cielo, crecer las piedras en sombras sin que nada suceda, sin que nadie le toque el corazón con la punta de los dedos sin que ningún alfiler le clave los ojos para derramarse en un llanto. Se apreta las manos, declina la cabeza, por un instante todo él se abre como una flor esperando algo; la imagen de Amelia se le avalanza desde todas partes y lo acribilla contra la puerta, se mete en él como la única gota de rocío envenenada que desprecia toda las corolas del mundo y elige una, tal vez la más pequeña, para caer sobre ella y asesinarla.

En la comida, está silencioso, sin darse cuenta de que sus hermanas y su madre siguen la dirección fija de sus ojos clavados en cualquiera mancha oscura de la muralla. Se levanta pronto, se encierra en su cuarto y ensaya enfrebado los iniciales versos; escribe mucho tiempo hasta que rendido de cansancio no puede ya mover la mano y se acuesta con una sensación de alivio adentro, con una brisa rubia juguetando con su imaginación de bandera, satisfecho de haberse calmado en unas cuartillas que al día siguiente romperá sin remordimientos.

Detrás de su actitud vacilante, de sus negativas para incorporarse a la política plenamente, de su trayectoria por libros de versos y panfletos en ese año de 1892, hay una gran necesidad de algo trascendental que lo sacuda, de algo que, sucediendo como una bomba estallada en las entrañas, lo esgrima contra el mundo con fiereza de espada, lo salve de la imprenta agobiadora, de la ensoñación enfermiza, de la cultura desordenada metiéndolo con estruendo de tragedia por un sendero distinto del que ahora sigue. Este algo trascendental fué la mezcla de un hecho acontecido en su vida y de una potencia madurando en él. Dos mitades de aire que se unen y construyen un barco invisible lanzado por entre la verde humanidad de los árboles.

Es una mañana del mes de Diciembre de 1892; Recabarren se levanta con su calma de todos los días, desayuna y sale en dirección a la imprenta. Aun no suenan las siete en las campanas de Santiago y un aire verde, extraordinariamente ágil y fresco, va colgándose de las cosas y de la gente como una telaraña. Recabarren tiene una expresión de goce en el rostro. Ni siquiera nota el sueño de los pájaros que, no sintiendo todavía el sacrificio de las calles pobladas, hunden sus ojos en las pequeñas almohadas de hierbas que cuelgan de los árboles. Amelia ha vuelto del colegio de monjas y pasará una temporada en su casa antes de salir al campo. Significa revolución de cielos para el que ama. Una musicalidad de los metales lo aguarda en la imprenta. Se va sonriendo Luis Emilio con el bigote saltarín y un amanecer en cada ojo cuando se detiene en la imprenta y hallando la puerta abierta entra. un poco desconcertado por no haber tenido que aguardar ese día a que el patrón llegara.

La noche de Amelia no ha sido buena; una infección estomacal la incomoda desde ayer y ha pasado sin dormir sufriendo agudos dolores que le atraviesan y le retuercen el vientre como difíciles serpientes de acero. Nadie le da mayor importancia a la enfermedad y sólo hay una decisión de procurarla remedio cuando las lamentaciones de la noche provocan un insomnio general y se teme pasar otra noche en semejantes circunstancias. Alguien sale a buscar una botica abierta y al rato después vuelve con un purgante de sulfato de soda. Entre sueños desorganizados que presionan la cabeza y ponen un mechón de inconciencia sobre la frente, este mismo alguien le da el purgante a Amelia. Y todos los habitantes vuelven al lecho a cazar una tranquilidad que sólo se posará en los ojos a esa hora con máxima levedad de hoja. Están así, pesadamente tendidos, pero con párpados ágiles, cuando una sonajera de gritos parte del cuarto de Amelia. Se avalanzan en silencio con torpezas de movimientos, atándose cintas, sujetando ropas, golpes desnudos del pie sonando como sapos contra el piso. Rodean la cama y ven un cuerpecito convulsionado agitándose eléctricamente como una maraña de rayos; una palidez verdosa le cubre el rostro mientras por los labios adelgazados y blancos una espuma repugnante se

derrama con lentitud de reptil hasta manchar su cuello blanco y su almohada. Los ojos están cerrados y las cejas alzadas interrogan la presencia de un hecho horrible.

—Envenenada Envenenada Envenenamiento

Veneno

Ninguna extrañeza, ningún grito, ninguna lágrima por inmensos que pudieran estallar en el mundo, podrían saltar ese organismo endurecido, poner rosa a esas mejillas y brillo a esos ojos, poner canto en esas manos. Ninguna carrera que azote la tierra, ninguna súplica, ningún instrumento, ningún líquido, ningún frasco, ningún antejo, ningún reloj. Ni una madre desvanecida en el suelo como un pañuelo blanco. ni un padre con los ojos mordiéndole el rostro.

—Envenenada Envenenada

No hay sino la huella de acciones por esa carne. El temblor de los postreros movimientos ha quedado presente en el cuerpo y produce la inquietud de ver saltar un dedo muerto, de ver descorrerse un párpado que hace rato pertenece a un cadáver. Con las piernas rígidas, abiertas, asomando un pie de yeso antiguo entre la ropa, pie de uñas minúsculas, modestas gotas de lluvia, con los puños apretados, las mandíbulas destrozándose en un abrazo de furiosa agonía, el pelo revuelto cobijando el rostro, hay algo que no es Amelia en ese cuarto reventado de gemidos, algo que podría ser Amelia si el tiempo no fuera como es y no marchara como marcha, sino todo lo contrario.

Adentro se inicia recién la agitación de la imprenta; hay una atmósfera de papel húmedo y de tinta que es aún respirable desplazándose entre los obreros, marcándoles muecas amargas que irán acentuándose mientras la mañana avanza, mientras la fatiga hiera el estómago y se pierdan en el cerebro las nociones mínimas de pensamiento; Luis Emilio los ve alegres, pues mira en ellos su propio gozo de vivir; los halla optimistas y saludables; en verdad sus ojos transmiten espejos a los objetos que contempla y consigue alterar su visión del mundo. Esa mañana amaneció en una armadura de campanillas. Muy pesado es el minuto que reemplaza a otro y anuda un hilo interminable, muy densa de angustia la fatiga que estrangula los músculos y roe adentro como una fiera;

horrible el silencio sacrificado entre choques de metales, de golpes, de papeles; pero el timbre glorioso de Luis Emilio más sonoro, más difícil de apagar; suena en su risa y en su mirada ágil cuando sale, cuando a mediodía el sol martiriza con lanzas las cenizas de un amanecer verde, cuando las piedras, la tierra, las murallas no son sino fastidio que enrojece los ojos y recorre el cuerpo con un sudor desagradable. Suena cuando desanda su viaje de la mañana, y en vez de aire, de hiervas y pájaros dormidos, lo asalta el estruendo de los carretones, de los carros de caballos, de las voces de vendedores, de la gente presurosa que huye con un incendio en la espalda. Suena su timbre alegre cuando llega a su casa. Y está sonando en sonrisas de encanto cuando se dispone a besar a su madre, y es su hermana quien lo besa y con un sollozo le desgarrar hasta el último ritmo de su sangre.

—Envenenada . . . Envenenada . . .

Como si hubieran inventado esta palabra sólo para decirselo a él, se la repiten ahora desde todas partes, por todas las bocas, por todas las manos, y él menos la entiende, más le parece oírlo por primera vez, más le aturde y le desespera, más se le transforma en un grupo de piedras, de dientes de narices sin el más modesto sentido.

—Envenenada . . . Envenenada . . .

Es su madre quien nombra a Amelia, la que habla sobre un purgante, sobre un estómago, sobre un error; que a la niña en vez de remedios le han dado veneno, que a las nueve, cuando se servían el desayuno, vino alguien corriendo a avisarles que Amelia . . .

—Envenenada . . .

Luis Emilio atraviesa con paso rápido, inconsciente los escasos metros que separan su casa de la de Amelia; tiene el cerebro desvanecido. Un temblor le salta en todo su cuerpo. Sin golpear entra; nadie lo advierte, él tampoco se fija en nadie. No es una angustia espectacular, un dolor derramado lo que siente. Cualquiera pensaría que simula, que su serenidad es artificial. Pero la verdad es que a Luis Emilio lo domina una calma extraordinaria. El quisiera llorar, quisiera insultar y no convencerse; se espanta de no poder dolerse como lo hacen todos, pero no consigue sino mirar ese cuerpo oculto bajo una sábana blanca, observar su rigidez, su silue-

ta finísima y experimentar la sensación de que nada tiene que ver con él en esta pieza, en esta casa, en esta muerte. Un millar de años han estremecido su alma en vertiginosos segundos y Luis Emilio está seguro de haber contemplado ese cadáver mil años, de haberse pasado toda la vida entre aquella gente llorosa, gimiente, ante un catrecito espumoso de ropas blancas. Y es entonces un ansia de soledad, un hambre de estar aislado, una inquietud enfermiza de ser presente en este lugar, que empujan a Luis Emilio hasta su casa, que le cierran la puerta de su cuarto con llave y lo derrumban en su lecho con todo el cuerpo desarmado. En el fondo de la conciencia, como una llama de espectro blanco que se vuelve de rosa y se pone encendida y caliente, quema y hiere finalmente, una idea, una sola idea le va creciendo hasta cogerlo en su totalidad. Es la idea de soledad, de abandono, de aislamiento; de pieza cerrada y obscura, de lámpara insignificante, de libro, de lápiz, de años viviendo en un clima de odio hacia todo y hacia todos, maldiciendo, blasfemando, insultando a Dios preferentemente, a quien dirige la palabra porque cree en él todavía, pero odiándolo, con odio que preceda a la incredulidad; la idea de apretujarse en sí mismo, de volverse con todo el cuerpo hacia el espíritu, de ser uno adentro profundamente de uno mismo, la idea de que todo en el exterior no vale la pena sino se vive en silencio y gustándolo solo, de que las palabras degüellan el espíritu y sólo el reflexionar sin sonido es el destino propio, la suma integridad de la vida. Qué goce del pensamiento desplazándose, moviendo sus piezas de materia celeste, delicadas, sin cuerpo, vagas como un humo por el interior de la cabeza, por sus huesos, su sangre, sus tejidos densos, infinitamente poblados; qué felicidad de quemarse por dentro y suspirar todos los años para remecerse la humanidad y que caigan los pensamientos como pesados duraznos de cobre. Y también llorar . . . empaparse en lágrimas con un llanto ronco haciendo temblar el bigote; apretarse contra el pecho pájaros y piedras y llorar con más amargura y desolación que una república de huérfanos; llorar . . . llorar acariciándose la personalidad con la mano de seda, arrullándose intensamente, sabiéndose tan hondamente desgraciado y con tanta tristeza botada en las sienes. Llorar . . .

Ningún ojo sino el de la tarde y después el de la noche observarán por la cerradura ese interior de sombra, con olor

a Luis Emilio que, de bruces en la cama, apuñalear la almohada con sus dientes, con su llanto, con sus uñas, moribundo de desesperación por la envenenada.

II

La situación política se había alterado marcadamente desde la caída de Balmaceda; la autoridad del Presidente era casi nula; los ministerios se reemplazaban todas las semanas y en cambio el eje político, el poder mayor lo constituía el Congreso, hasta donde llegaban caudillos de partidos, de ínfimos grupos, patronos de feudos, dueños de industrias, una serie de sujetos que individualmente movían a su antojo los hilos del pueblo y de su administración. Disminuyendo la importancia del Presidente, establecido el sistema del voto acumulativo y no teniendo el pueblo un interés franco por la cosa pública, era camino expedito para charlatanes llegar hasta las Cámaras e influir en los destinos del país; así, pues, no fué sólo tarea de los potentados el reunir un rebaño de electores junto a una comilona y una abundante tomatara, sino, además, de astutos filibusteros que, no teniendo feudos ni fábricas ni oro para movilizar súbditos en las elecciones, reafirmaron conceptos de teóricos chilenos y europeos vertidos hace años: palabras de redención, embrollándolas, eso sí, en medio de frondosos discursos. Naturalmente el pueblo respondió y apoyó con firmeza a quien además de una empanada le ofrecía una palabra de su destino, le insinuaba un anhelo para vivir entretenido, y hubo algunos que emocionándose mucho con aquellas palabras buscaron sus fuentes burgando entre bibliotecas y librerías y periódicos y se las asimilaron hasta el punto de independizarse de los caudillos y de sus intereses electorales, y de lanzarse a difundirlas en auténtico apostolado. Estos hombres, de escaso número, se hallaron conque mucho antes, desde hacía años, otros seres, en este mismo Chile, habían sabido ya de tales ideas y se habían nutrido de ellas. Se encontraron con el nombre de Bilbao sonando épica mente en su apostura de anárquico-cristiano y lo erigieron en maestro; se introdujeron en sus ideas, entre cada línea de sus obras con un fervor y una admiración casi religiosos, y le inauguraron un culto de muchos años, de tantos cuando duró el desconocimiento de los revolucionarios

européos del siglo XIX, que poco a poco fueron divulgándose desde la prensa y la tribuna por todos los sectores proletarios. Se encontraron con ancianos que hablaban de organizar sociedades, escuelas y cooperativas. Encontraron grandes casas, de patios amplios, de rejas verdes y floridas como viseras sobre las calzadas de polvo, que invitaban a reuniones íntimas los domingos.

Era el nacimiento de los primeros abnegados, de los líricos de la insubordinación, era la generación de presidentes honorarios que recién inventaba sociedades en la capital. Por supuesto, los caudillos que primero explotaron la obra de Bilbao falseándola en un brindis de almuerzo, en una proclamación de centro patriótico en la misma Cámara cuando deseaban vender a más alto precio su apoyo a un ministerio, éstos no imaginaron el cauce que iba a coger sus instrumentos ni las consecuencias que iban a producir; se contentaron con llegar al parlamento en esos gobiernos de Montt, de Errázuriz o Echaurren; con botar gabinetes, con tener un centenar de electores seguros y succionar febrilmente los tesoros del Fisco que ya se alimentaban en abundancia de los empréstitos extranjeros.

Por los sectores obreros se difundían folletos; los nombres de Bakunin, Kropotkin, Grave y Tolstoy se iban haciendo conocidos; se discutían sus ideas, se las aceptaba, se las condenaba; iniciales proyectos de periódicos flameaban con debilidad, socorros y cooperativas y educación eran temas de largas conversaciones, de encendidos anhelos. Hasta el cuarto de Recabarren llegaron las "Palabras de un rebelde", "La conquista del pan", el "Catecismo revolucionario", "La sociedad futura", etc. El punto primero de su interés por tal literatura pudo ser un camarada de oficio que le facilitase cualquiera de esas obras; después el mismo gastó la totalidad de sus ahorros en la compra de libros. A pesar de ser cristiano leía la propaganda anarquista sin escrúpulos; le habría parecido absurdo, aun en esa época, rechazar estos libros que hablaban de la miseria de los trabajadores, de su ignorancia, de su esclavitud, cuando él mismo las estaba comprobando a diario. "Trabajo, pan, riquezas, instrucción, justicia y libertad para todos", decía el programa anarquista publicado en Roma, y Recabarren no podía negar su acuerdo a esta consigna. Su pueblo estaba analfabeto, estaba miserable, estaba

asesinado espiritualmente por las diez horas de labor en las industrias, su pueblo estaba suicidándose en la peor y más vergonzosa explotación en los campos, donde la jornada de trabajo es de sol a sol y el salario de unas cuantas monedas al día e innumerables latigazos por hora; en las pampas salitreras, en las minas del sur, por todas partes ignorancia, escasos salarios y abusos gubernativos. El mismo, su propia vida de esfuerzo por entregar una cantidad ridícula a su madre, su trabajo en la imprenta desde los once años, su imposibilidad de educarse en colegios o de adquirir libros valiosos para su autoinstrucción, sin más destino que la misma imprenta y la misma lectura para dañarle sus ojos enfermos, todo esto era una incitación a leer el "Catecismo revolucionario", a meditarlo y a extraerle enseñanzas. Es verdad que el anarquismo era ateo y afirmaba: "toda autoridad humana o celestial debe desaparecer, desde Dios hasta el último agente de policía"; que proclamaba la violencia como método y en gran parte de su doctrina encerraba una crueldad cercana a una desviación del misticismo y a tenebrosas anormalidades mentales. Pero Recabarren sabía que junto a Bakunin estaba Tolstoy afirmando que "el amor es la ley suprema de la vida"; por otra parte, abundantemente hablaban los anarquistas del "establecimiento de sociedades cooperativas de producción como base del estado libre" y este aspecto económico y su propia duda sobre asuntos metafísicos cada vez más poderosa, contrapesaban todo efecto negativo que el anarquismo pudiera haberle causado.

Un párrafo del "Catecismo revolucionario" impresionó sobre todo a Recabarren; en él Bakunin dice: "... el revolucionario es un héroe consagrado a sí mismo. No debe tener intereses personales, ni sentimientos ni propiedad. Debe abstraerse enteramente en un solo pensamiento: la revolución; no tiene más que un objeto: la destrucción. Desprecia la moral. Es moral todo lo que favorece la revolución. Entre él y la sociedad hay una lucha a muerte, un odio irreconciliable. Debe estar siempre pronto a morir, a soportar mil torturas y a matar con sus propias manos a todos cuantos pongan obstáculos a la revolución, toda afección debe serle extraña por miedo a que detenga su brazo. Y a pesar de esto, debe introducirse en todas partes e inquirirlo todo para hacer la lista de los que han de condenarse a muerte". Le agradó a Reca-

barren porque ahí veía una expresión más o menos ajustada a su estado de pensamiento en esa época. Era la glorificación del individuo, de la fuerza espiritual que se halla adentrándose en sí mismo y cultivándola solitario y aislado estoicamente, el darse con absoluta tenacidad en una causa a la que se eleva al único motivo de vivir y ese desprecio del ambiente, ese desdén de los otros, ese culto delicado de la violencia y de la muerte que entraña una armonía estridente del espíritu y una pasión por la sangre que, en el fondo, logra ser dominada por la inteligencia; todo esto era muy apropiado para seducirlo a él que salía de una tragedia sentimental con el romanticismo roto, que se alejaba hacia el sexo y el intelecto en batallas libradas sin apoyo de amigos, abandonado en su cuarto, incendiándose en dudas, desesperando a veces de hallarse y recurriendo entonces a la fe que de nuevo adquiriría su fundamental importancia. Pues, en el fondo, la presencia de Dios en él era innegable. Por debajo de toda vacilación, de toda rebeldía, aun la imagen de Dios bondadoso, de ese Dios buena persona que oponen los espíritus destinados a ser libres y lógicos al Dios cruel y vengativo de los que jamás dejarán de ser dogmáticos, tenía una zona en su alma. Y así, cuando más angustioso era su descalabro interior, cuando más se agigantaba su hastío de vivir y la protesta de revolución por la injusticia, por la miseria, por el odio, se hacía rotunda y se quebraba en blasfemias, entonces se sabía perdido, pequeño, insignificante, inofensivo, y clamaba al cielo como un violín triste. Sin embargo, el martillo anarquista era poderoso; su camino amplio, atrayente, su energía, honda, corriente, con ritmo de avalancha; los cimientos de su misticismo precoz debían balancearse, debían correrse paulatinamente y terminar en una confusión definitiva. ¿Acaso no se reemplazaba una fe por otra? ¿Un ser por un no ser, una generosidad cristiana por otra revolucionaria, una crueldad y una venganza, una redención por otras? El hecho mismo de hallar a Tolstoy y Kropotkin mezclados a Bakunin y Grave, de hallar entre lo más cruel y endurecido el fino convencimiento de Bakunin de que "el elemento más precioso de la revolución es la mujer" y de que "sin ellas no podemos hacer nada", estas corrientes espiritualistas, estas sutilezas de sensibilidad, esas acrobacias de la sensación—su terrorismo—haciendo del anarquismo un credo de intelectuales, era un

océano ideal para no chocar a Recabarren y estrecharlo suavemente, en cambio, con diversas presiones para construirle un clima religiosorrevolucionario que no lo decidía hacia nada, pero que lo hacía vibrar y estremecerse hasta la última fibra y lo preparaba, entonces, para posteriores trances de su inteligencia.

Mercedes Recabarren se preparaba, a fines de 1893, para pasar sus vacaciones en Los Andes, en casa de unas primas. Seguramente a costa de muchos esfuerzos convenció a Luis Emilio para que la acompañase; éste pensó que no perdería gran cosa con el viaje y aceptó ir por la semana del ocho de Diciembre.

Luis Emilio no había notado las huellas que el año 1893 le había dejado en el rostro, pero estaba muy seguro de las que le había hecho en su espíritu; no sentía la debilidad de su físico, el cansancio cerebral ni la agudeza exagerada de su sensibilidad, porque su conciencia miraba muy sectariamente a la atmósfera de nuevas ideas y de abundante literatura de que se alimentaba sin cesar; había pasado ese invierno lejano de la más cercana realidad; ni su cuerpo, ni sus vestidos, ni sus amigos, ni sus hermanas, ni su madre despertaron en él otro recuerdo que el de meros fantasmas desfilando por su conciencia, entre nubes. Sus ojos se habían hecho expertos en mirar su alma, y sus manos no tenían otra existencia que el transitar entre libros y a menudo volcarse en un ensimismamiento de piel adentro del que no salía sino para aturdirse en el trabajo automático de la imprenta. Fué en las últimas lluvias, sin embargo, cuando Recabarren empezó de nuevo a sentir la realidad fuera de los libros y de su pensamiento. Una noche se queda mucho tiempo leyendo y luego no puede conciliar el sueño; pasea por su cuarto, mira las murallas, el techo, arregla sus libros, se tiende en la cama, vuelve a levantarse, hasta que se decide a salir a la calle; sigilosamente recorre la casa, abre la puerta y se sienta afuera con todos los sentidos perplejos.

Desde esta noche, Luis Emilio se internará en los atardeceres conversando con cualquier muchacho, con Meza, por ejemplo, y hablará de su capacidad de amar; hablará de su endemoniada capacidad de amar, de esta potencia conque

ha nacido en el pecho, que no halla dónde emplearse, que no encuentra otro ser para rendírsela; y se preguntará con sincera desesperación de qué sirve nacer con un cielo de caricias en el alma, si Dios no pone junto a ella a la destinada, no pone la presencia que habrá de madurarlas. Proseguirá su trayecto no hallando nada; continuará apretando la ternura contra el pecho, degollando las manos, la boca y los ojos que porfían por derramarse, seguirá sentado en las noches sintiendo el cielo asfixiante de perfumes y de color azul. Pero habrá una confianza, una fe, un constante saludo del destino impidiéndole sucumbir, algo que le da el convencimiento de que a algún fin irá a parar después de tanto desconcerto, algo que es anuncio de que no estamos solos en el mundo, de que hay alguien aguardándonos más allá de la noche, anhelante igual a nosotros por romper las tinieblas que nos separan.

Mientras tanto, Luis Emilio, se para. Es muy tarde. Cierra la puerta de calle y entra en su cuarto. Se desviste lentamente, se tiende apenas cubierto y cierra los ojos. Antes de dormirse, los abre y piensa que su corazón esa noche se ha metido a las alcobas de todas las doncellas del mundo y las ha despertado al mismo tiempo con un llanto imprevisto, súbito, sin motivo, que viene del sueño y es un objeto que se le cae al alma desde los ojos soñolientos y toma cuerpo en lágrimas de triteza, en suspiros por una figura que no se conoce, por unos ojos cuyo color se ignora y por unas manos que aun ocultan sus caricias entre pálidas brumas.

Estaba atardeciendo cuando llegaron a Los Andes; grupos de muchachos y jóvenes, todos muy bien peinados y con lo más decente en el cuerpo, esperaban el tren como si estuvieran asistiendo a una fiesta. A Mercedes y Luis Emilio les esperaban sus parientes; apenas descendieron se encontraron rodeados por varias muchachas, las primas y sus amigas, que les daban efusivamente la bienvenida. Luis Emilio se turbó un poco y ya intentaba pasar inadvertido, cuando notó una mirada insistente sobre su rostro; volvió sus ojos hacia una joven morena, de ojos burlones y vivos, de labios estilizados en una sonrisa imperceptible que lo observaba medio irónica y medio cariñosa; los ojos se cruzaron un instante y midie-

ron fuerzas con una sensación pálida en la sangre; luego se sonrieron, avanzando hasta que las cuatro manos se anudaron en un explosión de ternura.

—¡Guadalupe!

—¡Luis!

—Hacia tantos años que no te veía...

—Primita, Guadalupe... Es una sorpresa tan grata encontrarte...

Se miraban, se envolvían en una interminable observación; cada gesto, cada palabra que recordaban gestos y palabras antiguas, eran motivo de extrañeza, un llamado para abrir mucho los ojos mientras los nombres se repetían incansablemente como si fuera preciso asegurarse que eran ellos los que se juntaban después de diez años de ausencia. El grupo abandonaba la estación; enfilaba por una calle ancha con hileras de árboles a sus costados; un aire de altura, puro, inmaculadamente verde alegraba los pulmones y los ojos con su presencia invisible. Guadalupe y Luis Emilio caminaban del brazo más atrás. Tenían tanto que decirse, mirarse con tanta atención, cultivar de nuevo la infancia con tanta delicadeza, que les habría parecido un sacrilegio evadirse entre los otros, malgastarse en su ocasional charla de amabilidades y frases hechas. Luis Emilio empezó relatándole su viaje al norte, su desengaño político, sus aventuras en el barco y en la guarnición, su llegada a Santiago; le contó la muerte de Amelia, la recordó con una efusión húmeda en la voz, con leves lágrimas entre las pestañas; le habló después de su vida oscura, solitaria, insoportable en la imprenta y en su hogar. Detrás de sus palabras, saltando de su temblor y de su inquietud, apareció evidente a Guadalupe una época desesperada en la vida de Luis Emilio y compadeciéndolo se enterneció; lo compadeció y deseó consolarlo, acariciarlo tal como años antes lo había hecho al tenerlo niño, en sus brazos, cuando su afecto le aliviaba de sus tragedias infantiles, cuando su compañía, al volver del colegio, alegraba su soledad poblada de los misterios y temores de la primera infancia. Porque Guadalupe estuvo junto a la niñez de Luis Emilio y le mecía en sus brazos y le crió, en cierto modo, con la ternura de una niña que juega con un bebé de carne y corazón que le responde a todas sus palabras, a todo su cariño con progresiva inteligencia. Y lo conocía, pues, desde lo

hondo; le apreciaba como algo propio, forjado entre sus manos con un sentimiento más que maternal, amistoso, en tránsito hacia algo superior. Ahora, en el breve trayecto hacia la casa, le peso, de un golpe, la gravedad de los instantes que vivía, el peligro de permanecer a la deriva sin un carino, arrojándose en medio de sus crisis agudizadas por lo sensible y romántico de su temperamento, un sonido de alarma le puso en vigilia para velar por su primo, un sonido que le anunciaba el momento preciso para intervenir en su destino entrecruzando sus vidas y salvándolo de un pesimismo que podría desintegrar su persona. Luis Emilio intuía, por su parte, la comprensión establecida a su lado y hablaba sin temores, presentía que su salvación estaba asegurada, que en adelante su combate tendría una finalidad y que al fin de toda amargura habría una ternura borrando de su organismo los fracasos como un viento que limpia de hierbas el campo.

Al separarse ese día y estrecharse las manos ardorosamente, en los dos existía el ánimo de lo consumado, de lo inevitable; Luis Emilio estaba seguro de no haberse confiado en vano.

Aquella, su primera noche en Los Andes, Luis Emilio la pasó anhelante, sin dormir, escrutando el cielo, los árboles y el canto del río en la obscuridad, presintiendo el primer chorro del amanecer; le pasó ansiando la mañana para comprobar si Guadalupe era ella misma siempre, la Guadalupe de la víspera, de la infancia. Por primera vez escribe versos y no los rompe, y por el contrario, piensa en las circunstancias más propicias para mostrarlos. Es una composición sobre el pasado, un recuerdo de la infancia florecida junto a Guadalupe, que puede completar más tarde con otros versos que presente, pero no desea anticipar:

“¿Te acuerdas? Yo era muy niño y apenas si conservo en mi mente muy frágiles recuerdos de aquella época, para mí tan feliz y tan dichosa.

Entonces, tiernamente, con toda la inocencia que se tiene en la infancia, yo te adoraba, cuando, al gracioso arrullo de tu acento, me hacías dormir sobre tus brazos.

Y lleno de contento me dormía...
era feliz, te amaba...
...Y era todo mi afán estar contigo,
ni siquiera un momento
separarme de tu lado..."

Cada sílaba, al fin, va chocando con los trinos del Aconcagua que se viene al galope desde lejos en monturas del alba; va rompiéndose contra olas de sueño y dejando una huella blanca sobre el aire como una circulación de harina.

En las mañanas, de amanecida, partían a recorrer los parajes vecinos; por el camino que penetra a la cordillera se internaban mirando de lejos el río que en el verano deja una zona ancha de piedras al descubierto; orillaban los cerros que crecían paulatinamente dejando lejanas abajo las pequeñas huertas con duraznales, las llanuras plantadas de álamos; veían cada hora, transcurrida juntos en medio de una verdosidad magnífica, bajo un sol ardiente, depositándose en la piel como una mancha de yodo, cada hora transcurrida en la ciudad, en las avenidas anchas y frondosas entristecidas por los intensos atardeceres, les unía más firmemente, les encantaba con más maravilla a ambos y no les ponía en los labios sino el deseo de besarse y en las manos el hambre de estar juntas; pero ninguno asumía la iniciativa y los primeros días de diciembre se morían rápidamente. Sin embargo, esta situación no se mantuvo mucho tiempo, por lo menos, no duró hasta la fatalidad, en su justo término derivó en un sentido nuevo, el que ambos apetecían interiormente sin atreverse a expresarlo.

Fué el ocho de Diciembre; al día siguiente terminaban las vacaciones de Luis Emilio; en todo el día no habían logrado evadirse de las festividades religiosas ni de la atmósfera familiar; estaban sombríos, inquietos con el temor de una despedida falsa. El peligro de tener que separarse sin que una gota de sentimiento tuviera su expresión, les horrorizaba; no era posible, después de una semana de lenta preparación mutua para el instante definitivo, que éste no fuera a realizarse y tuvieran que decirse adiós sin antes haber volcado en gestos y palabras, lo que de memoria se sabían en silencio. Ya des-

esperaban de toda felicidad cuando, luego de terminada la comida, se propuso un paseo en común; esto era lo que Luis Emilio y Guadalupe esperaban, el motivo preciso para desaparecer siquiera por vertiginosos segundos. Salieron con toda la demás gente, tras de ellos, sin rozarse, sin decir una sílaba, con la sangre galopando y el corazón pálido apretándose de incertidumbre; no se habrían mirado por temor a romperse los ojos en el choque. Anduvieron largo rato; la tensión nerviosa era insoportable. Las primas y sus acompañantes estaban ya más o menos lejos; había un escaño cerca de grandes álamos esbeltos por entre cuyas hojas de vidrio se filtraba espesamente la luna. Se sentaron; Luis Emilio comenzó a mirarla, a mirar sus mejillas levemente sonrosadas, sus ojos brillando temerosamente, sus labios húmedos, temblorosos; no pronunciaban palabra. De súbito, Guadalupe cerró sus ojos y sus labios recibieron los de Emilio como un manojito de flores ardiendo de ternura. Fué un segundo de sangre suspendido en medio del mundo como un grito en una caverna.

Largos minutos con las manos en silencio; desde mañana un nuevo fantasma, terrible, al que Luis Emilio temiera desde pequeño, le asaltaría sin piedad: la ausencia.

—Te escribiré apenas llegue a Santiago.

—Te contestaré una a una tus cartas.

—Te vendré a buscar para que nos unamos muy pronto...

—...estaré aguardándote eternamente.

—...has salvado mi vida, desde ahora hay una seguridad de que vivo, una confianza en que debo seguir viviendo...

Un coro de minúsculas voces descendía de cada estrella de la Purísima; el talle de los álamos vibraba como ceñido por el aire; todo se detenía por instantes permaneciendo en actitud fija para testimoniar lo importante del acontecimiento: una campana sin acabar el toque en medio volteo, un ala de pájaro antes de hender la atmósfera, una nube engarzada en una cortina, cientos de niños con la carrera y los gritos alertas sin moverse; el tiempo, en fin — único impasible—, parado en dos patas, listo su clarinazo de gallo para señalar de nuevo el andar de las cosas, indiferentemente, como si nada hubiera sucedido en esta noche.

“No hay un solo día que no me acuerde de ti...”

Escribió Guadalupe en su primera carta a Luis Emilio, días después del regreso de éste a Santiago; eran palabras modestas, sin nada extraordinario, pero bastaron para enternecerlo hasta la última fibra; desde que Guadalupe respondió a su llamado y empezó a brindarle una vida de esperanzas y de fe vigorizada, Luis Emilio analizaba su actual condición con más horror, le desesperaba más intensamente. El trabajo en la imprenta “Vicuña Mackenna” le rendía de cansancio por un salario miserable que debía entregar entero a su madre; doña Juana Rosa no estaba contenta con la ayuda de su hijo y le criticaba el que sólo pagase la pensión y no fuera capaz de cooperar con mayor dinero al sustento de la familia; esto, sobre todo, lo indignaba. Las cartas de Guadalupe eran un bálsamo para él, una corriente fresca que le disipaba todos los sufrimientos. Pero nada más que por breves segundos; después, de nuevo, las fatídicas sombras le atenaceaban, le corroían el alma con la evidencia de su desgracia; todo era tinieblas y odios y pesadillas. Su ridícula existencia sin objeto, su trabajo, sus diversiones en compañía de Meza —su único amigo de la imprenta—, el teatro una vez cada seis meses y la pastelería de dulces baratos, eran ya insoportables; sus dieciocho años se rebelaban ante la infamia de continuar viviendo de semejante modo; en el más penoso, en el más sórdido, en el más desgraciado anonimato; agitándose como un gusano de traje oscuro entre basurales y cenizas. Guadalupe, nada más que Guadalupe, la única novia, el único ser junto al cual el corazón descansa y los horizontes se tornan amplios y plenos de mensajes.

No cabía duda que podía ser su salvación. Le contestó luego de recibida su carta:

“Es muy triste, después de haber pasado horas felices a tu lado, tener que volver a la realidad sombría, a un mundo de horror, donde sólo se sabe sufrir...”

Y evoca en versos románticos:

“tu mano es el marfil que en noches sombrías
arroja al arenal la tempestad”;
“es tu seno más blando que la espuma
...tus labios son labios de la rosa”.

“Yo, muchas veces al lado de mi amada creía que no había dicha más grande, pero me he equivocado, a tu lado me siento mil veces más feliz”.

Recuerda a Amelia y la nombra sin temores, sabe la pureza de sus palabras.

“Yo mismo no comprendo lo que siento, hay un algo, un no sé qué de misterioso que me oprime el corazón, un vago sentimiento que se eleva hasta tí; mi pensamiento se va a tu lado a toda hora...”

Las respuestas de Guadalupe son breves; muchas veces deja sus cartas truncas y alega “el dolor de cabeza” o “el estar muy ocupada” para responder con una carilla las abundantes de Luis Emilio; pero éste sostiene la correspondencia con entusiasmo, como náufrago que halla su tabla y no la suelta ni por todos los querubines del cielo.

“...estando a tu lado soy feliz y veo en tí un horizonte luminoso, lleno de gloria y de esperanza, en donde cifro toda mi felicidad; primita amada, Dios es grande y puede permitir que sea yo el que vaya a traerte...”

Sus alusiones a la divinidad son corrientes; parece que la proximidad de Guadalupe, que era católica ferviente, le imponía esta fe sin mayor reflexión, como una amable transigencia grata para ambos; no se explicaría de otro modo el que recurriese a Dios tan confiadamente en sus cartas, cuando en su conciencia, el prestigio de lo divino pasaba momentos de muy dura prueba.

En los primeros meses del año 94 se le ocurrió a Guadalupe reconfortar a su amado y vino a la capital por escasos días. Guadalupe llegó hasta su cuarto, pasó tardes enteras con él, reclinada su cabeza sobre su hombro escuchándole sus frases soñadoras, alentándole con una caricia de ojos o de labios; pasearon, forjaron proyectos, se unieron más sólida y definitivamente. En los últimos días de su permanencia llegó una hermana de Guadalupe, Leonor, a Santiago, que se encargó de vigilarla estrechamente e impedirle toda entrevista con Luis Emilio; no porque recibiera órdenes de su hogar en este sentido, sino porque ignorando ambas familias las relaciones entre Luis y Guadalupe, había aún sobre ellos

la sombra de lo pecaminoso, tan ideal para las cuñadas ansiosas de pesquisas y delaciones.

Guadalupe consigue que le escriban una carta para su primo en la que dice:

"Todavía estoy en Santiago. Yo he querido decirte adiós y Leonor no me ha dejado; ha dicho que va a acusarme a mamá".

Esto significaba la oficialización del noviazgo; estaba o no dispuesto a ello Luis Emilio, fué cosa que ni él mismo alcanzó a preguntarse, pues Guadalupe a continuación escribía desde Los Andes:

"Mi mamá no quería que te escribiera porque Leonor se lo dijo. Yo le conté todo y está muy contenta...

"...apresúrate a juntar plata para hacerlo (el matrimonio), no gastes en nada, anda poniendo en la Caja de Ahorros".

Es verdad que en su cuarto Luis Emilio habló de unirse y manifestó su ansiedad por hacerlo pronto; sin embargo, es posible que una desazón le produjeran estas palabras; pues, luego de empezar su respuesta diciendo: "mucho gusto he tenido al saber que le has contado a tu mamá nuestros amores", afirma: "si demora algún tiempo nuestra felicidad no será por culpa mía, sino porque así lo habrá dispuesto D.os."

Y es que el problema económico, con toda su gravedad, se le presentaba de golpe al pensar en el matrimonio; no podía casarse ganando un salario miserable en la imprenta y con perspectivas tan dudosas de alcanzar uno mayor; su familia, además, privada de una ayuda paternal desde hacía años, lo comprometía indefinidamente a trabajar para ella, a darle sus más penosas energías, cualquiera que fuesen las consecuencias para él de este sacrificio. Sin embargo, se sintió arrastrado; deslizándose demasiado lejos ya de una retirada y aceptó los proyectos de Guadalupe; más aún, se esforzó en realizarlos con el entusiasmo de quien define su porvenir y lo define con pleno éxito. Aceptó aún todo apresuramiento, toda precipitación, todo riesgo pese a su disciplinada serenidad y su repudio a la ligereza, cada vez más notables en su proceder.

"Cumpliré mis encargos tal como tú me lo mandas y desde mañana sábado empiezo a poner toda la plata que pueda a la Caja de Ahorros; seré lo bastante económico para po-

der juntar cuanto antes lo necesario para nuestra unión..."

Al escribir estas palabras, Luis Emilio tuvo sus escrúpulos: comprendía lo absurdo de tal comportamiento, lo contradictorio con su naturaleza rebelde, con su condición explotada, con su animosidad profunda por todo cuanto tuviera rastros de egoísmo, de pequeñez espiritual o de aburguesamiento. Pero, además de hallarse en esa transición de edad en que lo romántico sufre vaivenes y tan pronto se alza dominador como cae bajo el utilitarismo de una posterior madurez, Guadalupe había crecido en su espíritu extraordinariamente proyectada; Luis Emilio no tenía ya ninguna duda de que su salvación estaba en unirse con su prima: amar era para él purificarse, era sentirse capaz de superar toda miseria moral y, por tanto, de intentar más altos alientos en un plano diferente de vida; era para un hombre cercano a la definitiva amargura, descubrirse con vigor virgen, palpitante por sostener nuevos combates, por enaltecerse y con él redimir a su clase.

"...siempre que yo, en mis sueños, miro el porvenir, sólo veo un paraíso de esperanzas..."

"Antes de amar, mi espíritu vagaba errante por el mundo y hubo momentos en que me creí perdido. Entonces clamé al cielo y no en vano, pues compadecido de mí, te puso en mi camino. Fuiste mi salvación, con tu amor volví a vivir".

Guadalupe hacía méritos por corresponder a este homenaje sentimental de Luis Emilio, pero no con el debido acierto; a menudo perdía el equilibrio y lo hería dolorosamente.

Luis Emilio leyendo sus cartas y analizando, por casualidad, los motivos interiores de Guadalupe, le vió una gran ingenuidad; tan aguda, en ciertos instantes, que muy bien podría haberse identificado con una incapacidad de reflexión. Cuando se acercaba el 18 de Septiembre, Luis Emilio le contó que sus hermanas y otras amigas proyectaban un paseo a caballo y que él tendría forzosamente que acompañarlas. A Guadalupe le dolió esta noticia y le pareció indiferencia de su primo, un verdadero sacrilegio a su lejanía:

"Me dices que vas a salir a caballo para el 18. Quien como tú, que tienes gusto para hacerlo. Desde ahora, yo te deseo que te diviertas bastante con la persona que más te

guste...; para qué deseas que yo esté cuando tú solo pasas contento... así es que yo para el 18 no voy a salir a ninguna parte, porque para mí sería un sacrificio”.

Este modo de insistir en que no pasearía para el 18 y aquel trascendental “desde ahora” podrían haber hecho sonreír a Luis Emilio, siempre que no se hubiera fijado la imagen de Guadalupe como lo había hecho y no la hubiera idealizado más allá de todo desentono. Le respondió apresuradamente solicitándole su permiso para visitarla el 18 y escribiéndole, al mismo tiempo, a la madre una formal petición:

“...si usted consiente que Guadalupe sea mi amada esposa...”

Doña Rosario Saavedra v. de del Canto lo invitó a Los Andes a conocer la respuesta de sus propios labios. Fué Luis Emilio acompañado de Joaquín, un hermano de Guadalupe que trabajaba en la misma imprenta, y halló el más complaciente apoyo a sus proyectos por parte de doña Rosario. Se oficializó el noviazgo y se pensó que el matrimonio podría verificarse para el santo de Guadalupe: el 28 de febrero de 1895; se estuvo muy lejos de enturbiar la felicidad con una discusión sobre el aspecto económico del enlace, a pesar de que Luis Emilio, en el fondo, zozobraba en este sentido y lograba transmitir su zozobra a Guadalupe. Doña Rosario no planteó el asunto, pues se contentaba con desdeñar la situación de Luis Emilio en ese tiempo y considerarla fácilmente superable. Durante aquella visita y las posteriores que Recabarren hizo a Guadalupe, terminó por convencerse de que la ausencia no hacía sino enamorarlo con mayor fuerza y acrecentarle su impaciencia por casarse como un descanso de la lucha familiar, de su falta de ánimo en algunos momentos y de esa gris sensación de pesimismo que el ambiente de la imprenta, sus compañeros y la ciudad misma le inculcaban conjuntamente. Al volver de Los Andes traía el propósito inalterable de casarse en Febrero, cualesquiera que fuesen los medios para realizarlo, aun arriesgándose a caer en una más espantosa miseria.

Solo, en la capital, aguardando las cartas que tan pronto le transportaban al máximo de la dicha o a una angustia desoladora, escribiendo él mismo las suyas poseído por la emoción, pensó que ya no sería capaz de soportar por más tiempo su soledad:

“...tú, que tienes fe, pídele al cielo que cuanto antes acerque el día tan deseado para nuestra eterna felicidad, que yo no tengo valor para hacerlo; ahora me encuentro con menos valor que antes para luchar con el tenebroso fantasma de la ausencia”.

Como sabía positivamente que para el santo de Guadalupe no tendría el dinero suficiente para el matrimonio en las condiciones que ella exigía, se empeñó en una infructuosa campaña para convencerla de que el casamiento por la Iglesia, las fiestas y los convites podrían postergarse para más propicias épocas. Guadalupe, sectariamente católica, ponía por encima de todo, la unión religiosa; en seguida, provincianamente burguesa, colocaba la invitación a sus amigas, el espectáculo, toda la sensación de la boda. No podían, evidentemente, estar de acuerdo. En vano, Luis Emilio argumentaba:

“Guadalupe, a mí me importa poco el qué dirán de la gente, y yo con tristeza veo que tú miras con más afán esa parte y que piensas y prevés lo que hablarían de los dos si nos casáramos de cualquier manera... Para el día de tu santo sólo tendré cien pesos seguros; bien puede ser que aumenten en veinticinco o treinta más, y si nos casamos por la Iglesia, que es como tú quieres, ya se nos irían cincuenta pesos y los otros cincuenta serían para catre y pago de tren. Yo no tengo ropa negra, como tú sabes, y el terno claro es el mejor que tengo, y ya ves que la ropa cuesta tan cara. Ahora, si el casamiento por la Iglesia lo dejamos para mejores días, es decir, para cuando tengamos cómo hacerlo y mientras tanto nos casamos civilmente, ahorraríamos mucho y con esa plata podríamos apartar casa en el acto, comprando lo más urgente. El matrimonio civil vale tanto como el eclesiástico y, sobre todo, Dios, desde el momento que nos amamos, nos ha bendecido y él que desde el cielo ve nuestra necesidad, nos perdonará”.

Utilizando todas las razones, echando mano de toda su inteligencia; nada; Guadalupe no se doblegaba.

“...cómo se te ocurre, ni por un momento, que mi mamá va a querer; ni yo tampoco quiero. Es imposible... qué dirían mis parientes que yo fuera a darle primero la carne al diablo y luego los huesos a Dios. Viviendo en pecado, tal vez sería la ruina de los dos y no la felicidad”.

Era demasiado para un amor que de puro romántico se hacía desprejuiciado; sin embargo, Luis Emilio volvía a la carga, ahora enterneciendo, ofreciendo su amargura como una cuerda para un arco generoso, doliéndose en un tono que alcanzaba a superar el sentimentalismo y mostrarse como un sufrimiento lleno de calidad humana:

“Piensa cuánto sufro, tú que sabes que de todas maneras me hacen sufrir aquí, tú que has visto de qué manera me tratan y verás si tengo razón para decirte que nos casemos civilmente mientras tenemos cómo hacerlo por la Iglesia. Porque quiero salir pronto de aquí a ser feliz contigo. Ya que he sufrido tanto trabajando desde chico y sin que nadie agradezca mi trabajo y que siempre me dicen que sólo pago mi pensión, como tú misma lo has visto. Ya ves si sufriré. Sufro por ti que estás tan lejos de mi lado sin poderte acariciar, sin poder estrecharte contra mi corazón y estando solo aquí, encerrado aquí, sin ninguna distracción; así, cada día lo paso más triste. Cómo quieres que no desee unirme pronto a ti para descansar de tanto sufrimiento...”

Más alto que todo lo absurdo del estilo, de lo inconexo de su expresión, de la dolorida ingenuidad de sus frases, está sonando, con una patética pureza, su corazón abierto de par en par. Una mujer no puede permanecer impasible ante tal volcamiento del espíritu. Sea cuál sea su sensibilidad, su inteligencia, su ternura, ese llamado de un hombre joven, humedecido de lágrimas, tiene que azotarla como una gran ola irresistible, estremecerla como una muerte de niño acaecida en sus entrañas.

“...no puedes tú imaginarte —responde Guadalupe—, cuánto siento lo que tú sufres porque yo lo he presenciado. Y por eso mismo más te quiero y te compadezco y quisiera que muy pronto fuéramos felices...”

Tal vez no alcanzó Guadalupe, a pesar la verdad de su frase “te quiero y te compadezco”, tan enorme y eterna en el tiempo; amor y conmiseración; como si se dijera que en todo amor de mujer hay una actitud maternal que compadece al hombre y, mientras más desgraciado es éste, más intensa es esa actitud, más intenso el cariño.

No obstante, sobre matrimonio por la Iglesia ninguna transigencia. Era inevitable para la felicidad, Luis Emilio, ante semejante porfía, se desalienta:

“Estoy tan desesperado como tú no te lo podrás imaginar, siento lleno el corazón de hastío, siento que mi sangre se extingue y que ya no corre por mis venas, siento que mis fuerzas se debilitan día por día.

“Te necesito a ti para que me alientes en el trance fatal de la vida, porque yo soy débil y no tengo el valor suficiente; me veo solo, como en un gran desierto, abandonado de todos.

“Te busco a ti y veo que tú me desamparas cuando me ves desfallecido y loco; entonces, desesperado te llamo, más te llamo en un desierto y tú no me oyes, y en vez de acercarte, te retiras, te alejas viendo impasible cuánto y cuán desesperado es mi sufrimiento. Espero que Dios me ayude y me dé valor”.

Guadalupe vibró:

“Cuando tú me buscas, yo voy con el pensamiento y te tengo en mis brazos y te acaricio...”

Pero, clavó su respuesta definitiva, inapelable:

“...sobre lo del matrimonio civil, es imposible”.

A este golpe, se vino a agregar otro no menos abrumador: hasta entonces Luis Emilio había ocultado sus relaciones a su madre y a sus hermanas; ni siquiera del viaje a Los Andes para el 18 las había impuesto; pero el hermano de Guadalupe, Joaquín, no pudo ser tan discreto y apenas salía de la estación delató a su amigo. En tales circunstancias, no quedaba sino casarse y casarse de cualquier manera antes que su familia lo destrozara a hostilidad lenta. Escribió Luis Emilio una carta a Guadalupe el treinta de octubre de 1894, aceptando todas las condiciones: se casaba por la Iglesia, con invitados, con tongo, zapatos nuevos, chaquet, etc., y para el 28 de Febrero.

A vuelta de correo, creyó encontrarse con un raudal de agradecimientos, con un torrente de ternezas que le hicieran olvidar todas sus claudicaciones; pero, he aquí que su decepción fué enorme, catastrófica, de esas que dejan huella profunda.

En aquel mes de Octubre se celebraba una gran exposición en la Quinta Normal de Santiago; Luis Emilio, acompañado de Meza fué a visitarla una vez, cuando se realizaba uno de los frecuentes festivales; a la salida se hallaron con otros compañeros de oficio que paseaban con dos muchachas; se saludaron, entablaron una breve conversación y se despi-

dieron. Sucedió, sin embargo, que mientras hablaban pasó Joaquín, sin ser visto por Luis Emilio y, en seguida, le envió un fantástico relato a Guadalupe de lo que había presenciado.

Guadalupe, al saber que su novio paseaba con "mujeres de dudosa moralidad por las calles, salía continuamente con los trabajadores y gastaba todos sus ahorros en remoliendas", creyó morir; lloró desconsoladamente un día entero y ennegrecida aún por las lágrimas y el despecho, escribió una carta verdaderamente lamentable; en el fondo, con seguridad, juzgaba con certeza su precipitación y no condenaba a Luis Emilio, que lo sabía bueno de una pieza, sino a Joaquín por su ridículo chisme; pero ella, y ésta era una de sus fatales cualidades, parecía deleitarse no reflexionando, aprovechando el motivo de intercalar una riña en lo que era un idilio pacífico y adorable, hiriendo, en una palabra, con el más absoluto convencimiento de que todo se arreglaría con enorme facilidad. La técnica misma de su carta era enojosa. Empezaba hablando de cosas sin importancia y al final de una postdata, "antes que se me olvide", decía:

"Con todo el dolor de mi corazón, voy a decirte estas cosas. Tú crees que yo no sé lo que haces; estoy al cabo de todo. Si tú sigues saliendo con esos trabajadores de la imprenta, no cuentes conmigo, porque yo no quiero verte con esos tunantes; sería el mayor sufrimiento para mí verte con esas gentes... recuerda que eres un caballero... si te sujetas se hará el matrimonio, y si no, quedará en nada, aunque me cueste la vida. Tal vez a ti no se te dará nada, porque dicen que tú no tienes cariño a nadie y que no piensas más que en darte gusto; tú hablas cosas que ni aún la gente más sin religión puede decirte, porque tú no crees en nada. Te aseguro que cuando supe esto, lloré de pena. Me dicen que seré la persona más desgraciada si tú no cambias la manera de pensar que tienes. Tú me decías que Joaquín no quería salir contigo. Ahora yo sé los motivos y tenía demasiado razón. Una vez te juntaste con un pila de obreros y unas mujeres ordinarias que a él le dió tanta vergüenza..."

Esto le pareció terrible a Luis Emilio, lo encontró tan grosero, tan bajo, tan grotesco como nunca hubiera leído nada parecido en su vida. "...esos tunantes..."; jamás le dolió una ofensa al proletario tanto como ésa. le pareció que, por

ser dirigida tan impunemente a aquéllos con los cuales convivía, que eran sus hermanos de tragedia, que sufrían injustamente los vicios y los errores que otros desencadenaban sobre ellos, iba dirigida contra él mismo; una conciencia de clase que permanecía en potencia en él se incendió alzándose en llamas furibundas. La palabra "caballero" le pareció una blasfemia escandalosa aplicada a su persona. La creencia de que las amigas de sus camaradas eran ordinarias por no ser burguesas, de que por ser obreros y salir a divertirse, lógicamente deberían ir a parar a un prostíbulo y al licor, le estremeció de indignación. Y todo aquella era producto de Guadalupe. Como si ella no conociese su vida, no lo conociese a él.

"Jamás esperaba recibir de tus manos una carta tan ofensiva y tan llena de reproches y represiones. Mi decepción ha sido triste, muy triste.

"Me ofendes sentenciándome que si sigo saliendo con esos trabajadores de la imprenta, no cuente contigo, porque no quieres verme con tunantes. Esta parte, sobre todo, es lo que más me ha ofendido. No te creía capaz de herirme sin piedad en lo más íntimo del alma".

Luego se defiende y estampa una imagen fiel de lo que era su condición en aquella época:

"Yo no salgo sino muy rara vez y es cuando me aburro demasiado en la casa y me fastidio y no sé qué hacer. En mi fondo soy muy distinto de lo que aparento ser en la casa. Después del 18 he salido una vez y junto con el joven Meza fui a la Quinta y no pienso ir más porque cuesta un peso la entrada. Sólo he salido a paseo una vez después del 18 y no he gastado más que tres pesos. Me dices que me gusta entrar en casas corrompidas... Yo no debía contestar. Cuando salgo no saben dónde voy. No voy a esas casas. Antes gastaba todo lo que me quedaba y en lo que más he gastado ha sido en libros, comprar tantos libros como son los que tengo. Con el joven Meza voy al teatro o a las pastelerías... he salido tres veces y habré gastado unos ocho pesos en el espacio de cuatro meses..."

"Al leer tu carta se me han salido algunas lágrimas... tan poco que reflexionas, pareces una loca. Te han dicho que yo no tengo cariño a nadie, que sólo pienso en darme gusto.

Porque siempre hablo de paseos, pero lo hago sólo por hablar”.

Toda esa época negra de los años anteriores, esas nieblas amargas, esas zozobras insoportables, le crecieron de nuevo a plena virulencia:

“Yo no retrocederé jamás; aunque vaya al abismo, siempre tendré cuidado de ir por buen camino. En el desierto de la vida sólo hay dos caminos: el uno, que es el más grato y más largo, el mejor, del amor y la felicidad, lleno de encantos, y el otro es muy corto, sólo hay un paso... y ahí termina todo. Desde que te amé he marchado por el primer camino, pero poco me importa seguir por el otro; estoy dispuesto a todo.

“Durante esta escritura se me han salido muchas lágrimas...”

Sin embargo, su sentimiento pudo más que su conciencia; se impone su bondad y perdona, recibe el arrepentimiento de Guadalupe, le envía, a su vez, una fotografía y para afirmar definitivamente la reconciliación va a verla el 8 de diciembre. Ya era un hecho el matrimonio en Febrero; hubo momentos en que se pensó postergarlo por la enfermedad de un deudo de Guadalupe, pero como falleciera antes de acabar el año se consideró que ya en 1895 no significaba un obstáculo para la ceremonia. En Los Andes se ultimaban los preparativos; Guadalupe se aprestaba para venir a Santiago a conseguir los azahares y entrevistarse con Juan Francisco, un amigo, que serviría de padrino. Luis Emilio, por su parte, procedía empeñosamente para salir airoso del compromiso: desde Agosto era regente de la imprenta y ganaba veintidós pesos a la semana, de los cuales trece pesos eran para su madre y ocho para la Caja de Ahorros; con un pequeño préstamo que el patrón le hiciera se redondería una suma conveniente aun para hacer el costoso casamiento ante la Iglesia. Sin embargo, su entusiasmo flaqueó un día de diciembre: al salir de la imprenta se sintió más cansado que de costumbre, no pudo mantenerse en pie y se acostó quemado por una violenta fiebre; al día siguiente volvió a trabajar e igual agotamiento le cogió derrumbándole, al volver a su casa, sobre el lecho; y así pasó la Pascua y el Año Nuevo; consumiéndose de fiebre en la noche, sin poder hilvanar una carta para Guadalupe que ya empezaba a impacientarse por su silencio. La imagi-

nação le vagaba entre fantasmales imágenes, al menor esfuerzo del pensamiento se desvanecía; solo, sin cuidados, sin remedios, acudiendo al trabajo con toda regularidad, su enfermedad creció y vino un momento en que no pudiendo ya moverse de su cuarto, solicitó la atención médica y un permiso en la imprenta por cuatro días. Había padecido una fuerte influenza que no tuvo, felizmente, graves complicaciones y ya en Enero estuvo perfectamente restablecido.

Antes de verificarse el matrimonio hizo una última visita a Los Andes, que lo amargó, en verdad, pues los diez pesos gastados en el viaje le significaron un rudo golpe a su presupuesto.

Por fin, en la fecha señalada por doña Rosario Saavedra de acuerdo con Luis Emilio, se celebró el matrimonio. Días antes, Luis Emilio pidió una postergación por cinco meses, que le fué denegada, y aun su última carta de soltero a Guadalupe es un verdadero mensaje de auxilio ante lo irremediable:

“Dices que es imposible postergar nuestra unión porque has avisado a tus amigas, pero con qué se hace si no hay dinero... haré cuanto pueda por salvar este compromiso. Mi mamá no tiene ahora ni un centavo. Yo voy a ver si el patrón me puede prestar algo. Mi mamá también anda buscando plata...”

Pero la prima se mostró implacable:

“Aquí todo está preparado. Mi mamá tiene mandado a hacer los dulces, yo tengo hecho el vestido de seda. Ahora estoy haciendo el vestido de luto. Sólo falta que tú vengas. No dejes de venirte el lunes con la Juanita, para que alcancemos a hacerlo el día fijado”.

Y Luis Emilio no dejó de irse el lunes para que “se hiciera el día fijado”.

Llegó acompañado de su madre y de dos hermanas: Mercedes y Juana; por supuesto, sin el rastro siquiera de un consentimiento paternal, pues don José Agustín estaba muy cuidadosamente fuera de lugar en todo asunto de su familia.

La festividad, entre tongos y comedores, empapada de brindis, acabó como se acostumbra: atardeciendo sale un tren para Santiago; tren que va como un pez de campanillas, abriéndose paso por el paisaje verde de llanuras, huertas y alamedas. Aún no se divisa el San Cristóbal, cuando ya la no-

che baja las cortinas por detrás de los cerros. El ruido adormecedor balancea a la gente y le suelta los párpados como pepeles envejecidos. La pareja se estrecha con cierta nerviosidad: una bocina de alarma les va sonando en cada beso. Cuando el tren se detiene y todo el mundo baja estrellándose con canastos, paquetes y maletas, ellos dos se cuelan entre la muchedumbre con un temor que les hace invisibles, con una fingida apariencia de antiguos esposos; caminan rápido y decididamente antes que una catástrofe acabe con las casas esa noche y nadie pueda cobijarse entre cuatro paredes.

III

Recabarren se había incorporado al Partido Demócrata el año 1894; pero su actividad desde esa época hasta su matrimonio fué siempre muy escasa; atravesaba por un período de gestación interior y era más interesante para él asimilar las ideas de Bilbao, estudiarle su vida y hacerle su más alto maestro que seguir día a día las monótonas e insubstanciales y demasiado criollas maquinaciones de don Angel Guarello, don Artemio Gutiérrez o don Malaquías Concha. Devorarse la literatura anarquista y analizar a Bilbao fueron las tareas de sus últimos años adolescentes. Pero, una vez casado, provisto de un ritmo físico, de un equilibrio de su organismo que hasta ahora no había conocido, trabajando en más o menos buenas condiciones en los talleres de la N. R., halló verdaderamente oportuno participar más de cerca en el movimiento demócrata, y para ello comenzó a frecuentar la Agrupación de Santiago, a intervenir en los debates, causando una verdadera sorpresa con su serena y fácil elocuencia y sus veinte años apenas; empezó a relacionarse con los jefes e insinuar insistentemente métodos de reorganización y vigorizamiento del Partido. Muy pronto se hicieron conocidas su facilidad de palabra, sus inquietas orientaciones políticas y su tenacidad para llevar a cabo cualquier proyecto; se pensó en él como un futuro dirigente y hubo quienes le propusieron, desde luego, para desempeñar cargos de responsabilidad. Sin embargo, Luis Emilio era causa de temores para los caudillos de entonces: estaba demasiado apegado a la doctrina, era muy inno-

vador, muy duro para juzgar las desviaciones; en el comando demócrata podía tornarse peligroso en aquella época de no muy claros negocios con los ministerios. Luis Emilio planteaba por primera vez en el P. D. la conciliación del espíritu educador, evangelista y progresivo de Bilbao con la simple lucha política ampliada ésta más allá del sentido puramente electoral, transformada en un auténtico instrumento de poder para el pueblo. Las agrupaciones demócratas vivían electoralmente, se agitaban cuando un ministerio ofrecía un sillón parlamentario o cuando una regia suma invitaba a proclamar tal candidato presidencial; la vida de Partido estaba reducida a las charlas de dirigentes y una que otra asamblea muy de tarde en tarde; se trataba, según Luis Emilio, de divulgar sólidos conocimientos en la masa, de cultivarla espiritualmente y, además, de interesarla en la política capacitándola doctrinariamente para las luchas que se emprendieran; el crecimiento del P. D. era otra labor que no se debía descuidar y la unidad férrea de sus fuerzas. Para él, la prensa y el folleto, la conferencia, el trabajo leal en el Parlamento, las jiras de propaganda, eran los medios más efectivos de combate. Sobre todo, la prensa: un periódico de inteligente presentación dirigiéndose al pueblo y sirviéndolo en todas sus campañas, convirtiéndose en el espíritu mismo de sus consignas, abriéndose a la más vasta colaboración, debía ser instrumento preponderante de todo partido obrero. En el año 1894 se habían verificado las elecciones parlamentarias en que triunfó por primera vez un candidato demócrata: Angel Guarello, y Recabarren tenía muy presente aquel escándalo de cohecho y de fraude en que se precipitó a los trabajadores: era inútil conseguir la realización de cualquier principio revolucionario si el pueblo se vendía con tamaño descaro a los grupos oligárquicos; desde hacía tiempo, no había una elección en que los sillones de diputados, de senadores y el de Presidente no los obtuviera el mejor postor, el de mayor fortuna para adquirir electores. Lo peor de todo, era que aun los partidos populares toleraban y empleaban, también, estos procedimientos.

Había un sector numeroso de jóvenes trabajadores, hombres de doctrina y cultura política que veían al P. D. envenenado desde su origen caminando por una línea de

bancarrotas y desprestigio; naturalmente, ellos pensaban que el remedio podía emplearse dentro del mismo partido, que bastarían una reorganización y una limpia de malos dirigentes y viciosos manejos, para iniciar una nueva vida más saludable y provechosa para el pueblo, y de este modo, no propiciando ninguna rebeldía, aterrorizaban, sin quererlo, la reacción de los caudillos que debían limitarse a un penoso gesto sin tomar medidas ante los proyectos de Recabarren y los suyos. No existía, pues, sino una aparente cordialidad dentro de la Agrupación Demócrata de Santiago; el caudillo detenía disimuladamente a Recabarren, y él, por su parte, preparaba sus armas en medio de una minoría ágil y emocionada de incipientes luchadores.

En 1896 Guadalupe dió a Luis Emilio un hijo que fué bautizado con el nombre de Luis Hermenegildo. El año de casados transcurrió en relativa armonía; Guadalupe era de un carácter no muy agradable; dominadora, claramente aficionada a la riña y a no pasar día sin regañar a alguien, tenía una rara técnica para destruir todo bienestar y rechazar hasta la posibilidad de ser feliz; es claro que su actitud no trascendía a la rutina menor del hogar y difícilmente chocaba más allá de lo tolerable; esto, agregado al hecho de ser tan poco lo vivido en común y a la enfermedad de Guadalupe, explica que Luis Emilio amara siempre a su esposa con el mismo apasionamiento de su noviazgo.

El nacimiento de Luis Hermenegildo, sus propósitos de adquirir una imprenta propia para editar un periódico, alejaron un tanto a Recabarren del P. D. Las elecciones presidenciales del 96, en que los demócratas apoyaron a Vicente Reyes y que terminaron con el triunfo del candidato liberal-conservador, F. Errázuriz, las vivió Recabarren como espectador; contentándose con indignarse más aún que antes con el cohecho que se practicó desvergonzadamente. Sólo en 1897, cuando a su hijo lo creía un hombrecito y le escribía a Guadalupe: "dile que cuando se acostumbre a estar sin mí, que cuando se vuelva se venga andando, que no vaya a comer tierra y que no se costalee..." volvió de firme al partido a combatir desde entonces sin tregua.

Artemio Gutiérrez se propuso editar un periódico "El Demócrata" y entre sus colaboradores eligió a Recabarren;

éste respondió con tanto entusiasmo y trabajó tan acertadamente, que su nombre creció vertiginosamente entre sus camaradas y fué elegido Secretario de la Agrupación Demócrata de Santiago. No obstante, Recabarren se dió cuenta, y luego, que su puesto no estaba en aquel periódico, que le era imposible realizar sus aspiraciones, su misión innovadora junto al reposado, oficialista y electorero don Artemio. En "El Demócrata" seguían llenándose las páginas con engorrosos artículos de una vaciedad sorprendente; seguían los amigos del director publicando semanalmente una tirada de gimoteantes versos y la crónica continuaba monopolizada por las actas de sesiones con su estructura de montañas de papel entintado. Siempre que se tratara de presentar una voz del pueblo, surgía la mano mágica de la autoridad echando tierra para "no herir susceptibilidades ni perjudicar el prestigio del partido".

Luis Emilio no podía permanecer impasible y desesperaba de poder rectificar el rumbo del periódico y de transformarlo en un instrumento revolucionario; el deseo de tener un periódico propio se convirtió en obsesión. No depender de nadie, trabajar con camaradas elegidos por él mismo, penetrar la conciencia del pueblo y sembrarle valentía, cultura, anhelos; inquietarlo y rebelarlo para liberarse sin que nadie nos obstruya y frene lo que puede ser un movimiento definitivo. Del éxito no dudaba un instante, pues presentía el gozo conque el pueblo recibiría un periódico que le hablaba por fin sin máscaras, a plena verdad, con su mismo pensamiento y su mismo corazón.

Cuando en 1897 envió por una temporada a Los Andes a Guadalupe, que ya estaba enferma de una segunda criatura, le confió la misión de conseguir dinero con sus parientes para la adquisición de una imprenta; Guadalupe no tuvo éxito y volvió a Santiago sin dinero y a punto de mejorarse. En Octubre nació el segundo hijo, Armando, mientras Recabarren proseguía incansablemente sus esfuerzos para obtener la imprenta. Según la costumbre, que ya se había hecho inalterable, de ir Guadalupe con sus hijos a Los Andes en los meses de verano, al año siguiente Luis Emilio quedó solo en Santiago, finiquitando sus asuntos económicos: consiguió préstamos y créditos, se asoció con otra gente y pudo por fin contar con una imprenta de su propiedad

para publicar el periódico que tanto ambicionaba. Tuvo una breve claridad en las noches para escribir a su esposa cartas de añoranzas y versos de cariño para sus hijos.

"Tu ausencia me es muy penosa. El sueño por la noche, a pesar de que me acuesto tarde, no viene con su calma de antes. Los llantos y gritos de los chiquitines me hacen falta, como asimismo tus enojos..."

Y el 22 de Enero de 1899 la felicidad gloriosa de ver repartido en todo Santiago el primer número de "La Democracia". El consejo editor se organizó con Florentino Vivaceta, como director; vice, Honorato Fariás; secretarios, Recabarren e Isaías González. Aparecería los domingos y propendería a la fundación de una Sociedad con acciones que lo convirtiera en diario. En su editorial del primer número afirma:

"Trataremos de interpretar fielmente las aspiraciones e ideales del proletariado de nuestra patria".

La crónica era movida, a base de comentarios y breves noticias, se destacaban varios seudónimos que tendrían a su cargo, invariablemente, secciones especiales. La situación política interior, lo mismo que las informaciones extranjeras, colaboraciones literarias y cartas de lectores tenían amplia cabida en sus páginas. El éxito de "La Democracia" fué inmediato; obtuvo una apreciable circulación, y a los pocos meses de aparecimiento se fundaba la Sociedad que debía convertirlo en diario. No obstante, la buena suerte duró muy poco. Dificultades internas agravadas con el difícil apremio económico, que la imposibilidad de cumplir con los compromisos anteriores a la publicación y la no ganancia en la venta y los avisos acarrearón, dieron por resultado la suspensión temporal de "La Democracia". Recabarren se quedó con Vivaceta y no cedió un segundo hasta no reanudar la publicación.

Desgraciadamente, la época negra alcanzó también a su hogar: Armando, que no tenía aún dos años, murió de improviso. Luis Emilio se angustió hasta lo indecible: en su primera juventud adquirió la fineza de una sensibilidad fácil de conmoverse y de vibrar con toda la existencia de sus seres y objetos queridos. Los niños le armaban una serenidad y un gozo en el hogar, preñados de esperanzas, de amor por el futuro; les quería con su bondad de ánimo, su pre-

sencia de niño crecido, el juego alerta en cada dedo de su mano hábil, hasta no poder separarse un día de ellos sin sufrir y apenarse su alma. Con la pérdida de Armando reencontró su imagen, postergada en los trajes y las preocupaciones de su ardorosa empresa periodística. Se halló más grueso y de más aplomo el rostro, empalidecidas sus mejillas por la ausencia de la barba y la abundante obscuridad de su bigote; vestido de negro, un leve aire de arruga, de lágrima sofocada, de pelo blanco anunciándose, le volaba por todo su cuerpo permanecido en el porte de los quince años. Esa vaga calma del llanto derramado le encendió un renovado impulso a la acción. Se acercaban, por otra parte, las elecciones presidenciales de 1901 y era de imprescindible necesidad adoptar una posición independiente que llegara hasta las masas por medio del periódico y presionara a las directivas impidiéndoles una combinación con los reaccionarios. Volvió a aparecer "La Democracia" en el mes de Septiembre y ahora la dirección la asumió por completo Recabarren.

Se lanzó, desde luego, en una crítica de la administración Errázuriz: hizo ver el fracaso de su política económica, los peligros de su política internacional, la entrega que hacía del país a los imperialismos extranjeros con los continuados empréstitos, su pasividad ante el cohecho que los partidos oligárquicos empleaban con toda desvergüenza. Analizando la cuestión con Argentina, Recabarren — contrario a la posición de la prensa demócrata hasta entonces — proclamó muy alto su antimilitarismo y su fe en la paz: sus artículos tendieron fundamentalmente a destruir la conciencia chauvinista que macucamente algunos azuzaban en las masas previendo situaciones electorales; a plantear la inutilidad de una guerra entre hermanos provocada por caprichosas pretensiones y el peligro de la institución militar, considerada por él, según la idea anarquista, como una fuerza de regresión y de barbarie. Frente a la elección presidencial se pronunció por una total libertad del partido frente a las coaliciones derechistas y burguesas. Eran varios los nombres que se adelantaban como posibles candidatos a Presidente, pero los de mayores posibilidades eran Claudio Vicuña por los liberales, radicales, liberales democráticos, y Pedro Montt por los conservadores y nacionales; se agregaba

a ellos el nombre de Germán Riesco que parecía estar de acuerdo con Malaquías Concha para contar con el apoyo demócrata. Evidentemente el nombre de Riesco fué el blanco predilecto de los demócratas auténticos que veían en él la causa de la deslealtad de don Malaquías y del fracaso probable de su propia posición. De este modo, la palabra de Recabarren en "La Democracia" fué contundente:

"Entre los dos no hay uno que escoger. No seamos Riesquistas ni Monttistas. Seamos demócratas".

Descartaba a Claudio Vicuña con mucha clarividencia política. En Marzo de 1901 se realizó la convención liberal-balmacedista para elegir candidato a la Presidencia: Germán Riesco resultó elegido con 195 votos entre 303 votantes, después de repetidas escaramuzas en que Vicuña no logró aventajar convenientemente a sus contrincantes y se retiró de la lucha.

El Partido Demócrata a su vez convoca a una convención para Abril, en Santiago, con el objeto de fijar su actitud frente al asunto presidencial. Recabarren fué elegido delegado por Tocopilla donde tenía buenos amigos entre los obreros que conocían "La Democracia" y sus campañas revolucionarias. El Partido Demócrata acordó apoyar a Riesco, pese a la oposición cerrada de Recabarren, cuyas fuerzas habían sido tan numerosas como para elegirlo vice-presidente de la convención. En verdad, Malaquías Concha, que era el caudillo máximo de entonces en el partido, pudo más con su influencia y su prestigio de comerciante en electores edificado a través de muchas jornadas eleccionarias. Recabarren no se insubordinó; acató disciplinadamente el veredicto del partido y no fué ajeno a la mayoría de electores que Riesco consiguió en Junio de 1901.

Mientras tanto sus relaciones con Guadalupe no eran todo lo cordiales que Recabarren hubiera querido. Guadalupe no variaba en absoluto su carácter; seguía provocando minúsculas riñas caseras y regañando a su marido una infinidad de veces al día. Recabarren, que volvía agotado de su labor en "La Democracia", se amargaba enormemente con estas discordias y presentía que alguna vez se agotaría su paciencia y sucedería un desenlace nada agradable para ambos. Se esforzaba, no obstante, por rodear de atenciones a Guadalupe y satisfacerla hasta en sus más mínimos de-

seos; año tras año aceptaba su viaje a Los Andes, a pesar de que la ausencia de su hijo y de ella misma le dolían en su azarosa existencia hasta lo insufrible. Pero el hecho crítico no se hizo esperar. Llegó a raíz de la asistencia de Luis Emilio a un banquete del partido. Guadalupe lo esperó toda la noche y a sabiendas de que era la primera vez que su esposo hacía tal escapatoria se empeñó en tomar de inmediato represalias. A las cinco de la mañana, cuando Luis Emilio volvió, ella no quiso abrir la puerta y lo dejó a la deriva en el frío del amanecer. Recabarren se indignó; le pareció que esto colmaba toda su benevolencia y que si no procedía enérgico a su vez, su autoridad quedaba relajada para siempre. Volvió a las diez de la mañana y le dijo a Guadalupe que era una mujer insoportable, "que sólo se podía enseñar a golpes". Doña Guadalupe soportó horrorizada la tempestad y se fué, en el primer momento libre, para Los Andes. Desde allí le escribe:

"Estas son cosas que no te las puedo perdonar nunca, para mí desapareció todo el cariño que verdaderamente te tenía..."

No duró mucho la hostilidad y las frases dramáticas de Guadalupe se desvanecieron finalmente. Semejante a la ternura de siempre fué la emoción con que se reconciliaron, y las palabras amorosas de Luis Emilio no fueron muy distintas a las juveniles que pronunciara una noche de Purísima ya distante. Sin embargo, algo pereció entre ellos como una ola que rompe y se desvanece; una confianza, una entrega, una generosidad mutua que les había salvado desde el comienzo ante cualquier descalabro. Así, en un verano posteriormente, cuando Guadalupe partió imprevistamente a Los Andes de nuevo disgustada con Luis Emilio, éste le escribe una carta que encierra conceptos definitivos tan terribles para ella, que difícilmente habría podido alejarlos de su espíritu mientras viviera:

"Estaba creyendo que tú me amabas de corazón como yo te amo, pero ya me voy desengañando y comprendiendo que tu cariño desaparece. Mientras yo procuro hacerte pasar una vida feliz, tú, en cambio, te portas a veces cariñosa, las más veces díscola, irritante, atrevida.

"Tú eres la que me abandonabas sin dejarme un centavo sabiendo que yo te había entregado todo mi sueldo..."

"No sabré comprenderte . . . lo que veo que tendré que lamentar es que no puedo pasar una vida tranquila y llena de encanto como la necesito, por más que te lo haya dicho día a día desde que vivo unido a ti. Tú te hallas siempre dispuesta a ver en mí lo malo y a juzgar intenciones que mi honradez, mis cualidades, mi modo de ser rechazarán siempre . . ."

La situación de "La Democracia" se había tornado por segunda vez difícilísima; Recabarren hizo un viaje a Valdivia como delegado a una nueva convención demócrata y fué elegido Secretario General del partido; a su vuelta comprendió que le sería ya imposible mantener su periódico y que lo más conveniente era buscar nuevos horizontes para su actividad. Santiago le fastidiaba; el ambiente, los políticos, la agrupación misma de la capital no le eran del todo favorables, y su imaginación, mientras más adversa era su vida en Santiago, con más insistencia volaba hacia Valparaíso y lo iba engalanando paulatinamente con el encanto de una verdadera zona de resurrección. Valparaíso era un recuerdo de honda simpatía en Luis Emilio. Tenía el presentimiento de que trasladándose allá, su condición mejoraría, sería más productiva su labor partidaria y aun nuevos caminos podrían presentárseles para ampliar su trabajo. A mediados de 1901 dejó de aparecer "La Democracia". Disminuídas sus posibilidades de trabajo en Santiago, Luis Emilio se fué solo a Valparaíso a preparar el viaje de su familia y el traslado de la imprenta, encontró inmediatamente ocupación ganando dieciocho pesos semanales, lo mismo que en Santiago, y se halló tan a gusto y tan seguro, que embarcó inmediatamente la imprenta y llamó a Guadalupe para que se le reuniera; Guadalupe no estaba muy segura de la conveniencia del cambio y en este sentido escribió varias cartas marcadamente pesimistas.

Recabarren no fué menos explícito que en veces anteriores para responderle.

"He leído tu carta tan llena de quejas sin razón. Yo me mato trabajando para ver si alguna vez puedo encontrar la felicidad que quiero para ti y para Luisito, y sólo encuentro en ti reproches y ofensas que me amargan la vida.

Tú sabes muy bien que mi carácter es para ser feliz. Sin embargo, si trabajo y me afano no es para mí que no necesito nada, todo lo que quiero es para ti y nuestro hijo.

Te he dicho que aquí tengo trabajo para toda la vida y me dices que no tienes ganas de venirte porque no hay nada seguro. Vuelvo a repetirtelo: aquí tengo trabajo permanente y el sueldo irá aumentando poco a poco. De periódicos no tienes nada que preocuparte porque son cosas que tú no sabes. Yo no estoy aquí ni con Jara ni con nadie, y el periódico que han sacado en nada interrumpe lo que yo pienso hacer".

Doña Guadalupe seguía la peor táctica imaginable: amargar la existencia a un hombre cuyo tono vital parecía ser un eterno anhelo de felicidad y armonía; y amargar con suspicacias infantiles, con incursiones en lo íntimo y más delicado de Recabarren: en sus proyectos, en sus obras, en su política, que eran lo más puro de su pensamiento y de su voluntad. Sólo una bondad inmensa y esa involuntaria indiferencia del hombre que vive hacia la colectividad, por su hogar, y también la idealización tan profunda que hiciera de su mujer hacía años, impedían a Recabarren tomar una actitud más enérgica y propinarle un contraste mayor a Guadalupe. Pero se lo impedían con una debilidad creciente, de no muy buen augurio para el porvenir.

Los días colmados de preocupaciones al instalarse en Valparaíso, inauguraron una tregua entre ellos; Recabarren empezó a relacionarse con los demócratas del puerto y a preparar el ambiente para la aparición de "La Democracia"; como había pensado ya en Santiago, aquí el movimiento obrero era más revolucionario, la influencia de los jefes muy reducida y reinaba un entusiasmo francamente propicio para cualquier empresa original. "La Democracia" apareció mucho antes de las elecciones parlamentarias de 1903 y pudo, en esta forma, orientar a gran parte del electorado demócrata sobre la posición que se debía adoptar. Entre los obreros de Valparaíso flotaba un cierto aire de revuelta, existía un descontento con los patrones y el régimen de salario que a todas luces debía cristalizar en una huelga. Sin embargo, las elecciones fueron pacíficas; el Partido Demócrata eligió a Guarello y algunos municipales, perdiendo su candidato a senador. Recabarren, que trabajó en una Mesa, se vió envuelto

en una reclamación electoral que le valió un proceso y una prisión de dos meses. La prensa de izquierda, los parlamentarios, los partidos, hicieron una protesta vigorosa por la vengativa medida tomada contra el Director de "La Democracia", y el nombre de Recabarren atrajo por un tiempo la atención de todas las crónicas y las asambleas políticas, no sólo de Valparaíso, sino de otras ciudades que ya contaban con organizaciones obreras bien definidas como Tocopilla, Iquique, etc. Naturalmente no se pudo probar nada contra Recabarren y fué absuelto de todo cargo. Había ganado en prestigio y entre las masas su nombre corría ágilmente con una aureola alta de sacrificio. La prisión no le afectó en lo más mínimo, escribió desde la cárcel artículos de protesta y entabló contacto con los delegados de la Mancomunal de Tocopilla que habían venido al Congreso Obrero de Valparaíso, principalmente con Gregorio Trincado; este hombre cuando Recabarren obtuvo su libertad y admiró a todos con su optimismo y su jovial disposición al combate, no vaciló en proponerle la dirección de "El Trabajo", periódico que la Mancomunal de Tocopilla iba a editar en este puerto, para la defensa de sus asociados; las condiciones eran favorables para Recabarren sin trabajo, lejanas las perspectivas de republicar "La Democracia" y con una ardorosa ansia de meterse en el norte, donde la clase obrera erigía la fortaleza más firme de sus luchas revolucionarias; se le ofrecían ciento cincuenta pesos mensuales; viajaría inmediatamente a Tocopilla acompañado de Guadalupe y de su hijo. No vaciló mucho Recabarren y aceptó confiándose a su rápida reflexión, a esa reflexión más bien intuitiva que le trajo a Valparaíso y que ahora le mostraba el norte como un vago corazón donde heridas de miseria, de hambre, de crueldades le incitaban a acercarse. La pampa le dolía a Recabarren como una inquietud: una mezcla de asperezas, de amargura, violento cauce para su vida que desde ese instante iría a parar quién sabe a qué zona espectacular. Sabía que esas montañas incendiadas por el fondo de la pampa, martirizadas por una tradición de sufrimientos y de explotaciones, ignorantes, herméticas para el invasor sajón que les temía, podían alterarse en cualquier momento y descubriendo el camino de su liberación avalanzarse sobre él con ímpetu de gigantes volcánicos, sabía que en ese caso los dirigentes son

banderolas de nube azotándose contra vientos mayores, desgarrándose entre los rudos martillazos de la muchedumbre, son cuerpecillos atómicos bajo una avalancha de patas gigantescas; pero también tenía confianza en sus maestros, en Bilbao más que en nadie, y en sí mismo, una poderosa confianza en sí mismo, y estaba seguro de que las masas no equivocan a sus auténticos jefes, y sabiéndoles justos, honrados, heroicos, les obedecen y acatan sus órdenes aunque ellas sean agua para el fuego de sus instintos crepitantes. Aceptó la oferta de la Mancomunal de Tocopilla y a su presidente, Trincado, le confió que éste era el paso trascendental de su destino, el instante en que se enfrentaba realmente a ese pueblo que él quería educar, independizar económicamente e inaugurarle su interés por la política y su anhelo del poder, únicos instrumentos de la victoria; el instante en que alejándose de todo rastro de caudillaje con tongo y rebañíos electorales, se atrevía a constituirse en jefe proletario, en jefe con la vida y la sangre bailando sobre el pelo de la persecución, el destierro y la masacre.

Había pasado ya a la leyenda la huelga de Mayo de Valparaíso, en que los obreros cayeron asesinados por todas las calles, acibillados en las puertas de las agencias, los almacenes y los palacios aristocráticos: huelga puramente obrera, sin ninguna vinculación política, por aumento de salario. Los dirigentes empezaban a sacudirse del estupor en que ese paisaje de sangre y de llamas, ajeno a toda su ingerencia, les había sumido, cuando se anunció la partida de Recabarren. Un numeroso público se reunió el 22 de Septiembre en el muelle para despedirlo. Acompañado de Guadalupe, su hijo y Gregorio Trincado, emprendió su segundo viaje al norte, trece años después de aquella aventura en Coquimbo donde inició su intimidad con el pueblo.

Ahora, más que antes, un aire pequeño le mordió el pecho angustiándole. La palabra de ese lomo ondulante estirado por la costa y anunciándose interminable, de esa tierra que podía pegársele como un líquido denso en los tejidos ágiles de su espíritu y no soltarlo jamás con la fuerza de su tenaza, le estremeció el oído más alta que el bocinazo del barco arrastrándose como un mendigo fuera de la bahía.

SEGUNDA PARTE

REVOLUCION
DESPLEGADA

Recabarren le hablaba a Trincado en la cubierta, con su voz de tono bajo que sobresalía agradablemente del ruido de máquinas y del agua estrellándose a los costados del barco; su charla es serena, sin altisonancias, tan risueña como la bondadosa expresión de sus ojos semiperdidos bajo la abundancia de los párpados. Trincado viaja gustoso con él; le admira con ese entusiasmo del que es presa fácil para las influencias, sobre todo para las de la acción. Recabarren asomaba por todos sus gestos, por todas sus ideas, una decisión de superarse como propagandista, desplazarse por la pampa interesando a las masas hasta ponerlas en marcha, de organizar interminablemente, de convencer y agitar hasta la zona más perdida del salitre. Para Trincado este clima de luchador era nuevo; ciertamente ellos habían luchado desde muchos años para mejorar sus condiciones de vida, se habían enfrentado a patrones, autoridades y fuerzas armadas y aun habían constituido la Mancomunal de obreros —el 1.º de Mayo de 1902—, llegando a reunir tres mil adherentes; pero todo lo habían hecho a la sordina, desde fuera, con el ánimo del que lucha un día solo o en minúscula pandilla y cesa después por un centenar de preocuparse de sí mismo y de sus camaradas.

La política no había sido tampoco objeto de interés para ellos; creían todavía en las soluciones paternas, de hermano a hermano, con el capital; le aceptaban a éste su

procedencia divina, anterior a toda cosa, y por eso la huelga no era para ellos sino el golpecito en el hombro del patrón para que los atienda, de ningún modo un acto revolucionario; la Mancomunal era ni más ni menos que Socorros Mutuos con medicinas, pompas fúnebres, presidente honorario y todo. Recabarren, en cambio, les traía el mensaje de última hora, la consigna recién nacida: "la emancipación económica y social que buscamos la hemos de conquistar por la razón o la fuerza cuando sea una realidad la Unión de los Trabajadores". Es decir, la miseria, la explotación que sufre el proletariado acabará cuando él mismo la destruya, cuando haciendo política y política revolucionaria conquiste el poder y arregle las cosas como a él le convenga. Era lógico, pues, que Trincado bebiera una a una sus palabras, enredara su voz a la suya y no vibrara sino en cada pensamiento de aquel joven tipógrafo que iba a revolucionar el norte.

Este clima que Recabarren extendía a su alrededor alcanzaba más allá de las personas que estaban a su lado: la prensa del norte fué unánime en asimilárselo cuando aun no desembarcaba, y así "El Marítimo" antes de conocerlo, sólo por referencias y por intuición, publica: "Recabarren hará una nueva era de adelanto cortando de raíz la ambición corrompida de los capitalistas", y dirigiéndose a los agiotistas: "se encuentra entre vosotros el angel del exterminio, tiemb'en los jesuitas y los hipócritas". Y semejantes frases "La voz del obrero" de Taltal y otros periódicos de Antofagasta e Iquique. El mismo Recabarren se da cuenta de esta potencia mística de su personalidad que ya a la distancia va creando una ansiedad, una rebeldía, una responsabilidad social en la tierra y las gentes donde va a actuar.

"Quien observe los párrafos en que se anunció y pronosticó nuestra labor — escribe — podrá notar cómo al llegar yo al norte y ser recibido en forma que se dejaban esperar acontecimientos de importancia, todos los obreros predispusieron su espíritu a una era de lucha".

En Taltal halló el ambiente que imaginaba: centenares de trabajadores lo aguardaban en el puerto; en una lancha, acompañado de los dirigentes, desembarcó; inmediatamente, entre la curiosidad de todo el pueblo, en desfile se dirigió al local obrero y pronunció su conferencia sobre coope-

rativas. Fué su primera palabra estremecedora. La ansiedad del público que creyo encontrarse ante un orador de la ciudad, pedante e incomprensible, se desmizo escuchando su oratoria clara, tranquilizadora, que lanzaba las verdades como trenes de aire por los espíritus proletarios. Les habló de la carestía de los alimentos, de los abusos que cometían los extranjeros por medio de sus escandalosos monopolios y de las ventajas que un almacén establecido y protegido por los mismos obreros, produciendo para ellos mismos, les aportaría. Ese pueblo de Taltal le siguió en su discurso con agilidad de niño conducido por una flauta mágica; maravillado de entenderlo todo, de no tener ningún desacuerdo y de oír en otros labios ideas y palabras que el mismo en su interior guardaba inexpresadas. Al anochecer, cuando Recabarren se embarco para Icopilla, le despidieron con cariño, con un abrazo de aplausos que era un esfuerzo para retenerlo o para hacerle volver muy pronto.

Al aparecer el primer número de "El Trabajo", el 18 de Octubre de 1903, y escribir su primer editorial, Recabarren detuvo sus arrebatos, entró el cerebro hasta el calculo matemático y produjo una pieza que si no puede señalarse como un documento entre sus escritos, es por lo menos un modelo de cordura y de buena táctica para un recién llegado. Adoptó el estilo grandilocuente y metafórico de Bilbao, se perdió entre "ustrajados campeones de la vida", "luz de la verdad", "por escudo: el Derecho, la Razón", etc., y dió la exacta sensación de ser un idealista, un romántico de escasísimo peligro. Las autoridades se tranquilizaron. Pero Recabarren, ya introducido en su nuevo medio, reaccionó asumiendo la posición que preparaba desde Valparaíso: la de un periodista revolucionario, contundente como los mismos gestos del pueblo. El gobierno empezó a agitar un proyecto de "ahorro forzoso" para los trabajadores; un día cualquiera "El Trabajo" aparece en son de guerra, peligroso como un tonel de nitroglicerina y se difunde por todo el norte como un mar vertiginoso. Recabarren escribe:

"Atrás el "ahorro forzoso", es el grito de los trabajadores de todo Chile, aun cuando se necesiten para aplastarlo centenares de cadáveres y ríos de sangre."

Las masas se estremecieron con estas palabras. Un incendio se precipitó por todas partes; la esperanza puesta en

el periodista de Valparaíso era justa: este hombre escribía con el puño mismo del trabajador. En Iquique responden a "El Trabajo" con una huelga general contra el "ahorro forzoso". A esta huelga sigue una en Taltal por una expulsión de treinta trabajadores de una empresa y simultáneamente otra en Chañaral con motivo de haberse fundado la Mancomunal y haber recibido ésta los primeros ataques de las autoridades provinciales. Por esos mismos días los obreros de Valparaíso, Lebu y Coronel realizaban también movimientos, de modo que la agitación revolucionaria dió la impresión de haber cundido velozmente a través del país partiendo desde Tocopilla.

"Parece que se hizo a Tocopilla el blanco de la persecución; quizá se creyó que era el eje del movimiento". Anota Recabarren.

En Chañaral, la gravedad de los hechos fué mayor que en otros lugares. Sesenta trabajadores habían fundado la Mancomunal; en la segunda sesión, ciento veinte se agregaron a los primeros y en magna asamblea acordaron realizar una huelga pidiendo la separación del capataz Jorge Cantuarias, que les había hecho objeto de toda clase de crueldades e injusticias como represalias por haberse organizado; Cantuarias expulsó y castigó a varios socios y se negó a cambiar de actitud todas las veces que los obreros se lo pidieron amigablemente. Las autoridades de la huelga declarada trajeron fuerzas marítimas y terrestres con el propósito de forzar la vuelta al trabajo. Los obreros se resistieron. Se utilizó entonces a los soldados y marineros como rompehuelgas en el oficio de lancheros; a cuatro marineros de la Armada de guerra hubo de arrestárseles por negarse a trabajar y servir de traidores de su clase. El asunto se complicó enormemente.

"En caso que corra sangre, anunciaremos por telegrama". Decía la Mancomunal.

Se acordó sorpresivamente, sin embargo, designar una comisión de arbitraje con miembros de ambos lados para solucionar pacíficamente la huelga. En notaría, se registró el fallo de esta comisión que consistió en aceptar las exigencias de la Mancomunal, la expulsión de Cantuarias, fundamentalmente. Pero no acabó aquí todo. La derrota de los patronos fué aparente, su deseo de venganza les quedó doliendo en las uñas y apenas reanudado el trabajo se lanzaron en

una persecución vergonzosa de los obreros. Se interceptó la correspondencia de la Mancomunal, hubo numerosas prisiones arbitrarias, se comunicó a Santiago fantásticos atropellos y tropelías de los huelguistas, se les hizo aparecer como anarquistas e incendiarios. Marinería y soldados se dedicaron a hostilizarlos y la situación se tornó tan insoportable, que la protesta de los obreros alcanzó hasta el mismo Parlamento. El diputado radical Pleitado enrostró al Ministro de Interior una acusación que tuvo todos los caracteres de un verdadero escándalo:

"La casa Besa —le dijo— tiene interés en que permanezcan en Chañaral un buque de la Armada y un destacamento de fuerzas de línea porque es proveedora de los artículos que esas fuerzas necesitan para su mantenimiento".

El Ministro Besa, interesado en la tal Casa, vació ante el peso de aquellas palabras. Recabarren, por su parte, desde "El Trabajo" escribía:

"Sigamos teniendo paciencia, pero no para tolerar los abusos sino para apurar nuestra organización y apertrechar nuestras armas, ya que de tanta dinamita podemos disponer en esta gran zona del norte. Las lágrimas que hoy vierten nuestras mujeres y nuestros hijos y el hambre que todos sufrimos han de pagarlo con su sangre y sus vidas los déspotas y canallas que hoy nos oprimen..."

Cuando ya el movimiento se acercaba a su instante de crisis se ordenó el traslado a Chañaral de un Ministro de la Corte de Apelaciones de La Serena, que revisó los procesos, puso en libertad a todos los Mancomunados, incluso al presidente de ellos, Lecaros, y pacificó temporalmente los ánimos.

A Recabarren, al comprobar los efectos de su llegada al norte no se le escapaba esa especie de tempestad que desencadenó convulsionando las provincias salitreras, y por esto consideraba logrado su intento.

"Soy de los que estimo —dice— que para despertar al trabajador del letargo tradicional es necesario de una gran agitación que haga estremecer a los pueblos, aun cuando algunos nos veamos expuestos a ser las víctimas escogidas de las ferocidades burguesas".

Justamente era el caso de su campaña en "El Trabajo" y de las consecuencias experimentadas por el pueblo.

"Con este espíritu encarné en "El Trabajo" todo el fuego posible y puse en el lenguaje una viveza natural que ya parecía ver desarrollarse un movimiento revolucionario capaz de trastornar todo el país".

La agitación aumentó en Tocopilla con un suceso ocurrido la noche de Año Nuevo en la Plaza Condell. Bajo una carpa se hallaban reunidos varios jóvenes de lo más puro y sin mancha de la reacción lugareña; todos lectores de "La Correspondencia", el diario clerical de Tocopilla y calumniadores entusiastas de la Mancomunal. Hasta esa carpa llegó un grupo de obreros jóvenes del puerto a divertirse y el resultado de la presencia de bandos tan heterogéneos no se hizo esperar. Se armó una discusión primero y luego una batahola de bofetadas, palos y botellazos en que la juventud de levita resultó extraordinariamente damnificada; con los ojos oscuros, las bocas y narices hinchadas y sangrando, las cabezas rotas, acabaron en la redacción de "La Correspondencia". Al día siguiente se relataba en este diario a grandes caracteres el incidente y se comentaba de la siguiente manera:

"Fue una verdadera batalla no contra el capital, sino contra los futres, contra la levita. Eran los odios de clases que predica la prensa Mancomunal".

A este bochornoso incidente se vino a agregar otro poco tiempo más tarde: fue un Domingo en la noche cuando reunidos el Gobernador, los Municipales y "personas decentes" de Tocopilla para oír la retreta acostumbrada, aguardaron en vano por espacio de largas horas a que los músicos se reunieran, y sólo se decidieron a retirarse al saber que los tales músicos no habían concurrido porque se hallaban amanzando una fiesta de la Mancomunal.

El gobernador, que era también miembro de "La Correspondencia", no resistió más y organizó una prisión para sus enemigos: el 15 de Enero de 1904 Recabarren vió llegar al local ubicado frente a la plaza fuerzas de policía con un orden de encarcelamiento en contra suya por "subversivo". Junto con él se llevaron a otros tres dirigentes de la Mancomunal. Por supuesto, "El Trabajo" quedó tácitamente suspendido y la organización en zozobra, pues la ausencia de los jefes restaba toda eficacia al trabajo de los revolucionarios novicios que la componían. Recabarren no se intran-

quilizó por la prisión, tenía la defensa en su mano: un delito que cae dentro de la legislación de imprentas debe juzgarse conforme a esta legislación y no invadiendo procedimientos que implican un atropello a la Constitución. Sus camaradas, sin embargo, no fueron tan serenos y en instantes dieron a Recabarren la impresión de perderse para el movimiento ante el peligro de las persecuciones.

"No tengo por qué ocultarlo —anota en sus memorias de aquel tiempo—; los tres compañeros de prisión eran los que más me aplaudían y acompañaban en mi campaña, pero la prisión les atemorizó de manera notable. Las chapas no eran firmes. Esto demuestra la falta de experiencia y energía suficiente para decidirse a luchar con la pujanza que requiere la salvación del pueblo."

A pesar de lo evidente de la defensa de la causa, caminó según el Congreso Obrero "al paso del buey". Recabarren no perdió su tiempo en la cárcel de la calle Prat: oprimido por esas murallas bajas y frágiles, de tablas, que lo encerraban como en un cajón, se dedicó a escribir.

Hizo un llamado a los trabajadores para auxiliar a Juan Rafael Allende, que atravesaba por angustias en esos años; basándose en un informe presentado a la Municipalidad por el doctor radical Luis Vergara Flores, que era el primer alcalde, redacta una circular "A los amigos del sur" sobre la situación de los trabajadores de Tocopilla y los fines de la Sociedad Mancomunal de Obreros. En esta circular da cuenta de la esclavitud en que vive el obrero ganando ciento veinte pesos al mes la inmensa mayoría, necesitando de un permiso del patrón para trasladarse al puerto, ubicado en locales faltos de toda higiene y bienestar. La Mancomunal ofrece dos pesos diarios para el trabajador enfermo, una cuota mortuoria además de los gastos de sepultación, les ofrece escuela gratuita, les publica un periódico en imprenta propia de la organización. Contempla además el problema de las subsistencias y tiene el proyecto de edificar una Cooperativa en la pampa para vender a los obreros los artículos que necesiten incomparablemente más barato que los almacenes de las compañías y que los mismos "mercachifles", contrabandistas estos últimos que vendían con un 80 por ciento de rebaja en el precio oficial.

A los camaradas les escribe una carta donde se advier-

te su agilidad de pensamiento para captar las consignas más diversas y dárselas a la masa en una mezcla de ingenuidad y de heroísmo que las hace emocionantes:

"Ha desaparecido momentáneamente una cabeza, pero queda otra. Porque el pueblo en horas de locura patriotería aprendió a reemplazar a sus jefes unos tras otros para no entregarse vencidos jamás, prefiriendo vencer o morir".

Felizmente no le obligaron a continuar su trabajo en la celda por más tiempo y le pusieron en libertad junto con sus compañeros el 4 de Febrero, a los 19 días justos de prisión.

De inmediato, Recabarren se puso a organizar las comisiones de obreros que voluntariamente iban a construir en la pampa el edificio de la Mancomunal. Se disponían a comenzar el acarreo de material cuando el gobernador anunció que impediría la ocupación del local por los mancomunados a pesar de lo dispuesto por el dueño del terreno que ya les había hecho entrega de él. Recabarren protestó por este abuso de autoridad, pero el gobernador le respondió que habiendo avisado al gobierno de que en Tocopilla se preparaba una sublevación, se le había conferido amplios poderes para proceder: de esta manera estaba en su derecho confiscando el terreno de la Mancomunal. En esos mismos días se presentó a la justicia un individuo de nombre Maximiliano Quiroga a pedir la disolución de la Sociedad Mancomunal, su liquidación y rendición de cuentas, garantizándose con el secuestro de la imprenta y de los fondos sociales. Acusaba a los dirigentes de robarles el dinero a los trabajadores y de vivir a su costa. Recabarren probó que el tal Maximiliano no era socio, pues se hallaba atrasado en cuatro meses del pago de sus cuotas y por lo tanto su reclamación era absurda. El juez, tranquilamente, recibió el dinero de las cuotas que le llevó Maximiliano y le declaró soano. Esto superó toda paciencia: la pasividad de los obreros se hizo trizas y no esperaron sino el momento oportuno para desquitarse violentamente de tales tropelías. Momento que llegó, por lo demás, el 7 de Mayo a las cinco de la tarde.

El edificio de la Mancomunal, una casa baja, de esa tabla estrecha, pintada, que hace el material de tantas viejas construcciones de puerto, se halla frente a la Plaza; desde muchas partes de Tocopilla se lo divisa como una prominencia dominando estratégicamente el puerto. En su sala mayor hay esa tarde unos diez trabajadores conversando con Recabarren.

—De toda esta persecución no saldrá nada bueno —decía uno—; yo creo que hay que proceder violentamente, tomar la ofensiva; deberíamos ir al terreno y empezar a edificar, y si viene la policía a sacarnos, recibirla con dinamita

—Claro que ya es hora de ponerse firmes —interviene Recabarren—, pero no hay que olvidar que la organización es nueva y no cuenta con un ambiente como para lanzarse en un movimiento así tan desesperado. Se produciría una catástrofe y no nos volveríamos a reponer hasta pasados muchos años.

—Si al Quiroga que se vendió le hubiéramos dado una buena paliza y a la cárcel le hubiéramos puesto unos petarditos, ya nos tendrían miedo los desgraciados

—Nos respetarían

Era una rabia acerada la que les crecía con la provocación cada vez más infame de las autoridades en contra suya; se habrían entregado inocentemente en cualquier celada si la mano serena de Recabarren no les hubiera estado controlando continuamente y evitándoles caer en la precipitación.

Había tomado la palabra uno para decir cualquier cosa, cuando vieron entrar a la sala varios temibles personajes. Venían el receptor, el ayudante de policía y diez soldados.

Recabarren se les adelantó preguntándole lo que deseaban.

—Venimos a confiscar la imprenta como garantía en el juicio que sigue Maximiliano Quiroga contra la Mancomunal —dijo rotundamente el receptor.

—Habrá que mostrar la orden —dijo Recabarren.

Los demás obreros se habían acercado a la puerta y observaban la policía armada que rodeaba totalmente el edificio. Desde todas partes afluía la gente al alboroto de:

—Van a asaltar la Mancomunal. La policía va a secuestrar...

Los obreros del puerto que terminaban sus faenas avan-

zaban presurosos a la Plaza y enviaban chiquillos por sus camaradas:

—La Mancomunal en peligro. Secuestrarán a Recabarren. La fuerza de policía llena las calles.

Desde todos los ámbitos, hombres, muchachos, mujeres, sudorosos con los brazos y los morenos pechos al viento, volándoles la escasa ropa, se acercaban a la Plaza y tomaban colocación frente a la policía. Tocopilla entero se había convulsionado en pocos instantes y aguardaba hechos terribles para muy luego. Un murmullo de vagos comentarios hilvanaban las bocas anchas y reseca de los obreros; las mujeres empezaban a chillar y a propinar insultos a las autoridades.

De pronto se vió salir a Recabarren; lo seguían el receptor y el jefe de policía; los soldados más atrás empezaban a cargar la imprenta en una carreta que habían traído a propósito. En los momentos en que la echaban a caminar, corriendo y acompañado de varios obreros, apareció Trincado en la escena.

—Alto —gritó—, yo me opongo al secuestro de la imprenta. No hay ninguna orden ni ninguna fuerza, ningún verdugo en el mundo que le quite a los trabajadores lo que les es propio. Compañeros, defendamos la propiedad obrera. Que no nos quiten la imprenta. ¡Viva la Mancomunal!

Desde el comienzo y dominando la situación, Trincado comprendió que rogar con buenas palabras a la autoridad era inútil; había que dirigirse al pueblo, a gritos, a golpe de sangre y encenderle el hambre de lucha. A sus palabras una voz entera, gruesa como un cañonazo brotó de la plaza:

—... ncomunal!..

Y luego un chivateo, un ruido tremendo. Recabarren impasible observaba el hecho: frente a la Plaza se hablaba como un árbitro entre la policía y el pueblo. La carreta con los materiales estaba en movimiento, ya enfilaba por la calle pendiente hacia la bahía.

—¡Viva la Mancomunal!... ival!..

Tronó la Plaza con un derrumbre de árboles o de ríos contra una superficie de cristales. Y entonces los obreros en una masa endemoniada, insostenible, se avanzaron sobre la carreta, se la quitaron a los policías y la trajeron de nuevo

al local. Se oyó la orden de despeje. Las mujeres y los chiquillos les arrojaban un verdadero diluvio de piedras llamándoles a voz en cuello traidores. Avanzaron los policías y los obreros no retrocedieron. Recabarren, a escasos metros de los dos bandos, Chocaron por fin y vino el ruido quebrado, angustioso, gimiente de los culatazos sobre la carne desnuda: las costillas hundidas por la presión dolorosa de los cañones; las bofetadas, los palcos, las piedras desgarrando la piel como antiguos géneros jugosos. Blasfemias y goterones de sangre, tierra salpicada de guijarros, de pies descalzos, y de botas restregándose como alucinados; era un vaho informe que trascendía hasta muy lejos en musicalidad bárbara. Algunos obreros se apoderaron de la carreta, la trasladaron a una casa vecina y allí se dispusieron a descargar la imprenta. La policía retrocedió y se colocó impidiendo la entrada a la casa, junto a la muralla. El grueso del pueblo les acorraló entonces y desalojándoles obtuvo el paso franco para ocultar los materiales. Imposibilitados para disparar, los guardias, inferiores en número, sucumbían bajo la andanada de golpes que una muchedumbre de cuatrocientos hombres les descargaba enfurecida. En esos momentos aparecieron refuerzos del ejército que impetuosamente iniciaban el desbande de la masa a culatazo limpio. En el suelo, cuando los obreros, huyendo por las calles, abandonaron el combate, quedaron tres mancomunales y seis soldados.

A Recabarren fué el primero que apresaron, allí mismo frente a la Mancomunal. Y luego a otros y otros. En fila les hicieron descender hacia el cuartel de policía junto a la cárcel. Por todas las calles, semiocultos detrás de las ventanas, por las puertas entreabiertas, se asomaban puños e insultos contra la policía, apagados vivas a la Mancomunal y al caudillo que iba a la celda a pagar por todos.

Con su rostro tranquilo, adustamente apretadas las cejas, caminando sin afectación, Recabarren recibía sobre el cuerpo la luz sin calor del sol desvaneciéndose, la vaga fluorescencia celeste de las primeras estrellas que nimbaban la casa roja de las celdas como una sonajera de emblemas infantiles.

Recabarren envió desde la prisión, cartas y telegramas que se derramaron por todo Chile.

La situación es insostenible —decía en una carta—, pues de un día a otro caeremos aquí en informe hacinamiento proletarios y autoridades. La hecatombe será terrib'e. Hay seis mil obreros cansados con las enormidades cometidas con ellos por las autoridades”.

A los tres días de prisión se les puso en libertad; contra Recabarren no se podía sencillamente hacer ningún cargo; el se había allanado a la entrega de la imprenta y no había incitado de ninguna manera a la insubordinación; Trincado aparecía más comprometido, pero salió también junto con Recabarren y los demás presos.

En realidad, lo que las autoridades pretendían era sorprender a Recabarren con un proceso más serio, más peligroso, que lo llevara a la cárcel o al destierro, no por una semana o un mes, sino por años y bastante largos. Recabarren se había transformado para el gobernador en su enemigo más odiado, el que debía aplastar con una furia que lo aniquilara para siempre, que lo pusiera tan lejos de la política como él estaba de la revolución. Hasta ahora, al parecer, nada había que explicara tal proceso, pero a lo mejor, hurgando bien en la Constitución, en el código o simplemente en la astucia, podía hallarse una condenita para el antimilitarismo de “El Trabajo” o la conspiración de Recabarren. Era cuestión de tiempo y mientras tanto no había razón para perjudicar el Erario fiscal manteniendo el grupo aquel de fascinerosos.

En libertad, Recabarren se impuso de que la ciudad vivía en estado de sitio: patrullas armadas la recorrían a todas horas y los negocios cerraban a las nueve de la noche. “El Trabajo” estaba suspendido indefinidamente, pues las principales piezas de la imprenta habían sido secuestradas por la policía; esto amargó a Recabarren intensamente; le dolía la desaparición de “El Trabajo”, pero mucho más aún la pérdida de aquellas piezas de la imprenta que tanto le había costado adquirir en Santiago y llevar hasta Valparaíso y luego traer a Tocopilla; pues Recabarren había hecho traer su imprenta de Valparaíso con Lindorfo Alarcón, un dirigente democrata, para agregarla al taller de la Mancomunal. Tenía la seguridad de no recobrarlas y esto le hacía la sensación de perder un camarada, de que una piedra le caía adentro y le salpicaba de lágrimas los ojos.

Momentos antes de salir de la cárcel, Recabarren entregó a un niño, que le llevaba el almuerzo, nueve cartas selladas para que las depositara inmediatamente en el correo, pues había vapor en el puerto; el cabo de guardia, un tal Marcos Pastene, sospechó del niño y, violentándolo, le sustrajo las cartas y se las llevó al alcaide, quien las puso, a su vez, en manos del gobernador. El señor Gutiérrez las abrió, desgarrando los sobres les dió una detenida lectura y las envió al Juzgado; cuando lo hizo sonreía como un niño jugueteón sobándose las manos y pensando: “¡Cayó a la trampa el revoltoso, ahora si que lo he cazado!”

Una sombra le cubrió el gesto, sin embargo, pues pensó en la violación de correspondencia en que había incurrido, pero de inmediato recordó la palabra formidable del Ministro:

— ¡Proceda!

Y se tranquilizó. Durmió aquella noche con el reposo más inocente y cándido de su vida.

Naturalmente, Recabarren al día siguiente fué apresado de nuevo y puesto en estricta incomunicación. A Guadalupe le tocó esa vez presenciar el hecho y oír de labios policiales, ante sus angustiadas preguntas, el motivo de la prisión:

— Por propalar ideas que tienden al anarquismo en su forma más violenta. Ha dicho el juez.

Ha dicho el juez y Recabarren camina por la calle Prat, llega al cajón de zapatos que es la cárcel y entra a ocupar la celda de costumbre. El gobernador por fin creía tener a Recabarren absolutamente en sus manos; el proceso lo fué des- envolviendo con toda clase de precauciones, tendiéndole a Recabarren una verdadera red de pequeños detalles condenables; su prensa la alistó en una campaña de amplio des- prestigio de la Mancomunal y de sus dirigentes; aseguró desde “La Correspondencia” que los fines de socorro mu- tuo de aquella organización no eran más que una pantalla para disfrazar un aprendizaje revolucionario de las masas; se las arregló para obtener declaraciones de los obreros, afir- mando que vivían en buenas condiciones y que los fondos de la Mancomunal tenían un destino extraordinariamente obscuro. Agregó al sumario una nota dirigida a él por el te- niente Valenzuela Hurtado, y coleccionó, en suma, todo un

arsenal de frases, actos y hasta pensamientos de Recabarren que, a su juicio, hacían evidente la culpabilidad.

Recabarren permaneció cuarenta días incomunicado. En los primeros momentos de libre práctica comisionó a Lindorfo Alarcón su defensa ante las acusaciones del fiscal, colaborando él mismo en el trabajo. En su celda no decayó un instante su actividad intelectual; en ese tiempo de brumas, de celajes repetidos encapotando el cielo, cuando el viento empieza a tornarse frío por las noches, permanecía en camisa paseándose, analizando su situación, los resultados de su estadía en el norte, el provecho que de toda esta lucha se obtendría, componiendo mentalmente futuros trabajos que podrían ser conferencias o artículos o cartas para enviar a la prensa. A ratos, su cara se oscurecía, un gesto de amargura le destrozaba los labios; recordaba a su hijo, a Guadalupe. No es grato ofrecer un destino de sufrimientos, pero, tal vez, toda esa tiniebla es momentánea y el bienestar viene antes de lo que todos se imaginan. Tiene confianza en el proletariado, en su combatividad naciente en estas provincias. Si se aprovechan estas energías, si se les interpreta y se les conduce inteligentemente, el día de la victoria podrá oírse, podrá sentirse su ruido de coros, de banderas alegres. Lo importante no desmayar, confundirse con la agitación que uno mismo desencadena, no evadir el cuerpo, agregarse al movimiento revolucionario en todos los segundos de la vida. Es posible que el Gobernador aplaste por una época a la Mancomunal, que lo envíe por interminables meses a otra cárcel más implacable y llegue a dominar en calidad de cacique sobre la pampa. Pero antes, la voz de los trabajadores tendrá que oírse fuerte, que sonar ronca por todo el país; tendrá que obligar a millones de ojos a volverse al norte y a impresionarse con las infamias que la burguesía fabrica; antes, el pueblo tendrá que crecerse de que es humillado y sufre explotaciones, de que mientras sea pasivo y desdeñe la pelea, sus dirigentes seguirán siendo sacrificados, sus organizaciones muertas, su propiedad escamoteada. Desde la cárcel un revolucionario sólido, de acero, puede obtener éxitos que ni la misma libertad le proporciona; su condición heroica le sopla alrededor una ventolina importante, de esas que vuelan los sombreros cuando los sombreros se niegan a descubrir las cabezas.

Su defensa fué relativamente sencilla; los cargos que agrupó el fiscal eran todos débiles y desprovistos de argumentación jurídica. Decía, por ejemplo, que la Mancomunal era ilícita y atentatoria contra el orden social y lo probaba recordando el desorden de la noche de Año Nuevo en que se profirieron, según el Prefecto de policía, expresiones como éstas:

—¡Viva la Mancomunal! ¡Abajo los futres! ¡Mueran los pacos!

Continuaba señalando la propaganda antimilitarista de "El Trabajo"; la nota del teniente Valenzuela al respecto decía:

"En un artículo firmado por Luis E. Recabarren S., la propaganda es más descarada: "Trabajaremos —escribe Recabarren— incansablemente por que se acaben los soldados y a los que se queden aconsejémoslos, ya que son ellos de nuestra misma clase, que no disparen contra nosotros. Roguémosles que no obedezcan cuando les manden cargar contra nosotros, porque ellos han sido y serán trabajadores".

Esto —según el fiscal—, le hacía reo de un delito militar, pues aconseja la desertión y la rebeldía en el Ejército.

Después, eran las cartas el argumento esgrimido por el fiscal como demostración del anarquismo terrorista de Recabarren; pero, lógicamente, éste era el argumento presentado más a la ligera, con mayor disimulo, pues el Gobernador resultaba con él mucho más perjudicado que Recabarren y la Mancomunal.

En resumen, una acusación deliciosa que tuvo el único defecto de ser tan abundante como para prolongar por meses la vista de la sausa.

Recabarren, dispuesto a todo, empezó a trabajar una conferencia sobre "El socialismo en el hogar"; en un principio, creyó que no la concluiría en la celda sino en su propia casa, pero se acabó la conferencia y siguió con "La jornada de ocho horas", y luego con cartas y memorias, y la libertad ni se divisó. Recibió adhesiones de "El Chileno" de Valparaíso, de "La Prensa" de Curicó y de una veintena más de periódicos. Se impuso de que el Congreso Obrero de Santiago invitaba a un mitin de protesta por su prisión, frente a la estatua de O'Higgins en la Alameda y lanzaba un manifiesto vago, con mucha palabra y cortesía para el Gobierno,

donde "se permitía llamar la atención"... etc., etc., y no lo nombraban a él por temor a comprometerse.

Recibió un mensaje de sus compañeros de Tocopilla en que le proponían un movimiento terrorista para liberarlo: se pondría dinamita a todos los edificios públicos y a la cárcel, se..., etc. Recabarren se negó terminantemente. Esto equivale, pensó, a provocar la masacre; por unos días de libertad invitar a la burguesía a destruir por años la revolución obrera. Era un suicidio romántico. Recabarren sintió un escalofrío al conocer el mensaje: todavía el proletariado no captaba el ritmo de su destino; permanecía en la etapa de la pelotera, del cuadrillazo a la policía y del desbande ante la resistencia; en el lirismo de chacolí, irreflexivo, pendenciero, suicida. Es preciso tener un cerebro vigorosamente equilibrado y la sangre bien encauzada para dominarles y hacerles entrar a la acción organizada, al método revolucionario. Les argumentó extensamente y les dió su más firme negativa. A pesar de ello, en el mes de Julio estalló un cartucho en el edificio de "La Correspondencia", causando un revuelo fenomenal. Recabarren, creyó más firmemente en la necesidad de implantar una disciplina de guerra entre los compañeros y se propuso lograrla por todos los medios.

Uno de sus artículos escritos en la cárcel que produjo mayor conmoción, lo tituló "El pecho fuera" y está concebido como un verdadero mensaje a los revolucionarios del futuro, un mensaje que ostenta su moral para que se la conozcan y no se la nieguen jamás sus discípulos:

"Contra ese mal de la persecución del gobierno, nosotros no conocemos más que un remedio: el que tomemos la ofensiva con el pecho afuera, la cara al frente y caiga quien caiga.

"En adelante, debemos atacar en lugar de defendernos.

"Que se llenen las cárceles de trabajadores propagandistas de la libertad y la justicia, que se embriaguen las fieras radicales y balmacedistas que gobiernan con la sangre proletaria.

"Las libertades que han surgido en el mundo han tenido por cuna sangre y cadáveres. Yo estimo que no hay otro remedio en verdad, que tomar de frente la ofensiva".

En una carta dirigida a los mancomunales, expresa todo el deleite del luchador que ha actuado y hace sobresalir como una nota dominante el deber de unidad de los trabajadores.

"Yo también siento en mi prisión ese placer infinito que os domina.

"Los instantes amargos que nos hicieran pasar esos caballeros ya van pasando, como pasan todas las tempestades, para traer, en seguida, una época de paz y de bonanzas.

"Trabajemos noche y día, ayudémonos unos con otros para obtener que todos los trabajadores de la pampa se unan.

"Que llegue nuestra propaganda hasta el extremo de abarcarlo todo. El cariño, la fraternidad, el amor deben ser las virtudes que nos acompañen en todo momento.

"Yo he de salir alguna vez en libertad y siempre, por muy tarde que sea, saldré joven para seguir luchando sin arriar jamás nuestra querida bandera del socialismo revolucionario que dará la felicidad a los pueblos. Y si me expulsan de este pueblo, a donde quiera que vaya he de levantar mi voz para despertar a los hermanos que duermen".

Es claro, que para Recabarren y para los obreros, su prisión les era de hermosas consecuencias, pero nunca su literatura podía ser tan hermosa que le proongaran aquélla por más tiempo, careciendo de toda razón legal de ser. La Mancomunal presentó un día un recurso de amparo que la Corte Suprema rechazó por cuatro votos contra tres; siguió trabajando, no obstante, incansablemente hasta que la libertad se decretó en los primeros días del mes de Octubre, después de siete meses de encarcelamiento.

Recabarren tuvo una polémica periodística antes de abandonar la cárcel con un conocido anarquista llamado Alejandro Escobar y Carvallo; este hombre tuvo la virtud de contribuir con sus críticas a la definición francamente revolucionaria de Recabarren, que, en el fondo, todavía era un demócrata de la escuela de Bilbao; le obligó a reconocer bando junto a lo más inmaculado de los proletarios, y a pesar de que Recabarren reaccionó ante sus crueles palabras con una escritura bondadosa, cristiana, semiférica, hay voces ultra izquierdistas también en sus respuestas que se deben al acicate irónico de Escobar y Carvallo.

"Es más feo aún --dice el anarquista--, guardar silencio ante las traiciones y las cobardías de ciertos falsos luchadores.

"Luchar contra el enemigo oculto en nuestras filas que

mañana nos hará traición atacándonos por la espalda, es necesario, aunque doloroso.

"¿Es usted socialista? —le pregunta a Recabarren—, ¿es usted anarquista? o, ¿es usted democrata?"

"Me lo figuro las tres cosas a la vez. Por sus escritos, por su labor, por sus promesas, usted es triple. ¿Qué propaganda es la que usted quiere hacer? Tal vez, usted mismo no lo sabe. Eso es lo malo, usted debe estudiar a fondo la cuestión social".

Esta crítica era certera, pues por muy paciente y laboriosa que hubiera sido la autoeducación de Recabarren, nunca había sido tan completa como para dominar los temas sociales sólidamente.

Le objeta, en seguida, su negativa al proyecto de los obreros de hacer un atentado terrorista para libertarlo, lo acusa de miedoso, de cándido, por creer en los tribunales.

"Puede que las prisiones arbitrarias que lleva sufridas lo hagan más revolucionario y decidido".

Recabarren le responde en estilo vibrante; es su línea la de un poeta de la revolución; como reacción al anarquismo, más sale a luz su clima cristiano:

"La maldad es necesario combatirla. Discrepamos en los medios. Cuando veo un hermano que cae al abismo voy a él, le tiendo la mano. Ustedes tratan de aplastarlo, de hundirlo.

"¿Dónde está el ideal, el poema que se propaga?"

"La creación Mancomunal, es hoy la sociedad más poderosa de Chile y ha caído como pan fresco entre los pobres".

Hace una defensa bíblica de un luchador que ataca Escobar.

"Cornejo era estibador; cuando nació la Mancomunal en Antofagasta, le negaron el trabajo en todas las casas. Hoy es pescador y de ese trabajo vive él y su familia, en la que hay ancianos venerables.

"¿Qué soy yo? Soy socialista revolucionario.

"Entre los medios para hacer la revolución, está el parlamentarismo; por esta razón milito en el Partido Democrata. Soy libre de llevar las armas que a mi me plazcan para hacer la revolución y libre, a la vez, de deshacerme de las que vaya estimando inútiles o gastadas o inofensivas, a mi debido tiempo".

En este párrafo, hablaba con su intuición del marxismo, pues aún lo desconocía.

"Nosotros hacemos algo práctico, mientras que ustedes sólo se ocupan de criticarnos. La propaganda que se hace aquí en el norte, es idéntica a una que usted hiciera si se fuera a la hacienda Panquehue y al lado de la administración reuniera a todos los inquilinos y les hablara, abriéndoles los ojos de explotados".

Con respecto al terrorismo le dice:

"Amo la violencia, soy partidario de la violencia, pero cuando su energía es aprovechada útilmente. Se me figura usted un niño al oírlo hablar así. Supóngase que el pueblo hubiera realizado el castigo de los canallas. El gobierno habría ocupado militar y navalmente este puerto y su venganza habría sido bestial. Los demás pueblos impasibles, habríamos ido a un sacrificio estéril.

"Lo realizado por mí y mis compañeros está muy bien hecho.

"Soy de opinión que donde cae un proletario deben caer dos burgueses. Los anarquistas chilenos obcecados por las ideas de violencia que aconsejan a otros que las ejecuten, se han hecho de un temperamento tan nervioso que los aleja del razonamiento y del cálculo".

Y termina con una frase que tiene mucho de profecía:

"Si los ácratas chilenos no reaccionan en sus métodos, no habrán conseguido sino distanciarse de las masas obreras del país".

El 20 de noviembre se celebra en la Plaza Condell de Tocopilla, el aniversario del P. D. Una gran muchedumbre se apretuja para oír la palabra de los dirigentes del pueblo; cuando ya varios oradores han dicho sus discursos se anuncia a Recabarren. Es su primera aparición en público después de salir en libertad; su primer discurso. Un griterio formidable le saluda; obreros con sus mujeres y sus chiquillos vocean su nombre y viven la Mancomunal; pasarán minutos para que el silencio se restablezca y la palabra entera, serenísimamente clara de Recabarren vaya aleteando como hoja huérfana por esos grandes pechos oscuros que le rodean. Hace una historia del P. D.; se refiere uno por uno a los grandes maes-

tros, a sus fundadores, a sus más auténticos caudillos. Es largo su discurso y al terminar puede decirse que es Tocopilla íntegro quien despierta a la vida luego de permanecer suspendido en el clima de un hombre durante la transición del atardecer. Los pasos, los gritos, las primeras luces se combinan, acercan el cielo y vacían los interiores de las casas en una humanidad de seres y objetos profundamente congestionados por un esfuerzo del alma largo e impresionante.

Recabarren se encuentra con una Mancomunal crecida extraordinariamente.

Dos periódicos se editan: "El Proletario" y "El Trabajo"; con ramificaciones en muchos pueblos y varios millares de asociados. Empieza de inmediato a colaborar en la prensa. Escribe una serie de artículos sobre "Explotadores y explotados", "La Comuna de París", "La tierra y el hombre", "La educación de los niños", "Respeto a la mujer", etc. Publica en folleto, la defensa hecha por Alarcón en el proceso, precedida de un prólogo suyo. Prepara un jira hacia el sur: proyecta la fundación de un diario en Antofagasta. Unifica y organiza a los obreros en la provincia. Empieza a edificar un ambiente, en fin, para las elecciones parlamentarias de 1906.

Su tren de actividad es sorprendente, desconcierta al Gobernador Gutiérrez, que de nuevo ha visto fallados sus intentos de amilanar a su enemigo; ahora, del odio ha pasado, tal vez, al temor; le parece demoníaco ese hombre que usa las palabras y los actos con tal intensidad, que la pampa entera se estremece y se tiñe de sangre al enfrentárseles. A Guadalupe la angustia; la tregua para su esposo, que veía llegar con su libertad, se aleja nuevamente, y tanto que prefiere no pensar en ella, resignarse a saberlo combatiente en cada instante de su vida. Guadalupe sufre en Tocopilla de un modo extraño para ella. Con su carácter y condición burgueses que le permitían desdeñar a los obreros y divertirse armando rencillas caseras ha venido a chocar aquí con una realidad horrosa; Luis Emilio vacilando constantemente junto a la muerte, los pueblos y las masas siguiéndole desde tan cerca que no le permiten retroceder ni hacer alto; aislada de todo medio burgués, conviviendo con familias proletarias, Guadalupe transita un martirio; existe para llegar al momento de volver a Los Andes y saber concluida su pesadilla en esta

tierra árida, odiosa, sin animales, sin pájaros, sin ríos, proletaria y sufriente.

Recabarren extendía su propaganda a las minas cercanas al puerto; se atrevía a realizar aquello que a los anarquistas les pareció utópico cuando se los dijo en su polémica con Escobar. En una calle cualquiera, se daba cita con los demócratas y desde allí, con el estandarte a la cabeza, se encaminaban hasta la mina; muchas veces andaban por espacio de una hora o más, y luego, al ser recibidos por el entusiasmo de los niños y las mujeres, que eran los primeros en acudir, junto al andarivel de "La Colorada", por ejemplo, efectuaban la concentración. Recabarren disertaba sobre temas sociales o políticos, otros le seguían en el uso de la palabra; mientras tanto, se vendían folletos y periódicos abundantemente y en desfile regresaban al atardecer acompañados largas cuadradas por los mineros.

En el mes de Octubre Recabarren debió reconsiderar su jira al sur y apresurarla hasta el extremo de lanzarse el 11 para Antofagasta. Su viaje fué súbito, espectacular. El 7 se había fallado el proceso contra la Mancomunal; a Recabarren y Trincado se les condenaba a 541 días de cárcel por atentar contra la autoridad. Mucho antes de ponerse el cumplimiento a la sentencia, Recabarren cruzaba, bordeando el mar, los últimos kilómetros que separan a Tocopilla de Antofagasta.

No logra el sol aislarse de los pelotones de nubes que tiñen a trachos el cielo de blanco; un aire ancho, purísimo, fresco, lava el cuerpo con alegría y parece ser el aliento del mar que se balancea en multitud de azules planos incrustados de plata. Por la playa va al galope un grupo de jinetes. La espuma que extiende a intervalos el agua como una baraja, se sube por las patas de los caballos y les improvisa unos calcetines de encajes con menudas flores claras entre los pelos negros, brillantes de gotas. Un ruido de arena empapada que se hace trizas, se confunde a la conversación de los viajeros. Se dirigen a la Caleta El Coloso. Una hora y cuarto de camino desde Antofagasta. Es una comitiva de políticos demócratas en jira de propaganda, entre los cuales se cuenta Recabarren. Desde el 11 de Octubre se halla en Antofagasta

desarrollando una enorme agitación política. De un sindicato a otro, de una a otra industria, mina u oficinas salitreras, sus conferencias van estableciendo un tejido de palabras involuables; su nombre ha sido una batalla en este puerto; ninguna, un incidente o un acto que no suceda en torno al caudillo democrata. Si acaba una concentración sigue inmediatamente a otra y en el intervalo, en que se dirige desfilando con los obreros, pronuncia discursos en plena calle, en las plazas, donde la multitud se lo exige. La policía hace todo lo posible por encarcelarlo, le inventa responsabilidades: un domingo, Recabarren va con sus compañeros a una quinta y al salir se encuentra con un guardia montado que lleva a un hombre arrastrando. Recabarren interviene para convencerlo de lo absurdo de su crueldad; mientras discute con el guardia, una poblada le rodea y de pronto, una mano desconocida corta la tilindraya que sujeta al preso y éste, al verse libre, huye y se pierde veozmente entre la muchedumbre. Llega un oficial y, por supuesto, arresta a Recabarren acusándolo de haber sido el destructor de la tilindraya. A pesar de los deseos de sus enemigos de retenerlo, Recabarren sale bajo fianza a las pocas horas de permanecer en la Policía. Las tentativas de prisiones semejantes son numerosas; no hay día casi en que no suceda una. Pero Recabarren, como protegido por una capacidad de resbalar entre las garras adversarias, se libra y sigue incansable su obra de organización.

Ahora, mientras se acerca a El Coloso, siente una radiante agilidad en sí mismo; los ataques de que es víctima le rozan apenas, no le desmoralizan en ningún sentido; por el contrario, le sirven de acicate para sacudir toda posibilidad de agotamiento. A las dos y media, divisan la población, que es un caserío de escasas dimensiones; un grupo considerable de trabajadores les aguarda y les vitorea al descender de los caballos. Saludan a Recabarren y le ofrecen cerveza brindando por el triunfo de los Mancomunales. En plena pampa, bajo un sol que hierve en la piel y calienta la tierra hasta cambiarla de color y estremecerla, junto a un estanque, se ha establecido una gran carpa donde se verificará la conferencia. Muchos obreros ocupan hace ya tiempo las bancas con sus familias aguardando pacientemente la llegada de Recabarren. La mayoría no le conoce. Cuando Recabarren entra en medio de sus acompañantes, le observan con curiosidad,

miran su traje sencillo, su paletó de hombros estrechos y sus pantalones ceñidos a sus piernas, su rostro sereno y de sonriente gesto, su pelo corto que lanza un dócil mechón a balancearse por la frente amplia. No se entusiasman, les parece un hombre como cualquier otro, un trabajador tal como ellos mismos. Puede que hasta se decepcionen, pues en el fondo les gusta aún lo espectacular de los patrones, sus trajes de la ciudad, sus cadenas de oro alrededor del vientre como un cordón policial que impide la avalancha de grasa, sus monedas que no dejan un instante de ser sonoras y de ofrecerse para quien las desee; su oratoria que no entienden y que les impresiona como, alguna vez, les impresionó a los indios ver, por primera vez, caballos. En cambio, este hombre de regular porte, de brazos más bien cortos, con un pelo de niño bromista y unos ojos encapotados bajo los grandes párpados diciendo chistes y exponiéndose luego a su silencio sin que un latido de su corazón se asome desacompañado por la estabilidad de sus labios, les desconcierta, no lo creen capaz de soportar aplausos. Pero su impresión se va desmoronando poco a poco, sin violencia se va muriendo para nacer en otra impresión tan distinta, tan nueva, tan emocionante que sus gargantas se estrangulan y los ojos les bailan de amargura por no haberlo reconocido desde el primer momento. Es él, Recabarren es él. No podrían decir qué cosa, qué destino, qué nacimiento. Es él. Hab'a con las voces, con las ideas, las esperanzas que nunca habían tenido y que, sin embargo, las sienten innatas a ellos. Hab'a, como en las noches habla la pampa: atornillando el corazón entre espinas y retorciendo la soledad como un cielo inmenso sin color o un mar inmenso sin agua, por la sangre. Les habla con el espanto de un brazo cercenado por la máquina, de un bote hundido por la tempestad, con la desolación de un niño ensuciando su cuerpo esquelético en la negrura de la tierra salpicada de piedras. Les habla como los amaneceres de naranjas, de azahares, de botellas alzadas por el agua recién nacida. Con felicidad y sufrimiento, con cielo y mundo trenzados en un mismo cordón de familia. No lo negarán jamás; su imagen se enraíza a los ranchos de El Coloso y morirán las murallas, las puertas, los cuadros, y siempre su pelo de chiquillo y su palabra tremenda estarán fijos donde no hay sino vacío esperando nuevas murallas, puertas y cuadros con qué vestirse. Cuán difícil

será que en adelante vuelvan a aplaudir un tongo o que se admiren de una panza dominadora!

A las nueve de la noche. Recabarren inició el regreso. Por la playa suavizada de líquido en sueños, pálidamente negra junto a los tambores de las olas rompiéndose en manadas de jardines sonoros; oyendo el galope de los caballos contra alfombras que parecen profundos pantanos de harina. En la bahía de Antofagasta unas lucecitas de barcos brincan por escalas invisibles, son como arañas descolgadas de otras mayores que asoman confusamente en el cielo detrás de ciertas nubes. Junto a ellos, avanza un galope de carros negros y gruesos como toros; desde su cima parten hacia el occidente las pampas con una ausencia de humanidad y un desvarío de naturaleza emocionantes. En la noche, Recabarren tiene el espíritu empapado de la más brillante alegría. Ha quedado en silencio después de soltar íntegro su palomar de palabras, y sólo por la actividad de sus ojos, sus compañeros podrían notar que su interior ahora es un teatro experimental de los más soberbios proyectos.

A las once, cuando llegan a Antofagasta y se encaminan a sus casas, Recabarren se despide y, en seguida, abraza a Guadalupe como si les agradeciera particularmente a todos ellos el hecho de haber vivido.

Antes de continuar su jira hacia el sur, Recabarren funda un nuevo periódico en Antofagasta llamado "La Vanguardia", reuniendo en acciones mil quinientos pesos para la adquisición de una imprenta en Valparaíso; encargo semejante recibió después en Taltal, donde hizo escala en su jira, además de en Chañaral y Coquimbo. En todas partes, realizó concentraciones públicas con enorme asistencia de obreros que ya empezaban a aclamarlo candidato a diputado para las elecciones de 1906. El catorce llegó Recabarren a Valparaíso y se impuso de que Antofagasta, Taltal y Tocopilla le habían proclamado ya como candidato oficial del P. D. Volvió a Tocopilla rápidamente y luego regresó a Antofagasta, donde hizo entrega de la imprenta de "La Vanguardia", cuya dirección se le encomendó desde entonces. Organiza su campaña, y cuando la ve en marcha, va a Taltal a rendir cuenta de sus comisiones. A su regreso a Antofagasta se

lleva a cabo su proclamación en el teatro Nacional, en una asamblea de varios miles de trabajadores. Recabarren expuso el programa del P. D. y las medidas que él de inmediato pondría en la Cámara para mejorar la condición de existencia en la pampa y en el puerto. El éxito de su discurso y el público tan numeroso que le escuchó, llevaron al convencimiento a sus adversarios que nadie podría arrebatárle la diputación.

Se acercaba el día de las elecciones, cuando un conflicto planteado entre los cargadores de la playa, los operarios de la maestranza del ferrocarril y sus respectivas empresas, hizo crisis en una formal declaratoria de huelga. Se impuso aceleradamente del hecho a Recabarren. Los obreros pedían un aumento del tiempo destinado al almuerzo y un veinte por ciento más en sus jornales. Recabarren, conversando con los dirigentes, opinó que era imprescindible afianzar la huelga con un paro general de la pampa, pues un sector de trabajadores no podría luchar solo contra el capital sin ir derecho al más terrible fracaso. Tenía conciencia exacta de que los movimientos obreros triunfan por su organización y su peso de masas sobre el frente reducido de la burguesía. Una huelga general en la industria más valiosa de Chile es un alto en la vida de todo el país, un segundo en que todas las respiraciones se suspenden faltas de seguridad en que se está viviendo. Delegados hacia todas las zonas de la pampa transmitieron la orden de huelga para el seis de Febrero. Era la conminatoria que se lanzaba a las Mancomunales a mostrarse como un gigantesco martillo inteligente.

Ante el peligro de una rebelión proletaria, los aristócratas de Antofagasta y la burguesía comerciante organizaron una Guardia de Orden con la consigna implacable de sofocarla a sangre y fuego.

El seis de Febrero toda la pampa amaneció desmayada. La inmovilidad de la tierra árida y muda parecía haber invadido, por fin, los escasos reductos que la civilización le había usurpado. Una muerte de arena entre las tuercas y las poleas y las palancas, una muerte de animal tísico en los músculos, ofrecía a la pampa en aspecto de bandera sin viento. Los hombres, lejos de los puertos, tendidos frente a sus ranchos se asoleaban, fumando amarillos cigarros y comentando las noticias de Antofagasta. Los chiquillos se mantenían a

su lado, pues creían que la huelga también afectaba a sus juegos: con el cuerpo teñido de tierra y los ojos sorprendidos miraban a sus padres descansando, a sus madres cocinando como todos los días, y pensaban que la huelga es buena si hace de toda la semana un domingo hermosamente interminable.

En los puertos, en Antofagasta, sobre todo, se aprestaba para asistir a los comicios. Las lanchas estaban balanceándose sin trabajo en la bahía, como bandada de pájaros borrachos. Un silencio raro recorría el cielo, iba de pueblo en pueblo, de obrero en obrero, de patrón a patrón, llevando la noticia de última hora:

—La Mancomunal ha respondido.

En la Plaza Colón se reunieron más de tres mil obreros para oír la palabra de sus dirigentes: se oyó apenas el discurso de Recabarren cuando la Guardia de Orden, los soldados y la marinería del "Blanco Encalada" iniciaron su provocación despejando a los obreros. Los ánimos de los huelguistas estaban exaltados al rojo; se opusieron firmes a sus provocadores y en pocos minutos se prendió la batalla campal. El pueblo sin armas, a puño limpio, intentó, con un heroísmo conmovedor, derrotar a un enemigo cargado de fusiles, puñales y ametralladoras. Sus energías se prodigaron en vano, pues a cada descarga de los soldados y la Guardia de Orden, quedaban decenas de cadáveres por el suelo. Ante una masacre tan horrorosa, el grueso de los obreros empezó el desbande y a los pocos momentos el combate acabó totalmente. Los disparos desaparecieron y todos los cañones parecieron abrirse más de puro espanto por lo que habían hecho. "Un centenar de cadáveres", para la historia oficial —cuantos centenares— amontonaban por toda la extensión de la Plaza.

Los obreros votaron en la pampa apretando la venganza en el papelito arrugado entre sus dedos.

Recabarren obtiene 2,625 votos contra 2,447 del radical Espejo y 3,454 de Líbano. En consecuencia, él y Líbano resultaban elegidos diputados por Antofagasta y Tocopilla.

En toda la pampa se hacen colectas en favor de Recabarren y se le envía a Santiago con dinero para sus gastos personales y para adquirir una imprenta que le permitiera con-

tinuar el combate iniciado en su primera campaña desde 1904.

Recabarren, al partir, se pregunta si la entrega de su conciencia, de su corazón, de sus manos a la pampa tendrá cuerpo. Cuerpo que los ojos saluden. Y por si acaso no lo tuviera, regala su primera imprenta, aquella de "La Democracia", a la Mancomunal de Tocopilla. Piensa que, cuando se da algo al pueblo, debe darse objetos que sean gotas de sangre en uno, zonas auténticas de nuestra vida.

No sólo Guadalupe pensó que llegaba para Recabarren una época de tranquilidad con su ingreso al Parlamento; todos sus amigos, tal vez los trabajadores mismos, pensaban que esta diputación se le confería como una recompensa cuyo valor más grande consiste en la seguridad y reposo de que se acompaña. Pero esta idea, que completaba la felicidad del retorno en Guadalupe, no alcanzaba a su marido. Recabarren sabía que esto no era ni una pequeña tregua, pues sus enemigos no se resignarían con su triunfo y buscarían afanosamente el medio de arrebatárselo. Para defenderse de los futuros ataques, apresuró la fundación de un gran periódico en Santiago, valiéndose del dinero recibido en el norte y que le permitió adquirir una nueva imprenta. Periódico que apareció por primera vez el 21 de Junio de 1906, bajo el nombre de: "La Reforma". Además, Recabarren se planteaba, desde luego, su primer golpe a la reacción: el Juramento en la Cámara. Sabía que él y su camarada Veas, iban a ser obligados a prestar el Juramento de tradición, en que se pone a Dios por testigo, y se disponía a resistirse. Sus ideas religiosas habían dejado en absoluto atrás las dudas de la adolescencia y se afirmaban en un decidido ateísmo. Ya el cristianismo en cuanto a concepción de lo sobrenatural estaba lejos de su pensamiento y sólo se mantenía en lo más hondo de su voluntad como doctrina moral o, mejor, como actitud para ennoblecer su persona. Pero en la Cámara no se tratan sutilezas del espíritu; se establece, sencillamente, la separación de dos bandos: unos que se esfuerzan por legalizar sus acciones con una religión y una Iglesia a su servicio, y otros —los recién llegados— que repudian tal procedimiento por considerarlo una burla al pueblo, que es el determinante de sus investidas. Recabarren no imaginaba las consecuencias

que le acarrearía su insubordinación, pero en todo caso, las desdeñaba y no dudaba un instante que su negativa a jurar se llevaría a cabo por mucho que les doliese, por ejemplo, a sus mismos correligionarios timoratos y respetuosos con la aristocracia parlamentaria. Y, por tanto, estaba seguro de que el Parlamento iba a ser para él, punto inicial de una nueva clase de combates en los que hasta ahora no había participado.

En la sesión del 2 de Junio, Recabarren anunció a la Cámara que su Juramento se acompañaría de ciertas observaciones. La Mesa le negó el permiso para hacerlas. En la tercera hora, la Mesa llamó a jurar a Recabarren y Veas, pero ahora es Malaquíás Concha quién se opone a que presten el Juramento, entredándose en una serie de inconexas argumentaciones hostiles a Recabarren. Como éste y otros diputados se las contestaran, don Malaquíás se pone porfiado y enciende la impaciencia de todos sus colegas, armándose un alboroto que provoca el término de la sesión. El 5 de Junio se hacen dos nuevas tentativas para que juren Recabarren y Veas, pero, de nuevo es, don Malaquíás el que lo impide. Al fin, logran jurar los diputados obreros y declaran inmediatamente que juran por obligación, pero que no creen ni en Dios ni en los evangelios. Sus palabras producen un escándalo y es un conservador, Barros Errázuriz, el más empeñoso en exigir que se anule el Juramento. Veas, al contestarle, dice:

—Mediante nuestros propios esfuerzos tenemos algunos conocimientos, y si no hemos adquirido más ilustración y mas cultura, ha sido por la culpa de los hombres que han gobernado este país.

A estas palabras conciliatorias, bondadosas de Veas, responde un señor Francisco Izquierdo con un insulto:

—La primera de las culturas es creer en Dios. De esa no carecen ni los salvajes.

Recabarren entonces toma la palabra y logra producir, con su serenidad, un respetuoso silencio en la Sala:

—Declaro —dice—, que en mi conciencia no existe Dios ni existen los evangelios. He prestado el Juramento impuesto por el reglamento de la Cámara; pero si no creo en Dios ni en los evangelios, ¿cómo voy a decir, sin protestar: juro por Dios y los evangelios? Respecto al secreto que de-

bemos guardar de lo que se trate en sesiones secretas, basta con nuestra promesa de mantener ese secreto!

Su breve discurso pesa favorablemente. Es la suya una voz limpia, de hombre puro, sincero, que no provoca luchas, pero que tampoco claudica de sus doctrinas. Jura para no entorpecer el trabajo de un Parlamento que debe entregarse a tareas provechosas para el país, pero, al mismo tiempo, se cree en el deber de explicar su Juramento en respeto al pueblo que lo ha elegido su representante. Son varios los diputados que le defienden. Uno, Muñoz, presenta una indicación para que se pase a la orden del día, dando por terminado el incidente; se vota, aprobándose la por cuarenta y cuatro votos contra veintidós. Naturalmente, Malaquíás Concha, está por la negativa. No olvida que Recabarren es un enviado de los trabajadores.

Sin embargo, el segundo ataque contra Recabarren sucede poco tiempo más tarde; se le acusa de haber cometido fraudes en la elección de Antofagasta y se le culpa por la expulsión que los apoderados de don Daniel Espejo sufrieron en varias mesas. Ahora, Recabarren no pudo defenderse. Gravemente enfermo en su casa de la Avenida Latorre, no tuvo fuerzas para dejar el lecho y acudir al Parlamento a demostrar su inocencia; un tal Rocuant propone que se aprueben los poderes de Espejo y Líbano, eliminando tácitamente a Recabarren de la Cámara y su indicación fué aprobada. A Bonifacio Veas, que se alzó para protestar de la infamia que se cometía con Recabarren, le insultaron, obligándole a retirarse, pero antes se cuidó muy bien de gritar alto:

—Me retiro de la Sala para no ser testigo de este crimen cometido por los canallas y sinvergüenzas que me insultan...

A la protesta de Veas, se une la de todos los sectores políticos populares, de su prensa, de sus dirigentes y, además, la protesta de algunos personajes, como el novelista Baldomero Lillo, que, visitando en su propio lecho a Recabarren, le testimoniaron la adhesión de lo más excelente de la cultura chilena.

Pero la reacción no quiso aparecer tan siniestra y nombrando en calidad de presuntivo a Espejo, acordó, posteriormente repetir la elección en Antofagasta, el 26 de agosto de 1906. A principios de este mes, Recabarren se lanza en una

jira por la pampa, que es una verdadera apoteosis. Se encuentra en Chañaral, seguro de vencer en la nueva jornada, tal vez más aplastantemente que en Marzo, cuando sucede la terrible catástrofe de 1906, aquel terremoto que recorrió Chile desarmándolo y matando a las poblaciones con ligereza de corriente eléctrica. El asunto político se postergó en la atención del público y sólo se trató en los periódicos de los perjuicios sufridos con el terremoto y de las familias desarticuladas que trataban de reintegrarse.

El 26 de Agosto llegó, como una novedad a Santiago, la noticia de la repetición del acto electoral en Antofagasta, señalando ya los resultados. Recabarren había obtenido 766 votos contra 324 de Daniel Espejo.

Con mayor confianza y casi seguro de haber aplastado para mucho tiempo a sus enemigos, Recabarren llega el 4 de Septiembre a Valparaíso y se va a descansar a Los Andes, donde lo aguardaba su esposa. Pero un aviso de sus camaradas que le anuncia los preparativos de un nuevo golpe contra él, lo obliga a venirse a Santiago a reasumir la dirección de "La Reforma" finalizando Septiembre.

Espejo presentó a la Cámara un memorial donde acusaba a Recabarren de haber pagado a varias personas por suplantar electores. Seguramente, sus colegas de bando le indujeron a ello, decididos ya a retenerlo en la Cámara por encima de todo escrúpulo y de toda decencia.

Recabarren acudió a la sesión del 19 de Octubre, no sólo a defenderse sino a condenar a Espejo, de una vez por todas. Con implacable lógica destrozó, uno por uno, los puntos del memorial de Espejo y le respondió a sus intervenciones con una entonación de fuego, dejándole totalmente fuera de combate. Recabarren rechaza el cargo de haber empleado personas para suplantar electores, y Espejo le dice:

—Sin embargo, acaban de salir cuatro en libertad...

Ingenuidad a que responde sobre la marcha Recabarren:

—Esa misma declaración del señor Espejo está probando que el delito no se había cometido.

Espejo cita al doctor Vergara Flores, que traicionó a Recabarren, y éste le interrumpe:

—Es una ofensa a la Cámara traer siquiera el nombre de un individuo que ha perdido su decoro y ha sido arrojado de la sociedad...

Lo que motiva el siguiente diálogo:

ESPEJO: Y habla de decoro el que ha salido de la cárcel para venirse a sentar en estos bancos!

RECARBAREN: Esa prisión que yo sufrí en Tocopilla es la más hermosa aureola que corona mi frente...

Ruidosos aplausos de la galería lo detienen.

—Yo no he llegado a la cárcel como reo de un delito común o de una falta política, sino por defender los avanzados ideales de la justicia social. No es una afrenta para nadie levantar públicamente la bandera de la moral y defender los derechos de los hermanos del trabajo....!

Un ensordecedor griterío del público apaga sus últimas palabras; se ha suspendido la sesión y se le concede la prioridad en la próxima para acabar su defensa. Al retirarse aquella tarde, Recabarren está convencido de que no prosperará su defensa; poco les importa a sus adversarios que sus discursos sean lógicos y alcancen éxito entre la masa, poco les importa lo poderoso de su ambiente político en la pampa; es un hombre que se ha atrevido a enfrentarseles y debe obtener su merecido. No pasará otra sesión en que no se acuerden los poderes de Daniel Espejo. Están viviendo en sus ojos las imágenes rencorosas y falsas de los derechistas, el desprecio con que escuchaban sus palabras y la ironía con que le condenaban antes de toda tentativa a defenderse. A pesar de todo, quebrará sus postreras armas el 26 de Octubre, y si se le obliga a retirarse lo hará vaciando la verdad íntegramente, con tanta potencia, que su voz repercuta hasta el último rancho proletario de Chile.

El 23 de Octubre recibió un telegrama en que se le anuncia la ratificación del fallo en el proceso de la Mancomunal por la Corte de Tacna, es decir, resulta inevitable su encarcelamiento de 541 días. En su periódico, Recabarren escribe a propósito:

"Se me condena a 541 días. Estuve en Tocopilla 233. me faltan, entonces, 308. Cuando el juez de Tocopilla ponga el cúmplase a la sentencia iré a cumplir esa condena satisfecho y alegre sin guardar rencor ni odio contra mis tiranos".

Uno de sus tiranos, a quienes perdonaba tan generosamente, uno, tal vez de los más enconados, el juez de Tocopilla, Emilio Salas, ese mismo 23 de Octubre, mientras pasea-

ba a la una de la tarde por la calle Prat, es acribillado a balazos por un enemigo suyo, un tal Montano Venegas que tenía sus facultades mentales perturbadas. Por supuesto, Recabarren no creyó que se trataba de una justicia divina, pero sí se sorprendió hondamente del suceso.

Recabarren ha terminado su defensa. Al final de la sesión, después de escuchar también a Rocuant, que defiende a Espejo, se le concede una media hora última por si ha dejado algo sin decir o mejor dicho para que haga su despedida, pues el ánimo de la reacción está decidido a expulsarlo.

Un gran público llena totalmente las tribunas y galerías de la Cámara; en semicírculo se ve surgir desde varios planos superpuestos una multitud de pequeñas cabezas que reciben por la luz una apariencia de muñecos o de prendedores. Son fugaces cabezas de degollados que se desplazan sin busto por la baranda donde reposan. La casi totalidad de diputados ha venido a presenciar el espectáculo y también a tomar cierta participación: cuando el jefe de sus partidos alza la mano e indicándoles por qué o por quién debe adjudicarse el voto, la alcen, a su vez, con un desgano dominical.

Recabarren empieza a hablar en esa actitud que ya se ha hecho costumbre en él: serena y reposadamente, alzando a intermitencias una de sus manos para hacer un gesto de convencimiento o de ataque más enérgico; con su voz tibia y ancha acariciando todos los lugares del recinto.

...doloroso es decirlo. Me voy de aquí convencido de que no se hará obra de justicia. La voluntad popular no será respetada. Yo pido solamente que quede constancia de este hecho para que él sea más tarde juzgado por la historia, que es más grande que nosotros. Me retiro. Yo llegué aquí demasiado pequeño e insignificante y me retiro grande porque tengo la convicción de que la opinión unánime del país no acepta los procedimientos de esta corporación. A mí no me duele retirarme de esta Cámara. Es el pueblo el que se vencerá de que aquí no se admite a sus representantes..."

Un silencio a la expectativa está prendido de la alta lámpara y sostiene a todos los auditores; los ojos y los oídos están de par en par abiertos, pues hay una especie de aviso invisible de que un hombre está ostentando su alma, los meno-

res mecanismos de su sangre en esta Sala, donde es norma hablar con careta y con una lengua de billete. Prosigue Recabarren refiriéndose al juez de Tocopilla asesinado:

—No ha sido víctima de un loco, ha sido víctima de la indignación que producían sus injusticias...

Interviene el señor Alessandri:

—El señor Recabarren justifica al asesino, aun más, dice que es su amigo...

Y Recabarren le responde:

—¿Y qué tiene eso de particular? Acaso no hay varios asesinos que son amigos de los diputados?

En aquella frase Recabarren ha nombrado sin palabras a toda la recua de masacradores que desde el gobierno y las autoridades provinciales se ha descargado sobre los proletarios. El señor Alessandri se trenza en una disputa a grandes voces con Recabarren, pero no se entienden sus frases por el tumulto que se ha producido. Al fin, Recabarren se halla de pie con su frente brillante por leve sudor, el gesto decaído de impotencia, los ojos sufrientes bajo la luz engeuedora:

—No quiero continuar este debate —afirma— porque no se me permite mantenerlo con la calma debida...

Se votará después y muchos diputados abandonarán la Sala ante la expectación del enorme público; se anunciará el resultado: por Espejo, treinta y cuatro votos; por Recabarren, dos votos.

Y viendo salir al diputado que el pueblo, el más auténtico pueblo de las pampas salitreras enviaba al Parlamento una, dos veces y todas las que fueran precisas para que lo defendiese, esa muchedumbre de cabezas incrustadas sobre todos los lugares de la Cámara guardó el más absoluto silencio en una mezcla de consternación y de remordimiento.

Está atardeciendo. Vertiginosamente se escapa el sol detrás de las montañas enormes, y un vago azulear empieza a recorrer una y otra vez el cielo. Se adivinan las voces del río que desprendiéndose ascienden la cordillera en patrullas de mármol. El tren se abre paso sobre un terraplén que acaba justamente donde empieza el alboroto de las aguas; han quedado atrás los paisajes de la llanura, frondosos y frutales, y es ahora la desnudez progresiva de los cerros la que impresionan a Recabarren. Parece que ellos han ido botando su tra-

je verde para mostrar el rostro primero, los senos y el vientre luego y acabar en una entrega de muslos en la roca pura. Más allá de Río Blanco es la cordillera con sus protuberancias de piedra que apuñalean el cielo y lo disminuyen, el paisaje por donde avanza el transandino. Viajará acercándose la noche y Juncal y Caracoles y sus visiones altas con el aire de sus zonas heladas, de sus lentas ascensiones y sus túneles y, de súbito, su laguna como un solo ojo negro averiguando toda la astronomía, darán nostalgia a su pensamiento. Está al borde de pasar al extranjero, de abandonar a Chile quizá por cuanto tiempo y con qué suerte, está a punto de clausurar un ciclo de su vida en que, despojándose de un ropaje social que no le pertenecía, se ha vestido otro hasta confundirlo con la propia carne; un ciclo sin un segundo privado de lucha y de la realidad del sacrificio. ¿Hay una razón que justifique su cambio de frente y el tren endemoniado de actividad que ha seguido? ¿Valen la pena sus noches y sus prisiones, sus caminatas, sus palabras, sus amarguras en la nueva causa? Ya no hay tiempo para responder a tales preguntas. Está patente en el oído como un bocinazo su nombre medio a medio parado en la pampa con un destino de bandera y de esperanza. Está sobre su espalda el escalofrío de la muchedumbre que lo impulsa con sus ojos bajos y sus brazos caídos por la violencia del hambre, de la huelga, de la masacre, hacia la liberación. Están en su vista las manchas de sangre de Antofagasta, de Valparaíso, de Taltal, de Tocopilla como dedos de acero que le señalan el camino. Está toda su tierra chilena explotada entregando su riqueza a los extranjeros, padeciendo bajo tiranos criollos que hacen de las ciudades fundos y de los fundos feudos; de las minas, de las salitreras, departamentos de un civilizado infierno. Están las masas analfabetas, los niños abandonados, las mujeres postergadas a la esclavitud de los prejuicios y de las supersticiones. Están el campo, y el puerto, las selvas, las montañas, los mares esperando la orden de recién nacer.

Piensa que vivir en tal realidad y no entregarse a modificarla, es un crimen; que ser tranquilo y ordenado en medio de tanta ruina es ser la propia causa de esta ruina. Tampoco se arrepiente de evadirse del modo que lo hace, pues no es a la lucha a la que se escabulle sino al sometimiento en la peor de las humillaciones: se escapa de Chile, porque soportar

una prisión puede ser aceptable, y dos y aun tres, si en ello está el bien de la causa y la seguridad para sus camaradas, pero dejarse transformar en siervo, en animal de paliza, es sencillamente vergonzoso. Días antes de embarcarse para Los Andes y desde aquí para la Argentina, se le impuso de un nuevo proceso, esta vez por la huelga de Febrero, que el juez de Antofagasta le iniciaba obedeciendo órdenes de la Corte de Tacna. Le acusaban nada menos que de ser responsable de un incendio y un linchamiento y había la certeza de que su condena de 541 días sería aumentada con el nuevo fallo. Un agente lo seguía en Santiago a todas partes y esperaba el mandato de sus jefes para apresarlo y entregarle a la cárcel, al destierro o, tal vez, a algo más definitivo. Habría sido candoroso prestarse para la consumación de semejante crimen. En breve tiempo, arregló todos sus asuntos, hizo entrega de "La Reforma", acordó con Guadalupe reunirse en Buenos Aires y burlando la vigilancia policial partió en el transandino.

Al principio, una andanada de preocupaciones le asaltó por la actitud que había asumido; pensó que el pueblo al retornar le repudiaría, que su prestigio estaba muerto; se agregaron las dudas por la agitación pasada que implica inevitablemente el descanso. Buscarle una verdad a su adhesión revolucionaria; hallarle la misma de su adolescencia pero a través de una mirada nueva, de una sensibilidad de treinta años combatida contra todos los obstáculos. Pero poco a poco se hizo en su espíritu la serenidad que no abandona, aquel ritmo que se prende en nuestros actos, sobre cada sentimiento, en el corazón mismo del cerebro y que es la flecha última que nos orienta, el postrer gallo parándose sobre la palma de nuestra mano y advirtiéndonos el amanecer definitivo. Se ha nacido en una época de desenlace: cuando la tierra se reparte en dos puñales que se apuntan fieramente. En cada mango hay espacio para toda mano humana que desee ser tal y no mero hueso muerto. Participar de uno, que es el del pueblo batiéndose por el porvenir, por la vida, confiere al espíritu una extraña sensación fresca, tal como el aire musical donde cantó por primera vez el pájaro de las cosas ciertas. Y el que ha inaugurado tal sensación en sí mismo, como Recabarren, por ejemplo, no puede evitar sonreír cuando el tren con una bulla de avalancha penetra el Túnel Internacional y sale para Las Cuevas entre paisajes de campanillas.

II

Recabarren llegó a Buenos Aires y de una pensión mí-núscula en que se alojara en un principio, pasó a un de-partamento en la calle Buen Orden, cuando Guadalupe y su hijo llegaron poco tiempo más tarde. Encontró ocupa-ción de inmediato en una imprenta de obra, propiedad de un ex anarquista, ganando seis nacionales a la semana. Con las direcciones que llevaba y sus averiguaciones en el mismo Buenos Aires, logró ubicar los elementos del socialismo ar-gentino que le servirían en su labor de propaganda, pues no deseaba perder ni un instante, como lo prueba su pri-mera crónica dirigida a "La Reforma" de Santiago, donde afirma:

"Me he venido por no servir de pasto a los chacales burgueses. Pero aquí no estaré ocioso, conspiraré como an-tes contra la burguesía de todo el mundo y especialmente contra la de Chile, que me ha obligado a la proscripción".

A los pocos meses de su llegada asistió como delegado a un Congreso Obrero de Fusión, tendiente, en lo princi-pal, a conseguir el acercamiento anarquista-socialista dentro de los organismos proletarios. La presencia de Recabarren causó un efecto extraordinario en el pueblo argentino. Veían en él a un obrero auténtico, hombre forjado en la imprenta bajo el mismo delirio de explotación y de miseria que ellos; apreciaban el contraste de su mentalidad y de su existencia de obrero con la mentalidad y la existencia de los dirigen-tes argentinos, en su gran mayoría burgueses. Y más que

nada su firmeza ideológica, su posición valiente de crítica al anarquismo y su ingreso a la revolución marxista que verificaba con emocionante entusiasmo.

Zacanini ha dejado un recuerdo de aquel Congreso en un folleto que llamó "Desde la barra del Congreso de Fusión".

Los anarquistas estuvieron intransigentes y rechazaron toda tentativa de unidad hasta el extremo de negarle el derecho de la palabra a Recabarren cuando le vieron un adversario terrible que paulatinamente les iba barriendo sus objeciones y mostrándoles toda la vaciedad de su sectarismo contrarrevolucionario. Cuando la Mesa se negó a escuchar a Recabarren, se produjo un formidable escándalo en la asamblea: una batalla campal se inició a silletazos y bofetadas entre ambos bandos mayoritarios, mientras Recabarren mantenía una serenidad tan imponente ante los ataques, que Zacanini no pudo atribuirle sino a su miopía que le evitaba ver las sillas y otros objetos con que se le apuntaba.

Después del Congreso, Recabarren se acercó más aún al Partido Socialista y en Enero de 1907 fué aceptado en calidad de militante; por esa época también la Sección San Isidro de la Unión General de Trabajadores le nombró su delegado a la Junta Nacional.

Era ya un dirigente en Buenos Aires cuando un día de Abril de 1907 llegó hasta su departamento un obrero chileno llamado Julio César Muñoz, con una carta de presentación. Muñoz salía de Chile para "rodar tierras"; venía con esa tranquilidad impasible del aventurero de corazón que sale a recorrer el mundo como si fuera a conocer la pieza de su vecino. De gesto indefinible, moreno y silencioso, con una mirada muy triste, poseía la presencia del chileno de pura cepa, resignado hasta soportar toda la amargura del universo, duro y grandioso de alma para no decaer nunca. Perteneciente a esa generación de viajeros que aun no se extingue del todo en Chile, Muñoz se presentaba a Recabarren como el apoyo preciso que necesitaba en el extranjero, el hombre que le impidiera la nostalgia, que le cortara sus últimas amarras con la añoranza del hogar y la familia y le inagurara una pasión por viajar más fuerte que todos los prejuicios. Tan impasible y tan ciudadano del mundo era

Muñoz, entonces, que nadie hubiera podido inquietarse viajando en su compañía; ni mucho menos no sentir deseos de viajar mirándole esos mares brumosos, esas zonas de misterio que le asomaban piadosamente por la mirada. Recabarren anhelaba conocer Europa; España, principalmente, donde Pablo Iglesias y su socialismo de izquierda libraban combates trascendentales; Francia, Suiza, por sus organizaciones obreras y su práctica de cooperativas; hallarse fuera de Chile era hallarse cerca de cualquier parte. El acuerdo de partir a España se generó entre ambos lentamente a través del año 1907 apretado de actuaciones políticas, de acontecimientos familiares que facilitaron enormemente la decisión última de Recabarren.

Relacionado con cierta amplitud a los sectores obreros de Buenos Aires y otras ciudades, Recabarren recibía visitas en su hogar, que eran totalmente antipáticas a doña Guadalupe; ella se aferraba cada vez más a sus ideas religiosas y por lo tanto a sus convicciones reaccionarias para repudiar en absoluto el género de vida de su esposo; ya no era la resignación amarga de la epopeya en Tocopilla; ahora, había la decisión de combatir, de ganar a Luis Emilio para el hogar arrancándole para siempre del tránsito sufriente de la revolución. Había el deseo de una guerra a muerte. Algo superior a la rencilla casera. Una cuestión de porvenir, de vida; Guadalupe era de una clase, de un espíritu y de un medio de los que no estaba dispuesta a renegar, pues constituían para ella ni más menos que su destino. En su mano creía ella ver en esos instantes el medio de salvar para aquel espíritu a Recabarren a punto de evadirse; si su ataque lograba hacerlo sistemático, firme, pleno de resolución, podría retenerlo y vencién-dole su ansia de partir y romper los postreros anillos con su clase, retornarlo a Chile para transcurrir una existencia de hogar, equilibrada y respetable. Pero doña Guadalupe usó para su combate la única táctica que tenía, necesariamente, que conducirla a la derrota. Guadalupe nunca entendió que su vida junto a Recabarren sólo pudo lograrse a costa de su total entrega, de su total identificación con la de él; que mientras ella afirmara un orgullo y una intransigencia y, más que nada, una contradicción

frente a Recabarren, los lazos debían romperse, repudiarse eternamente, como caudales enemigos.

Mucho antes de su partida a España, Recabarren despidió en Buenos Aires a Guadalupe y su hijo que volvían a Chile. Se separaban disgustados, casi con el ánimo cierto de no volver a vivir juntos, de tratarse en adelante en pura calidad de amigos. Guadalupe no pudo ser la fuerza que matara la revolución en Recabarren; producido su fracaso no restaba sino retirarse resignadamente. A pesar de todo mantuvieron correspondencia y Guadalupe hizo promesas de cambiar su carácter, de someterse ampliamente y logró que Recabarren aceptara reunirse a su retorno de Europa. Pero esto, en el futuro, para ambos debía aparecer vago y particularmente fugitivo.

El primero de Mayo, Recabarren tuvo un trabajo político abrumador: fué designado, en compañía de Juan B. Justo y Alfredo Palacios, por el Comité Ejecutivo del Partido Socialista argentino, para hablar en el mitín que se celebraría en homenaje a los trabajadores. También se le designó para hablar el día 28 de Abril en la Estación Tigre. A estas presentaciones se agregaron otras numerosísimas en muchos pueblos argentinos, que solicitaban sus conferencias sobre cooperativas, sobre antimilitarismo, sobre socialismo, sobre la mujer, etc. En Mayo de 1907, el Comité Ejecutivo del P.S. le nombraba primer suplente y en Agosto, producida una vacante, se incorporaba iniciando desde entonces su actividad directora que no abandonó hasta partir con Muñoz a España.

En Marzo de 1908, en un barco holandés, pagando 25 nacionales por un lugar en cubierta junto a otros mil pasajeros, partieron a Europa. No llevaban sino lo indispensable para mantenerse escasos días donde llegaran. Después de 29 días de navegación desembarcaron en Vigo y al día siguiente continuaron viaje a Madrid. En la capital española, Recabarren fué el primero en ocuparse en una imprenta y luego, en excelentes condiciones, Muñoz como zapatero que, en verdad, era un experto en el oficio.

Un día se fueron a la Casa del Pueblo y allí les recibió Largo Caballero, regidor municipal en ese entonces; el mayor anhelo de ellos era el de conocer a Pablo Iglesias y

así se lo hicieron saber a Largo Caballero, quien les proporciónó la dirección del gran jefe socialista. Una tarde le visitan y Recabarren tiene el gozo de saberse conocido por Iglesias, pues la prensa socialista de Chile y Argentina le había llegado con frecuencia. Pablo Iglesias le preguntó sobre el movimiento obrero chileno y le parecieron tan interesantes sus informaciones que le comprometió a dar una conferencia sobre el tema en la Casa del Pueblo.

Esta conferencia se realizó poco antes de viajar Recabarren a París y en el presidium de ella estuvieron Pablo Iglesias, Largo Caballero, Francisco Morales y otros prestigiosos dirigentes del proletariado español. El éxito de Recabarren fué clamoroso, se le ovacionó con enorme cariño y se le incorporó a los grandes revolucionarios que lanzaron su palabra desde la roja tribuna de la Casa del Pueblo.

A fines de Mayo, Recabarren partió a París; apenas pudo financiar su viaje con un préstamo que le hizo Muñoz momentáneamente obligado a domiciliarse. En París, sólo estuvo días y siguió a Bruselas, invitado por la Secretaría de la Internacional. En Bruselas, su existencia fué difícil: tuvo que trabajar y abrumadoramente para mantenerse tres meses aprendiendo con todo cuidado la organización de cooperativas, adquiriendo material impreso y redactando él mismo notas que le servirían para sus luchas en Argentina, donde pensaba radicarse un tiempo antes de volver a Chile.

Cuando regresó a Buenos Aires, Recabarren tuvo por encima de la intensa experiencia de Europa, dos imágenes en lo más delicado de su espíritu: la persona de Pablo Iglesias, su palabra grandiosa, su robusto ánimo, su presencia de leoncillo entre los dos erizamientos albos de su pelo y su barba; y también, pero en una zona más cristalina, Julio César Muñoz: sus ojos como dos cielos infantiles, maderos de tristeza y de una inacabable sed de tragarse mares, su morena timidez hecha de tierra sería y amarga. Julio César Muñoz, el zapatero sin palabras que marcando sus horas con un martillito de plata, se maravilló en Turquía, en Egipto, en Italia, en Francia, en Alemania, en Holanda y en Inglaterra y vino una noche de Año Nuevo desde Londres hasta la Avenida Brasil de Santiago, con una lámpara en cada una de sus palabras que alumbran todavía.

No bien hubo llegado Recabarren a Buenos Aires, recibió una carta urgente de su hermana Mercedes, desde Santiago, en que le avisaba una grave enfermedad de su madre. Sin trepidar un instante, Recabarren regresó a Chile. Sabía que arriesgaba su libertad y que sus enseñanzas de Europa no podría aplicarlas sino mucho tiempo más tarde, sabía que apenas llegase, la furia reaccionaria se le echaría encima con bestial impiedad. Pero doña Juana Rosa moría sola, naufragando en el huérfano sufrimiento de sus cuatro hijas, añorando a los dos hombres del hogar que tan fatalmente se le habían ido. Era imposible abandonarla.

Terminaba 1908 cuando Recabarren llegó a Santiago. Halló a su madre muerta. En 1907 había fallecido también su padre.

Las autoridades movilizaban sus pesquisas para cazar al fugitivo antes de que el pueblo le cobijara.

TERCERA PARTE

DONDE INTERVIENE LA MUERTE

¿Podía el P.D. servir todavía a Recabarren como base para su agitación obrerista? Recabarren volvía de Europa con la presencia imborrable de un proletariado triunfante; un proletariado de sólida orientación marxista, de gran influencia política en Alemania, Francia, Rusia, Suiza, España, etc. Su romanticismo democrático-cristiano había hecho crisis; era inevitable su volcamiento hacia la extrema izquierda. Marx, a quien hasta esa época había ignorado casi completamente, le penetraba ahora su conciencia pequeñoburguesa, incitándole a superarla.

"Chile, como todos los países —escribe Recabarren—, está compuesto de dos clases sociales: la de los explotados y la de los explotadores. No hay más".

¿Cabía esta afirmación en un partido de métodos evolutivos, que no reconoce la lucha de clases y que se une a la reacción en cada acto electoral? Recabarren, recién llegado, un poco extranjero aún, no se hizo la pregunta. Volvió pleno de energías, ansioso de lanzarse a pelear; seguro de atravesar el mejor período de su vida, aquel en que la madurez intelectual libra al individuo de todo peligro de claudicación; volvió dispuesto a transformar al proletariado chileno de la masa amorfa sin interés político ni ambición del poder, que entonces era, en un poderoso ejército organizado, sujeto a la más perfecta disciplina partidaria. Para alcanzarlo su medio era combatir; hacer propaganda, meterse hasta el último extremo del país y esto era posible so-

lamente usando el P.D., que todavía era dueño de varias secciones de más o menos efectiva existencia.

Llega a Santiago en Noviembre de 1908 e inmediatamente asume su puesto de combate. Con tanto ardor y audacia lo hace, que cae prisionero a su primera aparición en público. Recabarren terminaba su conferencia en el Gremio de Tapiceros y, rodeado de sus viejos camaradas demócratas, abandonaba el local, cuando dos agentes le apresaron por la condena aquella de 541 días que él no había cumplido; no se resistió Recabarren y marchó a la cárcel. Estuvo en ella desde Noviembre de 1908 hasta Agosto de 1909 y se entretuvo escribiendo conferencias —que llegaron al número de cuarenta— con las cuales pensaba hacer, una vez en libertad, una jira por las provincias del sur, que no había visitado nunca.

Esta jira por las secciones demócratas del sur es, en cuanto cantidad y a las condiciones en que se verificó, algo verdaderamente fantástico. Recabarren salió de la cárcel. Se reunió a Guadalupe, que le aguardaba ansiosa de reivindicarse y, dejando su hijo en casa de su hermana Mercedes, partió un día hacia el sur visitando Talca, Constitución, San Fernando, Curicó, Molina, Linares, Chillán, Bulnes, Concepción, Temuco, Valdivia, Corral y Osorno. En poco más de 30 días pronuncia 21 conferencias ante un auditorio total de cinco mil personas. Y se vuelve desde Osorno, ocupando 80 días para visitar treinta pueblos en todos los cuales da conferencias que muchas veces deben repetirse dos o tres veces. Sus temas principales eran: "La mejor organización del P.D.", "Lucha de Clases" y "Antialcoholismo". Naturalmente, su actividad trascendió a los límites del simple P.D. y fué una difusión entre pueblos enteros. De este modo, la importancia de su jira está por encima de un partido, está por encima también de una doctrina especial; es un gesto histórico, de esos que se gravan como leyenda en el pueblo, con un significado super local y es además una profunda afirmación personal de Recabarren. Es como si Recabarren hablara y se movilizara para sí mismo, como si incapaz de resistir por más tiempo su energía de conferencias adentro se lanzara a derramarla, a deshacerse de ella que le molestaba como una enfermedad. Hay impulsos en

los hombres que no se logran reprimir, que por el contrario se intensifican y se perfeccionan transformándose en único sentido de una vida; para Recabarren, su impulso jefe era éste de propagar y moverse en una actividad incesante; era su impulso particular que le aisla del carácter nacional nuestro dado a la pasividad y a la indiferencia, a la antipatía del trabajo; y cuando Recabarren recorre el Sur de Chile hablando dos, tres veces en cerca de cuarenta pueblos y organiza y crea sociedades y periódicos, dándose en un mayúsculo esfuerzo que produce consternación, está satisfaciendo su razón de ser, haciéndose feliz con lo único que puede serlo y comprendiendo, por fin, cuáles han de ser los rieles primordiales que en adelante no podrá abandonar.

Aun confía en el P. D. a su regreso y durante un año, hasta Febrero de 1911, trabaja como Secretario de la Segunda Comuna e inunda Santiago con sus conferencias realizadas en toda clase de locales. En este tiempo, la nostalgia del norte le vence: las luchas de muchedumbres, los heroísmos provincianos, huelgas y mítines y reyertas con la policía; la organización de un proletariado combativo que gusta de ella porque para él no es ideal sino un medio como otro de subsistencia; la pampa sangrienta y explotada, intensa de emociones y de sentido trágico de su destino. Decide una jira al norte y se la propone a Guadalupe. Pero Guadalupe ha visto fracasar sus buenas intenciones, ya no le queda el deseo de alcanzar algo que no ha sido hecho para que lo alcance ella; dos jornadas vividas junto a su esposo le han probado que mientras él continúe viviendo de semejante modo, nada tiene que hacer ella a su lado, nada que beneficie a ninguno de los dos. Y declara que no irá al norte; que en adelante no ha de seguir "corriendo aventuras"

Es seguro que este desenlace no alarmó a Recabarren; a través de los años su concepción de la vida fué sufriendo graves variaciones; si Amelia le encauzó por cierto camino a raíz de su muerte, ahora ese camino estaba asegurado por el convencimiento, por la doctrina, por la objetiva fuerza de la razón; si en seguida Recabarren pensó que el sentido

de su existencia estaba en amar tan absoluta y plenamente que nada pudiera desalojar de su destino a una sola mujer. Guadalupe le estaba afirmando su error y enseñándole que por haber nacido amante su desenlace de siempre en amores sería el fracaso, el desengaño. Por lo menos, mientras no hallase el objeto que merece, en verdad, ser amado. Es indudable que Recabarren nació orientado hacia la entrega; en amor, en revolución o en lo que fuera, su persona debía eternamente anhelar el sacrificio, anhelar la comprensión, además, y el requerimiento de su sacrificio. En un comienzo, su afán de entrega se halló ante la muerte de Amelia y ante la torpeza de Guadalupe; y entonces supo al fin que desde la mujer no podía venirle sino la amargura y la desesperación. Es en el instante en que su rumbo cambia radicalmente y su espíritu toma una dirección definitiva, cuando Guadalupe se niega a acompañarlo, y por eso Recabarren no se altera, ningún trastorno le estremece. ¿Cómo no suponerlo así cuando Recabarren, luego de alejarse de Guadalupe y asesinar en su alma el mito que en tantos años le sirvió al sentimentalismo, se entrega a las masas y las dispone en su vida, las ubica en todas partes donde su pensamiento, donde su corazón están peleando, las posee y les engendra la revolución para alcanzar el mundo nuevo, les canta, les ilora, se supera con ellas y poco a poco, a su sombra, se erige en símbolo? ¿Cómo no suponerlo, cuando Recabarren se enamora del pueblo y lo goza y se rodea de él como de un mar apasionado y gigantesco?

A esta humanización de la muchedumbre debe Recabarren el haber sido comprendido por ella; pues la muchedumbre con su portentosa intuición adivinó la pasión que se le rendía y en vez de rechazarla —como tal vez pudo hacerlo una mujer— exigió más de ella, presionó hasta conseguir el sacrificio y, de este modo, además de la suya, obtuvo la felicidad del hombre que, en este sentido, consiste apenas en que se le reciba la vida cuando la está ofreciendo íntegra.

Puede ser Guadalupe un detalle en la gesta de Recabarren, su negativa a partir no más que una frase; pero, detalle y frase, son el índice que muestra al espectador de la historia el punto preciso donde un alma dió vuelta en su

eje y echó a mover los pasos por un horizonte nuevo. En este caso, el de las pampas desoladas.

“Los trabajadores serán libres, pero por su propia obra” con este lema Recabarren funda un periódico, “El Grito Popular”, en Iquique, donde se radicó a instancias de buenos amigos al terminar su jira de propaganda.

Iquique era una ciudad de calles desiguales, de casas mal construídas con materiales usados varias veces; sus vedas eran de tablas en su mayoría desclavadas y podridas, erizadas de puntas para el martirio de los transeúntes. Su alumbrado pobrísimo le daba en las noches un aspecto de abrigo viejo; por todas partes un verdadero arsenal de curiosidades dejaba el viento a su paso: desde el papel amarillo y sucio hasta el pedazo de techo. Por las calles principales se veían pasar repetidamente unas mulas de esquelética contextura, animalitos para un pesebre de navidad en miniatura, arrastrando unos carros llenos de gente con sombreros de paja como sartenes, medio a medio sobre las cabezas. El orgullo de Iquique era su Avenida Cavanca, cerca del mar y adornada con hileras de arbolitos; y su deshonra los conventillos con sus piezas de tablas de cajón o de calaminas viejas, empapeladas con diarios, donde una multitud de arañas tejía fantasías de seda y los bichos menores alojaban en las venas de los habitantes; su patio común, donde todos los vecinos acudían a derramar agua sucia y los chiquillos jugaban en pelotera con perros, gatos y, de vez en cuando, un ratón enflaquecido. Los trabajadores concurrían asiduamente a los protíbulos y cantinas que eran abundantísimos y vivían el día de fiesta borrachos y los días de trabajo reponiéndose de la borrachera.

En este puerto, Recabarren fundó “El Grito Popular” para denunciar a las autoridades y hacerlas comprender la infamia de su indiferencia. Sus primeros ataques en editoriales y artículos fueron dirigidos a la Municipalidad; en el mes de Mayo vino una delegación de diputados demócratas al norte y Recabarren les acompañó en sus conferencias. En Pisagua, Recabarren pronuncia un violento discurso contra la Municipalidad y los parlamentarios derechistas.

—De los noventa y tantos diputados de la Honorable Cámara, los noventa son ladrones.

Se le acusa de desacato a la autoridad y se dicta orden de prisión en su contra. De inmediato la noticia de su nuevo encarcelamiento y del proceso que se le inicia trasciende a Santiago; en la Cámara de Diputados, Lindorfo Alarcón protesta y dice:

—Los municipales usan los dineros públicos como si fueran su herencia. Contra esto protestó Recabarren y fue encarcelado.

En el parte de policía se afirma:

“En calidad de orador venía L. E. Recabarren, conocido comúnmente con el apodo de “El anarquista”, a causa de sus ideas...”

A pesar de lo tenebroso que resulta Recabarren a través de estas palabras, luego de ser trasladado a Tacna se le liberta bajo fianza que es pagada en colecta por los trabajadores. Parece que los móviles de las autoridades para perseguir a Recabarren, eran de aniquilarlo políticamente y restarle toda posibilidad de ser diputado, en el período de 1912 que se acercaba; la persecución debía extenderse además a toda la región, pues el periódico “El Proletario” de Tocopilla fué incendiada y sus director amenazado de muerte. No obstante, el P. D. acuerda la candidatura de Recabarren y empieza una vasta propaganda desde “El Grito Popular”.

Recabarren sale en jira por la pampa y recorre “Amelia”, Pozo Almonte, “Alianza”, “Argentina”, Pisagua, etc. Al regresar se impone de que en Santiago el P.D. ha firmado un pacto con los conservadores para arrostrar juntos el próximo acto electoral; esto le produce una gran decepción y así lo demuestra con las publicaciones hechas en el “Grito Popular” y con el acuerdo del Partido en Iquique de mantenerse independiente.

A manera de propaganda, Recabarren publica en su periódico una serie de artículos doctrinarios, entre ellos una “Teoría de la Igualdad” curiosamente escrita:

“Todos los seres son iguales cuando nacen. Todos vienen al mundo sin bolsillos en las epidermis. Yo me figuro, mis queridos amigos, que la naturaleza nos dice con este acto del nacimiento que el sentimiento de la igualdad debe

acompañar a toda la especie humana en todo el transcurso de su existencia. La vida es una circunstancia igual para todos”

Esta observación desdeñosa sobre la vida es impresionante en un hombre como él, que vivió siempre tan en serio.

“Todos los seres son iguales cuando aman. Ante la naturaleza no hay privilegios. Creo que aún es tiempo de colocar los sentimientos del pueblo en el verdadero sitio que le corresponde”.

Escribió además “Abandono femenino”, que apenas alcanzó a publicar, pues “El Grito Popular” cesó de aparecer en el mes de Octubre por falta de cooperación de los obreros.

En ese año de 1911 los sentimientos patrióticos, efervescentes por las campañas chauvinistas de ciertos sectores, habían dado origen a unas Ligas que, ayudadas por matrones profesionales, se dedicaban a asaltar tiendas y casas peruanas, destruyéndolo todo y sembrando el pánico por la ciudad. Una de estas Ligas asaltó la imprenta de “La Voz del Perú, motivando la fuga de sus dueños; Recabarren pensó que ésta era la ocasión para hacerse de una imprenta y publicar un gran diario que reemplazara a “El Grito Popular”. Se entrevistó con los dueños y adquirió los materiales valiéndose de préstamos y créditos que lo comprometieron para un buen tiempo. El 16 de Enero de 1912 aparecía en Iquique “El Despertar de los Trabajadores” —propiedad de la Sociedad Obrera Cooperativa Tipográfica—. En verdad, esta Cooperativa era sólo un proyecto de Recabarren, que no tenía intenciones de quedarse con la imprenta, sino de entregársela a los trabajadores.

Carta de Guadalupe a Luis Emilio:

“Mi última carta fué en contestación a la tuya, en la que dices que el diario marcha mal y que tú prefieres venirte a mi lado. Yo, creyendo que me lo decías con el placer de tu corazón, te contesté al momento porque me consideré la mujer más feliz de la vida. Me parecía verte contento y hablando conmigo.

“Tú eres el único responsable de que yo haya sido tan

franca. Tú, antes de irte, te portaste tan mal que me dejaste herida. Tengo en mi cerebro infinidad de pensamientos que me matan. Yo no te exijo que vivas conmigo... al contrario, te digo en mis cartas que no quiero hacerte sufrir más, que si tienes quien te endulce la vida, ya que hace tantos años que sufres conmigo, yo no pretenderé exigirte estar a tu lado.

"Me parece que ésta te dejará satisfecho. Te deseo toda clase de felicidades, ya que yo jamás he podido dártelas"

Luis Emilio estaba decidido a no claudicar; su vida con Guadalupe estaba desahuciada desde hacía tiempo y por ningún motivo volvería a resucitarla. Pero esa carta lo enderneció. Fué una corriente de recuerdos que le hizo parpadear el alma. Su hijo estaba con ella y Guadalupe había sido la salvación de una época, le había sostenido e impulsado cuando más débil se hallaba su voluntad y el pesimismo amenazaba intoxicarlo. Sentirse sólo de nuevo, en una tierra extraña, martirizante, estrangulándose los últimos restos de ensueño en medio de una actividad organizativa abrumadora, le dolía en su alegría, en su fe de existencia y contribuía a que anhelara solucionar su soledad con un cariño resurreccionado.

No debe entenderse, sin embargo, que al sentir así Recabarren estuviere pronto a revivir aquel sentimentalismo abandonado junto a Guadalupe; precisamente se trata ahora de lo contrario. En estos días, Recabarren no es más que el varón atormentado por toda clase de puñales y sin más defensa que la propia soledad: es tan humano gemir de angustia en la soledad de ciertos instantes. ¿Qué valen las decisiones definitivas, los planes trascendentales, toda una actitud intelectual frente a la vida, cuando el corazón avasalla todos los prejuicios y todos los disfraces de frialdad en el hombre? Recabarren no claudica reconociendo su soledad y ambicionando curarla; hubiera claudicado al rechazar todo socorro humano, al extinguir su ansia de cariño tan intensa y encerrarse en la verdad intelectual de su amor por la muchedumbre; habría claudicado de su misión humana, de su presencia humana, además.

Recabarren siempre está aguardando que un amor de mujer le traiga su salvación en la vida. La salvación para su

actividad eternamente interrogante. Naturalmente, por amar tanto, siempre fracasa. Pero a Amelia reemplaza Guadalupe, y a ésta una mujer que llega a su vida sobre las cenizas de todo sentimentalismo a servir de camarada, pura y substancialmente de camarada; con o sin intenciones de salvarle, eso, ¿quién lo sabe?; pero, sí, con un claro vacío en su personalidad de aquellas fuerzas que, justamente, empezaban a desmayar en Recabarren y que éste creía verlas renacer por obra ajena. Para saludar lo que él piensa un nuevo intento de realizarse, viste un fugaz estilo de galantería en sus actitudes.

En Iquique, Recabarren tenía un hermano de padre, Néstor, a quien visitaba con frecuencia; en casa de Néstor conoció una muchacha de unos 16 años, más o menos, llamada Teresa Flores, que se acostumbró a escucharlo, a deleitarse con su doctrina y a interesarse muy personalmente en su destino. Era una joven a la que Recabarren podía formar, ir modelando con sus dedos de verdad trozo a trozo, zona a zona de su sentimiento; al acercarse a ella, Recabarren lo hizo movilizado por esa dedicación suya a lo increado, ese gozo de enfrentarse a la nada, a los elementos sin estructura, y comenzar la organización, la creación paulatinamente para contentarse, al fin de la propia obra.

Es verdad que Recabarren era casado, que la tía abuela de Teresa Flores, le prohíbe unirse a él y que toda una tragedia la amenaza si elige el camino que desea. Pero eso no importa. Luis Emilio está con su bondad y su inteligencia, con su sacrificio expuesto a todo lanzaso del mundo, hablándole en el roce mismo de sus dos senos de flores, y ella se resuelve. Escucha sus voces, su cristalería de cariño y se une a él.

En esos años en que Recabarren ve su obra verificada en 1904 en Tocopilla y la Pampa como apenas un detalle minúsculo de lo que puede hacerse; en que ve aún destruída su obra por la persecución del gobierno y el desinterés de los obreros; en que ve la pampa virgen para revolucio-

narla y siente la animosidad, la desconfianza y la intriga criolla contra él, esa intriga que no cree en el bien por el bien y siempre piensa que detrás de una buena obra hay un billete o una garra guiñándole; escribe para Buenos Aires, al borde de la derrota:

"La mayoría de los trabajadores me considera un explotador y un vividor. "El Despertar" es para explotarlos, las organizaciones para vivir de las cuotas. Dicen que yo sólo estoy acumulando dinero para irme. Hay momentos en que quisiera huir de aquí, abrasado por la debilidad de los amigos y por la infamia de los enemigos, unido a un clima atroz, donde no se ve sino pampas desiertas o pueblos sin árboles."

Pero está salvado de nuevo, y agrega:

"Pero después pienso en que sin abnegación el ideal no surgiría en todo el mundo".

Y es que a Teresa Flores le ha escrito ya antes:

"Enamórate de la idea. Quiero que de tu corazón y de mi brote una sola palpitación. Tu compañía me fortalecerá, me dará más bríos para luchar. Hará que mis pensamientos sean cada vez más hermosos. Tú irás bebiendo en mis labios el amor que yo beba en tu alma.

"Quiero verme confundido contigo entre enormes multitudes.

"Hacer del amor la vida. He ahí todo. El gran trabajo. Todos sufren. Es que ninguno se ama a sí mismo ni ama a los demás. Corren sin cesar. Una huella de sangre dejan sus pies".

"Ven, tú que sabes hablar con el alma al alma de los hombres".

Continuando su propaganda electoral, Recabarren llega hasta la oficina Alianza. Aquí se encuentra con el candidato demócrata a diputado por Iquique, Pedro 2.º Araya. ¿Es que el Partido de Iquique había cambiado de parecer? ¿No era ya Recabarren su candidato? De ninguna manera. Recabarren era el candidato de los demócratas de Iquique. Pero el señor Araya era el candidato de don Malaquías Concha, el candidato que desde Santiago envia-

ba el Directorio General para acabar de una vez con el rebelde Director de "El Despertar". Don Malaquías no pudo aceptar que Recabarren criticara su pacto con la Derecha y lo destituyó de candidato enviándole como adversario a este Pedro 2.º, que en estos instantes se halla en la oficina Alianza frente a un público de proletarios y del mismo Recabarren.

Pedro 2.º dice que él viene a Iquique a "crear el P.D.". Que tiene poderes centrales para legalizar su labor. Sobre el asunto candidatura declara:

"Recabarren es muy revolucionario, es un anarquista, no puede ir a la Cámara".

Don Malaquías ha consultado sobre esta candidatura a los partidos mayoritarios y ellos la han estimado inconveniente. "Recabarren no puede ir a la Cámara". Recabarren se alza de su asiento cuando acaba Pedro 2.º y dice con su voz que levanta árboles rojos en la pampa:

"El día que el partido de los obreros fuera en actitud servil a pedir permiso a los partidos burgueses para elegir sus representantes, valdría mejor no existir como partido. No quiero ir con el voto de dos partidos: uno burgués y otro proletario, porque no podría servir bien los intereses de ambos. Soy de la clase trabajadora, a ella pertenezco y a ella sólo serviré".

Una ovación vibrante sacude las murallas del local. Los espectadores buscan con la mirada a Pedro 2.º Pero al parecer no se halla en ninguna parte.

Prosigue la lucha encarnizadamente, desde la prensa, entre los dos bandos demócratas. Pues, a pesar de todo, Pedro 2.º tiene gente que lo sigue. Llega la elección y el resultado da 2,622 votos para el radical Toro Lorca, 839 para Recabarren y 105 para Araya.

Pedro 2.º, el día antes de la elección, hizo correr un volante en que decía: "Solemne proclamación del candidato a diputado por Ticaco, don Luis E. Recabarren, eminente ciudadano y gran defensor de los cholos". Y también repartió "una carta de Recabarren" en la que éste retiraba su candidatura e invitaba a votar por Araya.

En cuanto al acto eleccionario es útil recordar lo sucedido en una Mesa:

El presidente radical saca su reloj y dice:

—¡Son las cuatro! Todos deben salir.

Como nadie le hace caso llama a la policía y ésta desaloja el recinto. Luego, candorosamente, realiza el escrutinio solo.

Las elecciones provocan el rompimiento definitivo entre Recabarren y el P.D. En "El Despertar", Recabarren, sin vacilaciones, desenmascara a don Malaquías y su pandilla:

"Don Malaquías pretende negar que el Club de la Democracia sea un garito indecente donde se despluma gentes proletarias".

Desde Santiago le responden y le insultan canallescamente diciéndole: ciego idiota, enfermo mental, etc.

Recabarren les enrostra:

"¿Qué hizo Artemio Gutiérrez en ese tiempo? Yo lo diré: pasar borracho hasta el extremo de quedarse dormido en la misma Cámara. En todos los pueblos de Chile donde se conoce a Gutiérrez se sabe que es un borracho consuetudinario.

"No puedo yo seguir al lado de traidores y de incapaces. En todo Chile se conoce mi acción constante. Mi sola acción compárenla a la de todos los demócratas juntos que dirigen ese partido podrido. Puede ser que tengan razón al llamarme demente, porque hoy en Chile es demencia atreverse a ir contra la corrupción. Mi nombre no es recordado en ningún prostíbulo ni taberna como sucede con el de muchos discípulos de la democracia. Les desafío a que continúen en su campaña de insultos. Es el derecho de pataleo.

"¿Dónde están vuestras acciones? Responded cobardes".

La actitud de Recabarren produce el más sensacional suceso: los trabajadores en la pampa, en una de tantas oficinas: Cholita, se retiran del P.D. y fundan la primera sección del Partido Obrero Socialista. En Mayo de 1912, Recabarren les responde inmediatamente desde "El Despertar":

"Aceptamos el cambio de nombre y junto con eso que nos separemos del P.D. por las siguientes razones:

PRIMERA.— El P.D. ha demostrado prácticamente que no sirve los intereses de la clase trabajadora, porque en

cada acto electoral ha hecho causa común con los partidos de la clase explotadora.

SEGUNDA.— Los dirigentes del Partido son en su mayoría elementos burgueses.

"No sigamos siendo carneros del Directorio General ni del Partido que lleva a la ruina la habilidad del fatal personaje Malaquías Concha.

"No, trabajadores del salitre. Sin vacilaciones fundemos aquí el formidable pedestal del Partido Socialista en Chile".

En una sesión magna del P.D. de Tarapacá nace el Partido Obrero Socialista y ya en el mes de Junio once secciones demócratas se han transformado en socialistas. En el Directorio del nuevo Partido figuran Recabarren, Elías Laferte y Enrique Salas. El P.O.S. reconoce la diferencia de clases, lucha por la propiedad colectiva y se da una organización disciplinadamente revolucionaria. En Julio se anuncia a Recabarren, desde Punta Arenas, que el P.O.S. se ha fundado y con esta nueva sección el Partido existe ya en Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta, Iquique, etc. En Santiago, el Directorio quedó integrado por Manuel Hidalgo y Carlos A. Martínez. En Buenos Aires y Montevideo comentan el nacimiento del P.O.S. chileno. Recabarren va a las oficinas Alianza y Bellavista, a decir lo que es el Socialismo y de este modo nuevas secciones se van agregando aceleradamente.

Muy pronto el socialismo en Chile crece como un océano de banderolas rojas, y el nombre de Recabarren y su obra adquieren un sentido, una significación precisa, que es como una sola gran voz que llama en cada hogar proletario anunciando que ha nacido en Chile por primera vez una verdadera revolución.

En el mes de Febrero de 1913, Recabarren inicia una jira hacia Antofagasta. En este pueblo el movimiento obrero recién empezaba a reanimarse, pues las terribles huellas de 1907 no se borraban aún del todo; sin embargo, por el recibimiento que se le hizo, Recabarren juzgó que la organización renacería pronto y tal vez con más vitalidad que antes. Una multitud inmensa le esperó en el muelle y, en desfile, con una banda a la cabeza, siguieron hasta el local

de "La Defensa Obrera". En la tarde les habló y luego pronunció un discurso sobre socialismo en el Teatro Victoria; antes de iniciar una jira por las oficinas salitreras funda en Antofagasta la Sociedad de Oficios Varios.

Una mañana, en compañía de otros dirigentes, toma el tren que lo lleva hasta Calama. Anocheciendo y luego de comer en este pueblo, parte con su comitiva, en dos coches, al mineral de Chuquicamata.

Van atravesando la pampa, desplazándose en aquella extensa sucesión de pequeñas colinas que parecen una aparición de humo en noche de luna punzantemente helada. Falta para las doce cuando llegan al mineral; una docena de obreros les aguarda con café muy caliente, que los viajeros beben como una bendición para el frío y el cansancio de un viaje de 18 horas. Recabarren siente la altura, le angustia con su aire enrarecido que se niega a alimentar los pulmones; le pone en el sueño un puñal de inquietud que se acerca y se aleja sobre su pecho al mismo ritmo de su respiración. Al día siguiente, podrá ver que Chuquicamata se domina de un solo golpe de vista. Está en una meseta alterada apenas por frecuentes y suaves colinas; las minas, muy cerca unas de otras, como también los campamentos, dan una sensación de estrechez y minúscula inferioridad bajo el cielo inmenso. Recabarren visita los campamentos; no son mejores que los de otras oficinas y presentan el mismo espectáculo amargo de los conventillos del puerto, sucios y sórdidos. Un poco apartado del centro minero se halla el pueblo llamado Placilla; es una aglomeración de prostibulos y tabernas.

"Tiene actualmente 1,300 obreros —escribe Recabarren sobre Chuqui—, pasa por un período de decadencia preparador de un futuro de progresos, pues se preparan ya grandes trabajos por una compañía norteamericana que ha tomado posesión de una enorme extensión de mineral pobre y que, adquiriendo poco a poco tal vez todo el mineral, quedará propietaria de toda la región, incluso ferrocarriles locales.

No cabe duda que su parecer era profético.

Se vuelve a Antofagasta, y allí, en una concentración en homenaje a Belén de Sárraga, se le hace hablar desde los

balcones del Club Radical. Regresa a Iquique optimista, seguro de tener consigo los mismos camaradas de siempre y otros nuevos en este Antofagasta que ahora, a su vuelta de Europa, encuentra crecido con casas de dos y tres pisos, con ranchitos que se cuelgan de los cerros empezando a invadirlos y con una agitación en la bahía de comercio internacional. Ante semejantes progresos se le puede perdonar que el agua potable la venda a razón de tres latas por cincuenta centavos, con la advertencia de que "no se llenan las latas".

En Iquique Recabarren ve realizarse uno de sus sueños más preciados. La Cooperativa Obrera de Pan, que tanto ansiara ver organizada por obreros chilenos, se iba a inaugurar el 1.º de Mayo. Los obreros fabricarían pan para ellos mismos, lo comprarían barato y lo comerían con el gozo de no estar cooperando a capitales enemigos sino a engrandecer su propia fuerza económica y la posibilidad de una futura liberación; en un local y con maquinarias adquiridos por los obreros se fabricaría en adelante el pan que atocerían los barrios populares como a una primavera olorosa. Recabarren, extraordinariamente feliz, no contaba con la oposición de las autoridades. No recordaba que el gobierno estaba dispuesto a no aceptar ninguna ayuda a los trabajadores de manos de un particular y menos de un particular socialista, y para lograrlo haría uso de todas las armas.

En Iquique existía entonces una Junta de Saneamiento Liberal que editaba una revista llamada "El Bonete", agudamente antirreligiosa. Un día "El Bonete" publica una caricatura en que aparecen un fraile y una dama en actitud equívoca, y el Prefecto de Policía acusa a Recabarren de inmoral, pues le considera culpable de tal publicación. Recabarren concurre ante el juez y dice que el editor responsable de esa revista es el secretario de la Junta y que personalmente nada tiene que ver en el asunto.

Se llama al secretario y se presenta Elías Lafertte. La Cooperativa estaba salvada. Su inauguración, pese a todas las autoridades, se realizaría el 1.º de Mayo con Recabarren muy presente. Eso sí, Lafertte quedaba preso; Lafertte era un obrero que Recabarren había traído desde la pampa de Iqui-

que a trabajar en la imprenta; hombre pequeño, de ojos grandes y vivos, con una humilde tenacidad para trabajar incansablemente y una solidez interior indudable, tomó desde luego un sitio destacado en el P. O. S. Era un luchador nato, con una mentalidad curiosamente parecida a la de Recabarren: organizador por la organización, militante sindical antes que político, con una visión local del movimiento y una pura intuición de la doctrina. Con su actividad de un solo tono, con su personalidad de un solo relieve, le pareció a Recabarren un hombre insustituible a su lado; un obrero de hierro gris en el pecho, de suaves alas de paloma en el cerebro; puro, inalterable, firme, como a la larga es el destino de un auténtico partido revolucionario.

Recabarren no abandonó a Lafertte en la prisión; organizó una colecta entre los obreros para liberarlo bajo fianza, y antes del 1.º de Mayo el editor de "El Bonete" estaba en libertad.

La inauguración de la Cooperativa fué una fiesta inolvidable. Hasta su local llegan en desfile un Centro de Mujeres y el Gremio de Panaderos. En la tarde se enciende el horno mientras el pueblo canta La Internacional; habla Teresa Flores y en seguida Recabarren. Los primeros ruidos de las columnas en marcha y el estruendo de los aplausos enredan sus últimas palabras que son una cita de Marx:

—... la emancipación de los trabajadores tiene que ser la obra de ellos mismos."

El desfile sigue hacia la imprenta de "El Despertar"; desde sus balcones el pueblo hace hablar a Recabarren; de allí van al Teatro Nacional, donde se realiza una velada en la que Recabarren pronuncia su tercer discurso del día ante la multitud de manos que le aplauden y labios que encienden su nombre.

Días después se produce por primera vez pan en la Cooperativa y el P. O. S. sale en la noche en el primer mitin nocturno que conoce Iquique. Los socialistas detrás de Recabarren recorren treinta cuadras con faroles y banderas; se detienen en las plazas y diversas calles y cada vez se pide a Recabarren que hable; también se pide a Lafertte, que ya es una figura conocida.

Recabarren vuelve con Teresa Flores; una emoción

ción le trenza la sangre como un cordaje de guitarra maravillosa; no puede oír su voz, y sus manos están destrozadas de gestos. Una sombra de muchedumbre, en que apenas se distinguen siluetas, atraviesa su frente pálida de niño inteligente; en sus oídos van turbándose los versos de La Internacional, el sonido de las banderas desplegadas, de los pasos que escriben la tierra. Teresa está a su lado, con el espíritu en un salto después de la tremenda audacia de hablar a la muchedumbre. Un goce se alza en ella y llama al goce de Recabarren. Parece que un nuevo árbol les está ocultando la noche y trayéndoles los ruidos como ecos de piedras que se mueren.

Pero no fué sólo la Cooperativa de Pan que alegró a Recabarren ese año de 1913. También creó la Casa del Pueblo y la inauguró en un mitin grandioso, al que concurrieron delegaciones de toda la pampa, con sus banderas rojas que sirvieron de tema principal a su discurso. Veinte oradores trajeron la voz de los minerales y del salitre; más de un millar de trabajadores desfiló por Iquique, y ya de noche se ubicó bajo los balcones de la Casa del Pueblo para oír la palabra de Recabarren:

—La bandera del pueblo explotado es la bandera roja. El rojo puro de nuestra bandera significa el sacrificio ya rendido de la sangre del pueblo; es la insignia obrera de clase, teñida con la sangre de nuestros mártires, con las lágrimas de sangre de la angustia sufrida por nuestras mujeres...

Un gran aviso de luces rojas daba sobre la silueta de Recabarren, que lanzaba sus frases como obuses de pétalos contra la obscuridad misteriosa de la muchedumbre; sus brazos golpeaban el aire en gestos violentos y parecía que una bulda de numerosos corazones ponía sensación a su discurso incendiándose vertiginosamente:

—A despecho de los sabuesos de la burguesía el trapo rojo de la lucha reivindicadora de la humanidad, no sólo lo ha clavado en alto el proletariado organizado, sino que también, con justo gozo, lo ha paseado triunfante por la ciudad.

Eran, además de sus palabras, estas obras reales, inmediatas, indestructibles de la Cooperativa, de la Casa del Pueblo, lo que el proletariado recibía con entusiasmo entregando

su adhesión. Esas jiras de Recabarren por la pampa, esa conferencia suya en Lagunas bajo la carpa de un circo, ese contacto del dirigente en la realidad más familiar con sus camaradas, ese conocimiento que el obrero tenía de Recabarren asoleado y polvoriento, de oficina en oficina llevando su palabra liberadora, todo eso y estas construcciones en la ciudad, le edificaban, cada vez más sólidamente en la masa, un prestigio inigualado de organizador de victorias.

Es cierto que muchas veces Recabarren sentía a su alrededor una desconfianza y un odio que le amargaban; que los trabajadores no siempre se entregaban de inmediato y rehuían largamente colaborar con dinero, con su misma actividad, para sostener un periódico o llevar a la práctica una Cooperativa; pero al fin la evidencia de la honestidad de Recabarren se imponía, sus esfuerzos desesperados fructificaban y solo, a la vista de multitud de obreros, solo, sacaba una obra triunfante que no iba a gozar él, sino que estaba destinada para los mismos que le negaban su apoyo. Así sucedió con sus periódicos. La falta de cooperación proletaria había muerto a "El Grito Popular" y ahora amenazaba a "El Despertar de los Trabajadores". Recabarren se vió forzado a reducir el formato, a editar una miserable hojita, y sus enemigos ya creían que el periódico desaparecía, y es entonces, cuando, convencido de la falta de socorro, de la indiferencia culpable de la masa, y rodeado de un pequeño grupo de leales, se lanza en una campaña formidable para resucitar "El Despertar"; da conferencias, dos, tres veces a la semana a cuarenta centavos, establece los Sábados Rojos, en que hablan los mejores militantes en la Plaza Condell y donde se recolecta dinero; ayuda a Lafertte que funda un Centro Teatral para las veladas que desde entonces se celebran semanalmente en un pequeño Teatro Obrero. Con Teresa recorre una y más veces las oficinas salitreras; se multiplica, actúa casi simultáneamente en varios mítines a beneficio de "El Despertar".

Hasta que sale victorioso y transforma la hoja sin vida y humilde en un periódico interesante de varias páginas, que saluda cada festividad obrera con hermosas ediciones en rojo, plenas de noticias, de buenos artículos y de ilustraciones. Esto forzosamente se imponía a los trabajadores; les hacía

arrepentirse y llegar hasta la organización con un calor de admiración y de entrega verdaderamente conmovedores.

Recabarren, sin declarárselo, sabía que la revolución sólo se hace a base de victorias y que el pueblo aprecia mucho más un triunfo insignificante, pero absoluto, que un centenar de fracasos disfrazados de victorias morales.

Apenas inaugurada la Casa del Pueblo y "El Despertar" triunfante, el P. O. S. realiza un mitin simultáneo en toda la pampa, que es la mayor demostración de fuerza obrera organizada que hasta entonces se había hecho. Tres mil socialistas se reúnen en seis oficinas salitreras para oír a Lafertte, Zuzulich, Arenas, Barrera, etc. los más destacados luchadores del partido. En Iquique se desfila desde la imprenta hasta la Plaza Prat y allí Recabarren habla a propósito de la corrupción municipal:

— van dirigidas a los ciudadanos de Tarapacá sin distinción de banderas; os invito a engrandecer la nacionalidad procurando un municipio con verdadero patriotismo y que no ofrezca el desgraciado espectáculo de motivar el proceso público del actual momento.

Estos mítines se repiten después con frecuencia. Recabarren va acostumbrando al Partido a la movilización de masas, a actuar siempre en íntimo contacto con las bases; a emprender campañas que superen el ambiente enfermizo del local y prendan en el pueblo, aun inorganizado, con caracteres espectaculares. Es curioso que las autoridades permaneciesen impasibles ante la obra endemoniada del socialismo, que casi no enviaran policía a sus concentraciones ni le negaran permiso para ocupar las plazas públicas. Y es que Recabarren había logrado evitar, por medio de sus brigadas de defensa, todo escándalo que degenerara el mitin en montonera. Cuanto acto público realizaba el P. O. S., transcurría en el mayor orden, sin provocaciones, en el puro terreno de la propaganda verbal y del canto y los desfiles inofensivos. Las autoridades, en verdad, estaban atadas para proceder; la única salida a su impotencia era descender en la persona de algún ciudadano prominente a la polémica con los revoltosos, a la argumentación en público que les permitiera recuperar sus electores tan en manos ya de "la revolución y de la soberbia". Los primeros en decidirse a tal paso fueron los perio-

días clericales y los clérigos más hábilmente reaccionarios. Se dedicaron a buscar a Recabarren en sus Sábados Rojos de la Plaza Condell y a polemizar con él. Naturalmente dando ocasión a sucesos extraordinariamente pintorescos.

Mitin en celebración del 1.º de Mayo. Dos mil personas apretujan la tribuna que parece un botecito en medio de aguas inmensas. Nogueira habla y se refiere a la acción del socialismo en bien de los trabajadores. De pronto, un señor empieza a gritar a voz en cuello; no se le entienden sus palabras, pero se ve que no está de acuerdo con el orador. Nogueira trata de seguir, pero el señor continúa gritando; está a punto de armarse una batahola. Nogueira por fin le invita a subir a la tribuna y a quejarse de manera entendible. El caballero llega hasta la tribuna: es don Julio Santander, director del diario "El Nacional". El público se cala para oírlo. El nuevo orador empieza en grandes circunloquios a tejer una oratoria complicada pero hábil; de repente se le entiendo algún concepto:

—... la patria es un sentimiento sagrado . . .

Y luego otro:

—... el Congreso y la sociedad se ocupan de la suerte del pueblo . . .

Y por último uno que produce gran hilaridad:

—... soy socialista científico.

Desciende de la tribuna el señor Santander, y Recabarren sube a responderle. Lo hace con su maestría para anotar a los adversarios; con frases proletarias clarísimas y contundentes:

—El socialismo demuestra su amor a la patria educando y cultivando al pueblo . . . El socialismo no predica odio sino amor . . .

Santander aun no está de acuerdo e interrumpe. Parece que la divergencia principal es que Santander considera al socialismo antipatriota y enemigo del ejército. A Recabarren le agrada que ésta sea la objeción, pues "Patria y Socialismo" es un hermoso tema para una propaganda. Ambos, ante las dos mil personas que devoran la contienda, conciertan una polémica pública en un teatro de la ciudad sobre "Patria".

Y después no son sólo las dos mil personas, sino todo Iquique y las pampas vecinas que aguardan con impaciencia

la polémica y hablan del socialismo y de Recabarren como algo incorporado definitivamente a la crónica de la región.

Desde muy temprano en la tarde llega el público al Teatro Variedades; en la puerta la policía selecciona los que deben entrar y los que deben esperar afuera. Desde luego, se rechaza a todas las mujeres. El Centro Femenino, que ha venido en masa para aplaudir a Recabarren, es obligado a retirarse a prudente distancia del Teatro. Muchos obreros también son despedidos. Alguien —con muy mala lengua— dice que sólo se permite entrar a la claqué de Santander. Quizá. La gente suele ser tan precavida. A las cuatro de la tarde el local está repleto y se cierran sus puertas.

Adentro, la bufa es impresionante; una pesada atmósfera de discordia impacienta los rostros, mantiene inconscientemente apretados los puños. Sube el telón y aparecen ambos contrincantes en la escena. Hablará primero Recabarren y luego Santander y al final de nuevo Recabarren para contestar en un cuarto de hora lo que crea conveniente. Se adelanta Recabarren y una ovación —según "El Despertar"— de tres cuartos del público le saluda.

Empieza a relatar la obra del P. O. S., sus campañas contra el alcoholismo, contra el juego, contra los prostíbulos y dice:

—¡Esta labor la llamamos nuestra labor patriótica!

Grandes aplausos.

Después afirma que: "El sentimiento patrio ha entrado en una nueva orientación empujado por los socialistas", y que su tema lo va a dividir en tres partes:

La guerra.

—Querer la guerra, ¿a eso llamáis patriotismo? Se nos llama antipatriotas porque somos enemigos de la guerra. Somos y seremos enemigos de la guerra, y creemos así saber amar mejor a nuestra patria . . .

Su voz, vibrante y poderosa se ha vestido de una tonalidad dolorida, que parece vivir de puros llantos reprimidos. Relata las consecuencias de la guerra.

—¡Y dando toda esa amargura atroz, todo ese hambre, todo ese luto, toda esa sangre que mancha la patria,

toda esa inmensa desgracia irreparable, así es como amáis a la patria? ¿Qué no es amor a la patria este sentimiento de pretender conservarla sana, intacta? Hablad a vuestros corazones que en ellos encontraréis respuesta. Ama a su patria el que la libra de la guerra.

Apenas si el "un cuarto" de Santander logra estar en silencio ante el griterío de aprobación que cierra el primer trozo de su discurso.

La bandera.

—La bandera nacional conduce al campo de la muerte, al martirio. Bajo esta bandera matan y mueren. La bandera roja no guía ejércitos. Opinamos simplemente que algún día abrazará a los hombres de la tierra una sola bandera. ¿No encontráis hermoso el pensamiento?

—... Claro... —responden algunos entusiastas, entre los cuales no se halla Santander.

Cómo amamos la patria.

—Amar a la patria, amando la patria de los otros hombres...

Un gesto violento de su puño firma sus dos frases finales que se clavan como dos puñales en las dos orejas de su contendor.

—¿Nosotros enemigos de la patria? Jamás. ¿Nosotros enemigos de los soldados? Jamás...

La ovación delirante de sus camaradas estremece el Teatro como un árbol anémico. Se adelanta Santander, pero no puede hablar, pues los aplausos continúan y sólo se hace silencio cuando Recabarren vuelve de su asiento, y saludando ruega que se escuche a su adversario. Santander comienza.

—Me he conmovido ante la hermosura imponderable de la oratoria de Recabarren; lástima grande que no sea verdad tanta belleza.

Como se ve, su primer golpe de efecto es dudoso y para aplacar el disgusto de sus auditores sólo atina a cambiar de táctica y abandonando su "ironía", declara:

—"El Despertar" es un insultador grosero

Su patriotismo, que expone en seguida, es un patriotismo de batallas, de padres de la guerra, chauvinista y sentimental que hace un penoso contraste con la oratoria reflexionada de Recabarren. No habla mucho, y al terminar

abandona el teatro y se niega a escuchar el cuarto de hora último, acordado a Recabarren, pues "se halla cansado y tiene que hacer."

A la salida, el pueblo trata de improvisar un desfile, pero la policía a caballo hace una carga que lo dispersa y pone un fin de fiesta terrorífico al espectáculo. No cabe duda que es más fácil combatir al socialismo a fuerza de prisiones. Sin embargo, los ciudadanos eminentes no desmayan y ahora es un sacerdote el que desafía a Recabarren en la Plaza Prat.

El cura Merino fué uno de los más entusiastas partidarios de salir a la calle a pelearle la masa a los socialistas. Poseedor de cierta elocuencia impresionante y sumamente audaz, defensor de un socialismo cristiano, no sólo una vez sino en muchas ocasiones rebatió a Recabarren desde el púlpito y desde la tribuna callejera.

La polémica entre ambos se iba a realizar en la Plaza Prat una noche de 1915.

Diez mil personas concurren a escucharla. Recabarren, arriba de un quiosco, aguardaba impasible y alegre sobre la multitud al cura Merino que aparecería en los balcones de un edificio cercano. El P. O. S., había difundido la consigna de escuchar a Merino y de sofocar todo intento de provocación.

Recabarren se hallaba con más firmeza que nunca en materias religiosas y esperaba demostrar al pueblo que la Iglesia y Dios pueden ser objetos de un ataque inteligente.

Al aparecer Merino en el balcón y disponerse a hablar se armó un chivateo estruendoso entre la muchedumbre, una bufa de pitos y cornetas completamente inusitada. Recabarren trató de imponer silencio, pero fué inútil. La provocación estaba organizada de antemano, miembros prestigiosos del Partido Radical se habían colocado hábilmente en todos los sectores de la Plaza e impedían el acto con desenfadado entusiasmo. El escándalo era tan infernal, que Merino optó por retirarse y cerrar los balcones, y Recabarren por perder toda esperanza de tener éxito esa noche. En los últimos instantes la policía se aburrió de esta situación y cargó contra el público dejando en el suelo varios heridos.

A pesar de la provocación radical ambos adversarios

no se perdieron de vista y por fin en la Plaza Condell —un Sábado Rojo— se encuentran en los momentos que Recabarren daba una conferencia ante tres mil personas sobre "Dios no existe".

Esta polémica sirve, no para recordar lo dicho por Merino, que fué lo mismo que se dice y se repite desde el nacimiento de la religión católica, sino para conocer el estado actual de conciencia de Recabarren en materias religiosas.

—Dios existe en las religiones —dijo Recabarren—. Dios está en todas partes: en las cárceles, en los hospitales, en los prostíbulos, en las tabernas, en los campos de batalla, etc. Si Dios está en todos esos sitios, muy triste resulta la presencia de Dios. La obra de Cristo aparece como una protesta a la tiranía y corrupción de aquella época. Los socialistas creen que la misión de la Iglesia es hacer de los hombres verdaderas ovejas para entregarlos maniatados a la clase capitalista y facilitarle así su obra explotadora. La Iglesia ha fracasado. su moral es inaceptable. No ha pro- puesto jamás los medios eficaces para mejorar el mundo.

Sigue después en disquisiciones metafísicas que le conducen a negar en absoluto la existencia de Dios. De su socialismo cristiano de primera época no quedan ya rastros en él; su ateísmo aprendido en los anarquistas lo ha madurado cada vez más y ahora lo ostenta inalterable.

Dos acontecimientos motivaron una jira de Recabarren y Teresa por Tocopilla, Taltal y Antofagasta: las elecciones parlamentarias de 1915 y el primer Congreso del P. O. S., en Santiago, el 1.º de mayo.

Se precisaba organizar férreamente los electores y garantizarse una figuración apreciable frente a los otros partidos. Recabarren había sido proclamado candidato a diputado por Iquique. El doctor Urzúa a senador, y Enrique Salas también a senador por Antofagasta.

En Tocopilla, el pueblo le fué a escuchar sus conferencias con ansiedad. Recabarren habló principalmente contra el Partido Demócrata, y en una ocasión se trenzó en una polémica con Gregorio Trincado, aquel demócrata que luchara junto a él en 1904. Trincado recibió una pifia desconsoladora en el teatro y su fracaso produjo el desbande

inmediato de sus correligionarios. Se fundó el P. O. S. antes que Recabarren abandonara Tocopilla.

En Taltal, adonde fué después, Recabarren se dió el placer de desfilar por la ciudad a la cabeza de mil cesantes que obtuvieron por este método promesas de recibir viveres de todo el comercio y mejor trato en el viejo cuartel que las autoridades les habían destinado como alojamiento. Desde Antofagasta, Recabarren y Teresa subieron un día de septiembre a Calama y continuaron en seguida a Placilla, donde descendieron hasta Punta de Rieles.

En lo alto de la sierra podía observarse el campamento yanqui y en un plano inclinado la llanura pelada que conducía a Punta de Rieles; formando ángulo con la columna de Recabarren se veía una larga, interminable fila de obreros que se dirigían a la conferencia. Llevaban banderas rojas con las que hacían señas a sus camaradas a la distancia. Recabarren tuvo una gran emoción al presenciar ese espectáculo. Era la primera vez que su obra se le mostraba en una desnudez tan exacta de realidad. Bajo el cielo inmenso y frío como una campana de plomo, la pampa desguarnecida de todo pelaje, con un solo gesto de infinito y de soledad espesa envolviéndole a manera de manto. La columna de obreros parecía cruzarla en un esfuerzo sobrenatural por humanizarla, por agregarle un pequeño corazón de sangre a su portentoso corazón de ceniza; la recorría con su alegría de cantos y de banderas inaugurándole una vegetación fantástica de árboles rojos, de elegantes flexiones, pétalos blancos de género y también moscardones y pájaros de alas intensamente negras. A esos hombres les sacaba el corazón al viento él. Y él, además humanizaba esa pampa en una idea, en un combate que jamás presintiera. Descendiendo a Punta de Rieles, Recabarren tiene ese gran instante de los luchadores: aquél en que se enfrentan al mundo que han creado, al hecho completamente nuevo que su paso les dejará a los hombres cuando los luchadores ya no existan.

Enaltecida su palabra por la visión, habla sobre la guerra europea que acaba de estallar:

—Tras la brutalidad de la guerra, tras la carnífera horrorosa, sin precedentes en la historia, obra de los zares, de los emperadores, de los reyes, de los grandes señores de

la tierra, tras de todo eso vemos venir otra calamidad poco menor que la guerra y otro período de ignorancia, de hambre amargo, de esclavitud cruel, de prostitución, de delincuencia... Eso es civilización, patriotismo de los grandes pueblos de la Europa burguesa.

En un grito casi:

—A la guerra debe seguir la revolución y la revolución sin contemplaciones ni timideces. El proletariado debe tomar a su cargo la dirección de los destinos de los pueblos... Sólo el socialismo puede imponer la paz al mundo.

Es de noche cuando regresan a Placilla, y es un frío martirizante el que crece como un prado de cardos desde la tierra. Una serenidad de fuerza desplegada, de victoria, de justicia, nace en Recabarren. Es un ansia de amar más, de gritar más fuerte a los hombres el mensaje generoso. De florecer de campanas la pampa para reunir todos los anhelos de paz de toda la historia. Recuerda las dos columnas que descienden a unirse y ondean sus banderas. Alguna vez estas banderas se juntarán en el tiempo, pues la paz también necesita su cielo.

Inesperadamente, el 27 de diciembre de 1914 regresa Recabarren a Iquique. En la noche se improvisa un mitin y un desfile.

La propaganda electoral llega a su término. La proclamación se verifica en un original mitin que comprende siete grupos del P. O. S., con bandas a la cabeza, que se reparten hacia sectores diferentes de la ciudad a hacer su propia concentración. A las nueve y media los siete grupos se reúnen en la Plaza Montt. Habla una mujer y luego Recabarren.

—Aceptad mi pasado como una promesa. Y nada más.

Toda la población obligadamente ha tenido que saber de la candidatura Recabarren. A pesar de su fuerza política, nada pudo Recabarren contra el cohecho y resulta derrotado por el candidato derechista.

La reacción pagó a ciento cincuenta pesos el voto.

No quedaba por ahora sino partir al Congreso del

P. O. S. en Santiago; así lo hicieron Recabarren y Teresa el 20 de Abril de 1915 en el vapor "Flora", no con sentimiento de fracaso ni decepcionados. De ninguna manera. Perfectamente felices de saber iniciada en la pampa una revolución que es más duradera que los billetes y los sillones parlamentarios y transforma más a los hombres que la mentira de ropa dorada y cabeza tricolor.

Recabarren emprende, en 1916, un nuevo viaje a Buenos Aires, ahora en compañía de Teresa; partió de Valparaíso a Punta Arenas primero, y aquí, a invitación de los trabajadores, dió unas veinte conferencias sobre los más diversos temas. El 25 de Agosto se embarcó para Buenos Aires.

Había participado en el Congreso del P. O. S. en Santiago, resultando elegido miembro del Comité Ejecutivo; luego en Valparaíso se radicó un tiempo y fundó un diario, "La Vanguardia", de propaganda sindical.

Llegado a Buenos Aires se alojó con Teresa en un pequeño departamento; sus condiciones económicas no eran muy buenas; sin embargo, estaba dispuesto a permanecer un largo período en Argentina. Arrendó materiales de imprenta y se puso a editar folletos políticos profusamente, a la vez que se entregaba a una extraordinaria acción dentro del Partido Socialista. En Buenos Aires publicó un folleto, "Materia eterna", profesión de fe antirreligiosa, que fué muy leído y comentado; publicó también un folleto sobre Municipalidades y vendió muchos otros escritos en Chile. De este modo su problema económico estuvo más o menos solucionado.

En cuanto a Teresa, la vida en común adoptó ese tono menor de bienestar a la sordina que Recabarren parecía anhelar para sus cosas íntimas; comprensiva en un grado considerable, Teresa se adaptó a las pequeñas costumbres y gustos de Luis Emilio, y no dió lugar a esas complicaciones sentimentales que, agregadas a las propias de una actividad revolucionaria, bastan para extinguir la resistencia de cualquier hombre. Puede afirmarse, pues, que su segundo experimento sentimental en Buenos Aires resultó satisfactorio.

La Guerra Europea provocó en todo el mundo una crisis del socialismo; se planteó el problema de la nacionalidad y del apoyo a la patria que implicaba la aceptación de la catástrofe, su complicidad. Se consideraba a Alemania es-

tandarte del militarismo y se creía que aplastándose se aplastaría a la guerra eternamente. Ciertos socialistas proclaman la guerra contra la guerra.

En el Parlamento argentino se vota la ruptura de relaciones con Alemania; la representación socialista autorizada por su partido vota favorablemente. Ante semejante actitud chauvinista y patriótera, un sector importante del P. S. se retira bajo el comando de Recabarren y constituye el Partido Socialista Internacional. Edita un periódico, "La Internacional", y reparte por toda América la nueva consigna: "Abandonemos el socialismo traidor y constituyamos el partido revolucionario del proletariado contra la guerra". Recabarren va a Montevideo y allí funda una sección de su partido.

Se apresta a proseguir la lucha entusiasmado con el giro que toma su influencia en la política de este país extranjero, cuando empieza a recibir llamados insistentes de Chile para que regrese. Se acercan las elecciones parlamentarias de 1918, se le avisa, y es necesaria su presencia; son muchos los que desean proclamarlo candidato. Al principio Recabarren vacila; su situación en Argentina ha mejorado tanto y el porvenir del movimiento es tan atrayente que casi le deciden a quedarse; pero he ahí a Chile lanzando voces de auxilio; he ahí la pampa con sus banderas rojas y sus morenos combatientes; he ahí su patria sufrida y derrotada peleando desde años en una causa sin poder asomarse a la victoria. Las multitudes en Chile no precisan ya del alfabeto revolucionario; tienen letras de sangre en las espaldas, que no se borran, que son experiencia y anhelo de reivindicación para toda la vida; saben qué es el poder y qué produce tenerlo en manos propias; obligan a los mismos reaccionarios a levantar programas demagógicos y a disfrazarse con actitudes populares. Un telaje rojo fota por el cielo chileno. ¿No será que ha llegado el instante de madurar la revolución, ese instante que, una vez fallecido, tarda tan largos años en volver a presentarse?

Desde 1918 adelante parece que la guerra a muerte se ha declarado entre el capitalismo y el proletariado chileno; una guerra implacable, avasalladora, plena de crueldades, que arrastra a las masas y a los gobernantes casi incontroladamente, por encima de todo otro interés que no sea el propio y más inmediato; Recabarren, desde Argentina, ha comprendido que es el instante preciso; después de la Gran Guerra toda Europa se inflama en una poderosa hoguera revolucionaria; los obreros deciden atacar el poder y aplastar para siempre la sociedad que ha podido hundirlos en semejante catástrofe; hacen saltar las barreras de la Segunda Internacional desprestigiada y crean la Tercera Internacional a manera de vanguardia en todos los frentes; es una avalancha de renovación que no acepta tregua, que no vacía y se derrama con amplia violencia. Este mismo clima rojo alcanza a los países más lejanos, y en Chile se manifiesta particularmente vigoroso. En verdad, el pueblo ya posee conciencia de su estado y adopta la revolución, no como ideal, sino como instrumento de vida; aprende la huelga y el comunismo porque contra el hambre y la ofensiva de la explotación no espera hallar otras armas. Recabarren, actuando con una serenidad admirable, no se precipita; analiza fríamente los acontecimientos y estructura su plan de ataque. La clase obrera desorganizada no puede ir sino al fracaso en sus luchas; es necesario concertar las fuerzas en un gran organismo, la Federación Obrera, por ejemplo. Y no sólo ha de plantearse la defensa en el terreno puramente económico, sino, además, político, y es un frente comunista el necesario para servir de base a la Federación Obrera y de creador de sus líneas.

A las elecciones de 1918 no llega. Es el seis de Marzo cuando desde Santiago inicia una jira por el sur del país y se vuelve después proclamando la consigna de la Federación Obrera de Chile. En "Salinas", cerca de Antofagasta, Recabarren y Teresa —que no lo abandona un segundo— hablan encaramados en un cajoncito ante mil obreros que, soportando un sol ardoroso y un viento poblado de tierra, aprenden la buena nueva.

Su propaganda es tan intensa, sū consigna incendia tan rúbitamente la pampa, que ya en Enero de 1919 inaugura en Unión el primer Congreso Regional de la FOCH con numerosas secciones de toda la provincia; se acuerda propiciar un Congreso Nacional donde se plantee la adhesión a la Internacional Obrera. Pero el gobierno del señor Sanfuentes ha escuchado el mensaje de los salitreros y decide que si los trabajadores quieren pelea, él ofrecerá pelea. Es el primer disparo.

El 1.º de Enero de 1919 se encuentran en la imprenta de "El Despertar" de Iquique Lafertte, Cruz y otros camaradas, cuando ocho individuos penetran al local con revólver en mano y les ordenan rendición. Luego, les amarran de uno por uno y proceden a la más bárbara destrucción de casi todo el material; a los pocos momentos de haber huído llega la policía y arresta a Lafertte, Cruz y demás víctimas, y mientras les alejan de la imprenta, vuelven los asaltantes y acaban con lo que habían dejado bueno por descuido.

En Antofagasta, mientras tanto, se secuestra a Recabarren y se le lleva al cuartel del regimiento Esmeralda; allí se encuentra con Mariano Rivas y Luis Mery, dos periodistas de izquierda que sufren también la persecución. El gobierno ha establecido el estado de sitio. Pronto se sabe que Recabarren y sus compañeros de prisión serán relegados a Lautaro. Recabarren, antes de partir, contesta a un periodista que le recuerda su fama de sedicioso:

— Porque han querido calumniarme. Soy un hombre pacífico, convencido de que las reformas han de efectuarse sin derramar sangre.

A Lautaro va con Teresa; allí el gobierno les costea su estada y les da una pequeña cantidad diaria para sus gastos menores. No se les hostiliza, ni se les obliga a nada. Son unas auténticas vacaciones. Con razón al regresar Recabarren declara:

— Vuelvo con más fuerza que antes. Nada tenemos que temer. Los que nos persiguen y encierran, esos son los que temen.

La FOCH no ha sufrido en absoluto con su ausencia ni la moral proletaria. En verdad, a través de esta época, Recabarren no da tanto la impresión de conducir como en

los tiempos de antes sino más bien de regular el movimiento. De ponerle ritmo. Cuando está en Antofagasta empieza a tener noticias de una ola de huelgas desarrollándose a través de todo el país.

El período crítico financiero del capitalismo se avecina; las masas están con el puñal del hambre estrechándolas contra la muerte. La cuestión es sencilla. O se alcanza el pan batallando —con la posibilidad de conquistar además el poder— o se le mendiga en la certeza de no obtener nada.

La policía, que recibe instrucciones precisas y que parece ser la misma volando por sobre todo el mundo, procede salvajemente contra los obreros. Les flagela, les asesina, les persigue en la más cínica impunidad.

Centenares de familias son arrojadas en la pampa. Las oficinas comienzan a paralizarse. En Chuqui los yanquis reemplazan a los obreros federados por otros que traen de pueblos vecinos. La oficina Ossa se pára y tres mil obreros quedan cesantes. Dos oficinas más hacen lo mismo y son ahora más de dos mil familias las perjudicadas. ¡En Antofagasta se celebra un mitin de ciegos!, pues las autoridades les obligan a mendigar sólo dos días a la semana.

Un congreso de la FOCH se anuncia para pronto. Se cuenta ya con setenta secciones organizadas. Por primera vez el proletariado chileno da pruebas de disciplinada solidaridad. En Santiago se decreta el paro general y desde todo Chile se responde adhiriéndose, pero el Presidente de la República interviene y logra evitarlo.

Recabarren emprende un viaje a Mejillones y es hallándose en este puerto donde tiene noticias de la más extraordinaria huelga que obreros chilenos hayan realizado. Es una huelga ferroviaria llamada "del tarro". La Empresa de Ferrocarriles suprime el personal destinado a manejar "el tarro" a la llegada de los trenes y pretende obligar a los maquinistas a desempeñar este oficio. Los maquinistas responden paralizando sus tareas. Desde Antofagasta las autoridades intentan sacar un tren manejado por rompeshuelgas y resguardado por tropa del ejército; a lo largo de la línea que se extiende desde la Morgue al Cementerio, se coloca una doble fila de mujeres, esposas de los huelguistas, y cuando el tren sale a toda velocidad se arrojan sobre la vía. Los fre-

nos actúan violentamente. Una mujer trata de bajar al maquinista pero un culatazo salvaje la rechaza y la desploma empapada en sangre. Herminio Suárez, un obrero, sale de improviso con una bandera roja y la clava medio a medio en la línea, pero una descarga cerrada de los soldados lo detiene acribillándolo contra el suelo. El tren retrocede lentamente a la estación; no vuelve a salir. Las mujeres, sin embargo, no abandonan en largas horas su puesto. Al fin las peticiones obreras son aceptadas y la victoria se celebra con un mítin que recorre las calles de Antofagasta con delirante entusiasmo.

Prosigue la campaña de preparación del Congreso de la FOCH, y el 19 de Diciembre Recabarren con Teresa y Hernán Cortés parten a Valparaíso de donde seguirán hasta Concepción a reunirse con los demás delegados; en el Congreso están representados sesenta y ocho consejos federales. Se elige a Recabarren presidente y se vota una declaración contra la guerra; se acepta la bandera roja como único emblema de la FOCH; se aprueban, al mismo tiempo, un programa mínimo y otro máximo de reivindicaciones. De la Gran Federación Obrera de Chile, que un abogado fundara para enriquecerse a costa de los obreros y que después pasara a manos de los demócratas con su mismo carácter mutualista-católico, en este año de 1919 no queda nada. Recabarren ha hecho de ella la vanguardia proletaria contra las embestidas capitalistas.

De regreso, habla en Viña del Mar y Santiago y se detiene en La Serena. Llega a Antofagasta, y cuando empieza Abril, se ordena un sorpresivo registro a la imprenta de "El Socialista", que acaba con una nueva prisión en su contra.

El gobierno ha valorizado ahora de una vez para siempre a Recabarren; le considera el mago de las empresas rojas; el orientador absoluto de la pampa, el puño amenazante a la Moneda, y decide acabar con él. Pruebas contundentes de esta decisión no existen; pero es posible sostenerla a base de pequeños informes. Parece que se envía a dos personajes con la orden de liquidar a Recabarren; estos señores se atemorizan en el norte y regresan fracasados. El gobierno, entonces, cree necesario pulsar la eferescencia de las masas y su

adhesión a Recabarren con un secuestro. Arma un complot en Tocopilla en el que se apresura a Julio César Muñoz, aquel zapatero del año 1907, y, acusando a Recabarren de complicidad, el cinco de Abril a las nueve de la noche le trasladan a Mejillones en un automóvil del ferrocarril. Entrevistado Recabarren declaró:

—Yo no pediré mi libertad, así se lo dije ayer al Juez y me negué a prestar declaración porque no quiero hacerme cómplice de actos descabellados... Estoy tranquilo y he reflexionado bien sobre lo que estoy haciendo y lo que haré.

Dos obreros presenciaron el traslado a Mejillones y avisaron a este puerto. Se organizó rápidamente una comisión de la FOCH que, a pesar de sus esfuerzos, no logró imponerse de la llegada de Recabarren. En la noche, no obstante, pudieron observar en el muelle a Recabarren que ya se le embarcaba en una lancha a gasolina, con esposas de fierro, acompañado de dos policías, en dirección a Tocopilla. Desde la cárcel de este puerto Recabarren escribe:

"No quiero por ahora mi libertad. Todas las horas que dure esta prisión incorrecta serán horas de meditación profunda para toda la nación proletaria. Mientras yo pienso aquí todo un pueblo también piensa, y es eso lo que yo amo más. Del pensamiento del pueblo surgirá un magnífico gesto. ¡Pobres burgueses! Cuando nosotros les llamamos a la concordia, ellos se revuelcan airados y nos muerden como víboras desesperadas."

El 7 de Abril se le ponía en libertad. Pero se trataba de una simple maniobra. Los obreros de la pampa habían enviado un ultimátum al gobierno exigiéndole el retiro, en veinticuatro horas, del Intendente Militar, del Gobernador Marítimo y del Prefecto, a quienes se consideraba más culpables de la persecución. El 8 de Abril ya se preguntaba toda la prensa, toda la pampa, todo el mar y las sierras: ¿dónde está Recabarren?

Recabarren había desaparecido. Inmediatamente se declara el paro general.

Son las tres de la mañana en el campamento de Coya. Dos hombres golpean en la puerta de Salamanca, dirigente de la FOCH. Han corrido toda la noche desde Peregrina huyendo de los carabineros que les siguen de cerca, para entregar un mensaje. Es la orden de paro general que viene desde Antofagasta exigiendo noticias de Recabarren. Se moviliza rápidamente a los federados y el mismo día la huelga es un hecho en Coya. Nadie concurre al trabajo. Se apresura a Salamanca, y éste al interrogatorio responde:

—Qué vamos hacer... hemos recibido orden de paro y el paro se hace.

Las veinticuatro horas se mantiene Coya paralizado. Luego, se supo el paradero de Recabarren y todo volvió a la normalidad. Momentáneamente.

A Recabarren se ofreció trasladarle a Iquique en la "Condell", barco de la Armada, y desde allí embarcarlo para Antofagasta. Recabarren no pudo negarse y fué en la "Condell". Al llegar a Iquique no se le permitió desembarcar y en el vapor "Bologna" se le trajo a Valparaíso, donde se le puso en libertad, apresándosele a los pocos días en Santiago. Teresa se le había reunido en la capital.

Transcurrieron ocho días apacibles en Coya. El 18 de Abril un juez instalado en el campamento ordenó un registro del local de la FOCH y de la casa de Salamanca. Se les secuestraron seis mil pesos y se apresó íntegro al Directorio. Al día siguiente, un segundo directorio entra en funciones y va en manifestación con todos los obreros a conseguir el rescate del dinero y de sus camaradas; se les niega todo entendimiento; se realiza entonces un mítin en la Plaza. Uno de los oradores se hallaba en la tribuna cuando el teniente Calvo que dirigía la tropa disparó su pistola contra los obreros e incitó a sus secuaces a hacer fuego; dieciséis heridos y un muerto quedaron en la Plaza. Uno de los heridos a los pocos instantes falleció también, con el corazón hinchado y negro, en la botica del pueblo. Eran las once de la mañana: pocos momentos después volvió la multitud armada de garrotas, de puñales, de dinamita hasta el cuartel. La indigna-

ción les había crecido al ver en el asta izada la bandera chilena a raíz de la masacre. El jefe de las fuerzas militares temió y recurrió a Salamanca para que actuara como árbitro. Salamanca salió y parlamentó con sus compañeros; éstos, al principio, le creyeron traidor y le golpearon, pero después se conformaron a retirarse.

El 20 de Abril, a las cinco de la tarde, partieron los funerales de las víctimas desde la Filarmonía. Un inmenso cortejo de plumas negras abatidas. En una banda de luz verde que descendía del cielo caluroso se desvanecía la polvorienta muchedumbre con gestos asesinos. Lentamente iban a pasar frente al cuartel. La bandera seguía izada. Un vocerío crecía como una enredadera de lenguas desde la tierra; una rabia cruel, homicida, una amargura de uñas como espadas, de lágrimas infernales edificaba llamas en todos los ojos.

—Asesinos... Canallas... La muerte de la sangre como una bruja te perseguirá hasta la perdición... Teniente. ¿Por qué asesinan al pueblo? ¿Qué ha hecho el pueblo?...

Las mujeres frente al cuartel se sacaron los senos y ostentándoselos a Calvo le invitaron, por fin, a disparar...

* * *

Desde Santiago trajeron a Recabarren a Tocopilla para iniciarle un proceso. El mayor Larenas, que lo desembarcó en este puerto, cuando vino de Mejillones, le acusó de haber pronunciado un discurso revolucionario antes de entrar a la cárcel. Recabarren vino a Tocopilla con Teresa y otro compañero.

Mientras tanto, en Antofagasta se reunió una convención presidencial socialista que elige a Recabarren candidato a la Presidencia de la República. Está preso cuando se impone de este acuerdo y lo recibe al parecer sin darle mayor importancia. Las elecciones se llevaron a cabo en Junio y en ellas triunfó A. Alessandri.

Recabarren se entretiene en la cárcel escribiendo prosas revolucionarias; hace un himno a Rusia y un ensayo sobre "Nuestra revolución" en el que afirma:

"La revolución burguesa tiene por mira la ambición de un círculo y por medio el complot cuartelero. La clase obrera no necesita promover motines cuarteleros. La huelga general es un arma superior a todo ejército."

Un incidente curioso le entretuvo mucho más que sus prosas y sus ensayos. Un día se hace en Tocopilla una concentración de federados de la Reserva que la Movilización del año veinte había puesto en armas. Súbitamente, sin origen preciso, cundió la consigna que les arrebató.

—Libertemos a Recabarren, compañeros!

Y se fueron a la cárcel gritando y rugiendo insultos dispuestos a tomarla por asalto. El Alcaide se atemorizó tanto, que le rogó a Recabarren que saliera a la calle a convencerles de que debían retirarse. Recabarren sonriente salió a la puerta y desde allí les habló. Les dijo lo mismo que en un artículo de 1904 le dijera al anarquista Escobar y Carvallo. La revolución no consiste en cruzarse de brazos y entregarse a los gobiernos en caridad de carneros; la revolución es necesario hacerla con serenidad, con cálculo, con visión del futuro. Y si nuestra sola libertad habrá de producir la prisión de millares, lo natural es sacrificar esa libertad por mucho que nos duela. Le vivaron un rato todavía e insultaron otro poco al Alcaide y al gobierno y después se retiraron.

El 23 de Octubre Recabarren obtuvo la libertad bajo fianza de mil pesos, después de doscientos días de prisión. Poco más tarde se le absolvió de todo cargo, y el Mayor Larenas, que le acusara, fué a ocupar su misma celda por falso testimonio.

La alegría de los obreros fué inmensa al verlo nuevamente en jira por la pampa. Se le obligó a hablar tantas veces, que al recibir el homenaje de cinco mil personas en Antofagasta, el día de su llegada, apenas si pudo hacerse oír de puro entronquecido y agotado. Al cruzar por las calles "aristocráticas" de este puerto, desde los balcones, manos invisibles le arrojaron flores.

Poco tiempo estuvo Recabarren en Antofagasta ya que fué enviado como representante al Congreso de la FOCH en Santiago.

Llegido presidente, Recabarren planteó a este Congre-

so la adhesión de la FOCH a la Internacional Roja de Sindicatos: días después se traslada a Valparaíso a un Congreso del P. O. S. y propone adherirse a la III Internacional y cambiar el nombre del partido por el de Partido Comulgista; ambas insinuaciones se aceptan en principio y se deja su ratificación para un Congreso conjunto de ambos organismos que se realizaría en Diciembre de 1921 en la ciudad de Rancagua. Recabarren inicia, entonces, una jira por las provincias del sur.

Desde Antofagasta se le avisa que una convención proletaria de la FOCH y el P. S. le ha proclamado candidato a diputado para las elecciones de 1921. Regresa inmediatamente para alcanzar a su proclamación oficial. Pero en Aguas Blancas un grupo de obreros le detiene y le obliga a ir a San Gregorio y Avanzada a dar conferencias sobre la próxima contienda.

* * *

Son las seis de la mañana. Numerosos fochistas de Avanzada se encuentran reunidos con los mensajeros de San Gregorio. Las oficinas se paralizaban en la pampa vertiginosamente, una tras otra; el gobierno había dispuesto que a los obreros cesantes se les pagaran cien pesos y el pasaje hasta la localidad que desearan. Las Compañías despedían a sus obreros, no les pagaban los cien pesos y les embarcaban a todos para Valparaíso; en San Gregorio se pretendía hacer lo mismo. El administrador les había dicho que deberían ir a Antofagasta para recibir los cien pesos y que el viaje lo harían en carros planos, es decir, que atravesarían la pampa en pleno verano, durante más de seis horas, a pleno sol. Los obreros estaban dispuestos a resistirse; exigirían que los cien pesos se los pagasen en la misma oficina y que antes de cancelárseles por su extracción de mineral se sometiera la producción al control de la comisión de obreros de Antofagasta que no tardaría en presentarse. Por eso pedían ayuda a los obreros de los campamentos vecinos; una robusta demostración de fuerza podría convencer a los patronos que la ley a favor de los obreros se había dictado para cumplirla y no para que la burlaran.

Poco rato después de la entrevista, una caravana numerosa de obreros, en la que no faltaban mujeres, se puso en marcha en dirección a San Gregorio. Cerca de las diez y media de la mañana llegaron rumores a Avanzada de que no se les había permitido el ingreso al campamento. Abandonados en la pampa dejaban transcurrir las horas privados en absoluto de toda clase de víveres. Las mujeres de Avanzada reunieron una gran cantidad de alimentos y se lanzaron, cerca ya del mediodía, con su carga, acompañándose también de sus hijos. La oficina quedó desierta.

En San Gregorio los compañeros les rogaron que se volvieran; desde Antofagasta habían llegado refuerzos militares con ametralladoras y las cosas podían tornarse sumamente graves. A pesar de todo, se introdujeron al campamento algunos niños y mujeres, confundidos muy pronto con la masa que recién se organizaba en su manifestación.

Era el atardecer cuando las mujeres volvían a Avanzada: una inquietud dolorosa les prendía alfileres a lo largo del pecho; sus hijos y sus esposos quedaban allí dentro; en San Gregorio, una tela hecha con pedazos de nubes parecía humo de fusiles desvaneciéndose. Un silencio que parecía venir de toda la extensión de la pampa les inclinaba la cabeza y les daba a sus labios un vacío de estupor y de amargura. Caminaban despacio, sintiendo que esa transformación gigantesca del cielo cruzado por numerosos colores de tonalidades azules y ese hundirse de la tierra en un vapor de neblinas, espeso como la misma arena, les apretaba el corazón y se los empapaba de lágrimas y suspiros sobresaltados. Pronto aparecieron las construcciones de Avanzada. La oficina muerta con una ceremonia de herramientas sin uso. A medida que las mujeres se acercaban una cierta vida tenebrosa, irregular, advirtieron a través de pequeñas luces que corrían y golpes violentos de puertas. Carreras en las tinieblas y voces que se quedaban sin respuesta. Les salieron al encuentro los primeros fugitivos de San Gregorio: hombres horrorizados, con el pelo vuelto una maraña pluma, algunos ensangrentados, con una horrible sensación de pánico infernal en los ojos, sucios y sudorosos, sin palabras por el espanto y el cansancio que les asesinaban la garganta.

—Iban los obreros en desfile...

Y el teniente Argandoña dijo: ¡Alto ahí! ¡Ustedes no avanzan un paso más!

—Sí, tu esposo iba de los primeros... ¿Qué ha hecho el pueblo para que así lo asesinen?, ¿qué hace el pueblo?... Corrían por la pampa, por los espacios abiertos, los hombres, y una tostadera de balas les perseguía, les cazaba y caían destrozados al suelo...

Las mujeres miran con los ojos descompuestos a esos obreros que parecen renacer de un infierno y que le soplan:

—Berríos iba de los primeros... Berríos y Ramos y Trincado y...

Las mujeres lloran y blasfeman, corren hacia todas partes en la desesperación de la impotencia y de la injusticia.

—Al teniente lo mataron, al administrador. Más de cien obreros mataron los milicos... Los obreros iban en desfile, llegaron a la administración a entregar un pliego de peticiones y fueron recibidos a balazos; se defendieron, es claro, se defendieron y mataron... pero ¿qué es lo que han hecho en comparación a esta masacre, a este sangriento asesinato de centenares de hombres que ejecutaron los milicos y los carabineros?

—¿Qué han hecho?

Los relatos se hilvanan, se hacen completos y la serenidad va cundiendo entre los habitantes de Avanzada; muchos caminan en dirección a San Gregorio, otros que de aquí vienen, huyen más allá de Avanzada, más allá de la pampa, robándose caballos, juntando unos pocos víveres y desapareciendo del terror policial para siempre.

Continúan llegando los sobrevivientes. Uno dice:

—... Más de cien muertos... nos balearon como perros... Yo creo que es el comienzo...

Su voz parece un pájaro extraordinario en esta soledad de océanos negros de la pampa.

Desde un principio se trató de comprometer a Recabarren en lo de San Gregorio; la prensa derechista inmediatamente, apenas se supo la noticia, editó suplementos en los que recordaba las conferencias de Recabarren en Avanzada y San Gregorio, y reproducía algunos párrafos "textuales" de ellas:

"No hay que moverse de la oficina aunque le cueste la vida a uno de los nuestros. Nosotros somos muchos y ellos son unos cuantos..."

Con estos procedimientos pretendían restarle electores y desprestigiarlo por el hecho "de haber prendido la mecha y luego sacado el cuerpo..." Pero toda la infamia chocó en la convicción rotunda de las masas y su afecto por el dirigente a prueba de mayores calumnias. Recabarren obtuvo dos mil seiscientos veintidós votos contra mil novecientos setenta y cuatro de Fuenzalida y tres mil seiscientos sesenta y cuatro de Guzmán, con lo que resultó elegido diputado junto con este último.

En el mismo local de la FOCH, en Antofagasta, se improvisó un hospital de sangre para los heridos de San Gregorio; Recabarren y Teresa desarrollaron una actividad que admiró a los mismos burgueses; la policía, que en un principio contribuyó a las flagelaciones horribles de que se hizo víctimas a los presos, retrocedió después y envió víveres a la FOCH. Parece que una vergüenza repentina cundió en las autoridades de todo el país por esta barbarie y se procuró enterrar lo más pronto posible el asunto.

La victoria electoral de los socialistas había sido contundente, por otra parte, pues, en Iquique, Luis V. Cruz fué elegido con más de cinco mil votos. El P. S. era un adversario peligroso para cualquier gobierno. Los dos parlamentarios obreros se trasladaron muy pronto a Santiago, y el 15 de Julio de 1921 Recabarren pronunció su primer discurso, que editó luego en folleto titulándole "Los albores de la revolución social en Chile"; en su tesis afirma que los agitadores socialistas son chilenos y que en su política no se trata de importar teorías del extranjero, sino de plantear problemas nacionales de importancia esencialmente práctica. Entre otras cosas dijo Recabarren en esa ocasión:

—Los agitadores que hay en este país somos chilenos auténticos, somos trabajadores manuales y no intelectuales. Yo he dicho y predicado siempre que nuestra revolución tiene que ser la revolución de los brazos cruzados, del paro general, para obligar a las clases poderosas a ser morales en sus costumbres, a ser justos en todos los aspectos de la vida social con los hombres que trabajan.

Desconcertó naturalmente a los honorables reaccionarios que le creían un anarquista, un criminal peligrosísimo, que le apodaban "el presidiario" y enseñaban a sus hijos a odiarle.

—Yo voy a hablar con sinceridad —dijo también Recabarren— y me habrán de disculpar por cierto mis honorables colegas si digo que siento más respeto cuando hablo en un tablادillo, que cuando hablo en la Cámara... Porque en un tablادillo hablo frente al pueblo; frente a la majestad grandiosa de la clase trabajadora. Y aquí, ¿frente a quién hablo?

Gumucio.—Ante la representación de la soberanía nacional.

Recabarren.—¿Acaso son éstos los representantes de la soberanía nacional? ¿Son los que han cohechado la conciencia del pueblo derrochando el dinero? La soberanía nacional está en la calle, en el pueblo, en torno al tablادillo; ahí están los representantes de la soberanía nacional.

Después recuerda unas palabras del señor A. Cabero a propósito de la mentalidad revolucionaria de los pampinos:

El señor Cabero, que fué Intendente de Antofagasta, decía: "En Antofagasta cada chileno es un agitador, porque cada chileno que sabe leer y escribir y tiene conciencia, no quiere vivir bajo el peso de la opresión y de la explotación."

Evidentemente, Recabarren no pensaba convencer a nadie con sus palabras, pero sí deseaba ganar —y lo ganó— respeto de sus oyentes, la conciencia en ellos de que los socialistas no venían al parlamento a hacer el circo sino a servir de portavoces del pueblo, a plantear sus problemas y a luchar por su inteligente solución. El Ministro Tocornal dijo de Recabarren: es el hombre más sensato de la Cámara.

Recabarren pudo hacerse oír en adelante con tranquilidad; sus discursos, sus proyectos, sus defensas a los campesinos y a los obreros, sus críticas al gobierno, fueron siempre apreciadas debidamente por sus adversarios y el prestigio apostólico que traía del norte se afirmó en la capital y desvaneció paulatinamente toda creencia en su anarquismo incendiario y sangriento. Algunos enconados trataron de hostilizarle aún y solicitaron su desafuero por lo de San Gregorio; pero no hubo lugar a él y Recabarren triunfó una vez más sobre la calumnia.

La FOCH y el POS se habían desarrollado en los últimos tiempos con enorme vigor. Desde que Recabarren lanzara, a su retorno de Buenos Aires, la consigna de la unidad sindical y política de la clase obrera chilena, el calor de sangre desprendido en los combates contra la reacción y el imperialismo, las decisivas victorias obtenidas en las huelgas del norte y la capacitación ideológica cada vez más pronunciada entre los dirigentes, transformaron esa consigna en anhelo unánime del pueblo y la fueron realizando de un modo rápido y coordinado a través de Chile, sin que nadie, no obstante, pensara todavía en la trascendencia de su verificación. Recabarren no se dejó sorprender por el auge de su consigna, y mientras la mayoría de sus camaradas, con una visión local del movimiento, no concebían su amplia estructura, él vio acaecida la oportunidad precisa para celebrar un Congreso Nacional de la FOCH y del P. O. S. que fuera la materialización de la unidad y la síntesis de su proceso revolucionario.

Sucede, en estos instantes, que Recabarren comprende de un solo golpe cuál ha sido la orientación oculta de toda su gesta revolucionaria y cuál la forma única de revelarla al proletariado; sin reconocerlo, muchas veces Recabarren trató de coordinar la lucha antiimperialista en el norte desde un frente de toda la clase obrera; usó el Partido Demócrata, las Mancomunales, las Sociedades de Oficios Varios, últimamente la FOCH y el P. O. S., siempre con la idea de unir fuerzas, de estructurar el movimiento, de oponer al imperialismo una organización nacional que, en los años, cobrara suficiente raigambre y tradición en el pueblo para transformarse en baluarte de libertad. Mientras Recabarren no penetra al marxismo y no toma contacto con las fuerzas obreras internacionales, no llega a la solución del problema político chileno. Desde el Partido Demócrata, desde el P. O. S. y las Mancomunales, el trágico chocar y romperse de la clase obrera contra la reacción es inmutable; no adquiere la revolución categoría histórica, acontece como un desmembrado estremecimiento, inofensivo ante la represalia policial de los gobiernos. A fines de 1921 Recabarren se enfrenta al oleaje unitario de las masas y automáticamente se declara la misión política de su vida y la urgencia de cristalizarla en

una obra definitiva. Convoca a la FOCH para un Congreso Nacional el 20 de Diciembre de 1921, y al P. O. S. para otro el 1.º de Enero de 1922.

En el Congreso de la FOCH, en Rancagua, por una mayoría de 106 votos contra 12 se acordó la adhesión a la Internacional Roja de Sindicatos, y en el Congreso del P. O. S. por unanimidad se ratificó el acuerdo tomado en 1920 de cambiar el nombre del P. O. S. por el de Partido Comunista y de adherirse a la III Internacional.

Y allí, en circunstancias solemnes, antes de hablar a los delegados sindicales y políticos de todo el pueblo de Chile, Recabarren ha fijado su propia línea y se ha dicho: que la lucha improvisada y sin estructura contra el imperialismo toca a su fin; que el pueblo necesita un Partido de la liberación y la defensa de la nacionalidad y necesita una Central obrera que sea el corazón proletario, el único santuario donde la mano de los dictadores, de la explotación y la conquista, se quiebre mortalmente; que, en adelante, el pueblo contará con ese Partido y con esa Central floreciente en la médula misma de la tierra; que nadie podrá negar a los obreros la visión de haber previsto las luchas del futuro y de haberse preparado para la defensa; que, para siempre, en el Partido Comunista y la Federación Obrera de Chile, el pueblo hallará su rol histórico, su ubicación política en el país, los instrumentos de victoria ante cualquier intento de asesinar su bienestar y su libertad.

Desde ese instante en que la unidad se celebra en la clase obrera y se concibe tal unidad como base política encuadrada en determinados principios revolucionarios, desde el instante en que Recabarren valoriza el peligro imperialista y se arma en un partido y en una federación obrera auténticamente nacionales, desde el instante en que concretiza su labor íntegra en una obra contundente, clara, innegable, Recabarren adquiere, ante lo verdaderamente chileno, el carácter de héroe popular. Nadie podrá negarle, en adelante, tal carácter, nadie que sepa que los héroes populares, en su gran mayoría, no se encuentran en medio de las marionettes de bronce, sino apagadamente florecidos en cenizas de batallas, de cárceles o ranchos miserables.

El 7 de Noviembre de 1922 se iba a celebrar en Moscú el Segundo Congreso de la Internacional de Sindicatos y la FOCH decidió, repentinamente, hacerse representar por Recabarren. Este se hallaba en el sur en gira parlamentaria y al saber su comisión regresó inmediatamente a Santiago y partió en condiciones sumamente improvisadas a Rusia en un barco alemán llevando unos dos mil pescos, más o menos, para costear su viaje. Consiguió la corresponsalía de "La Nación"; una ayuda muy apreciable. No lo acompañó Teresa, y fué, entonces, su primera separación voluntaria desde que se unieron en 1911.

A este Congreso asistieron delegados de cuarenta y cinco naciones. Recabarren, el 8 de Noviembre, junto con otros delegados, estuvo apenas en Berlín, de modo que llegó con cierto atraso a los trabajos. En su primera crónica desde Rusia da cuenta de la organización de las imprentas, del rol obrero en las empresas, del bienestar en el nuevo régimen, etc. Sus crónicas demoraron en aparecer, y recién se ha publicado una fechada en Moscú cuando la noche del 19 de Febrero de 1923 llega a la estación Mapocho. Una enorme multitud acude a recibirlo; se le estruja en medio de abrazos, de himnos revolucionarios, de gritos; Recabarren está encanecido; sonríe y parece imperturbable —pero en su interior una emoción le estremece al presenciar ese homenaje que le recuerda las grandes alegrías de la pampa, esa Plaza Condell, esos Sábados Rojos y esas cárceles de tablas que le servían para reponer sus fuerzas. Su emoción es más viva al invítarsele a hablar desde el quiosco de la Plaza de Armas; un encendido destacamento de ojos le observa con ansiedad, el silencio de todos esos seres parece una hoja muerta en medio de la bulla de la ciudad que les aísla; Recabarren se alza, impone dominio a sus gestos y con su voz entera y viril estampa bien alto para toda la burguesía que le cree decepcionado, para todos los cínicos que esperan satirizarlo; para todo el pueblo que confía —el único:

"En Rusia no existe la burguesía gobernante, en Rusia no existe el capitalismo explotador, en Rusia las fábricas, los campos, la producción están en poder de los trabajadores. Os dirán que en Rusia el pueblo se muere de hambre, pero yo os puedo decir que Rusia tiene el ejército más poderoso

del mundo y una nación que puede mantener un ejército tan poderoso no se está muriendo de hambre. Rusia necesita de ese ejército para consolidar la revolución, no sólo en Rusia, sino del mundo entero.

Un suspiro como un ciclón se escapa de la muchedumbre; Recabarren ha triunfado. Es el mismo de toda su honradez, de toda su nobleza, de toda su rebeldía. Ha visto la verdad de una nación del futuro y la trae y la proclama muy arriba de todo temor. En verdad, no ha ido a Rusia a clausurar su movimiento, sino para comprenderlo realizado. Entre aclamaciones y vítores se le acompaña hasta su hogar.

Recabarren está con Teresa y tiene los ojos húmedos de gratitud; la verdad que ahora ha dicho a un pueblo la dirá pronto a todos los pueblos de Chile, la irá entregando como una estampa para clavar en la puerta de los ranchos, de las fábricas, de los palacios. Una actividad recién nacida le pone canciones a todos sus músculos.

Relata con entusiasmo a su compañera las impresiones del extranjero; detalles del viaje, de la vida en Rusia, le muestra una banderita roja que una obrera le obsequió en Moscú; le muestra libros, revistas, ropas y también, ¡ah!, también una pistola modernísima que compró a su paso por Berlín.

III

Es el año de 1924. Recabarren se levanta a las cinco de la mañana, escribe su propaganda hasta las ocho, en que se desayuna, y luego va personalmente a la imprenta de la FOCH a componer sus artículos. Allí se le puede ver con su cabeza de niño emblanquecida, sus arrugas que ya surcan como caminos de hilo su frente, sus mejillas y rodean sus ojos. Los brazos y la cara se le manchan de tinta; en camisa, se confunde entre sus compañeros. Todos los días Recabarren sigue el mismo régimen de trabajo. No descansa nunca, no pasea, no se divierte. En este año del veinticuatro ha he-

cho una jira al sur pronunciando treinta conferencias y despachando de cuarenta a cincuenta cartas diarias. Controla la publicación de "Justicia" y escribe un "Manual del propagandista" que piensa difundir en el norte el año próximo en una jira que abarcará desde Arica a Coquimbo. Su tren de actividad es de una constancia que admira. Puede afirmarse que su línea trazada al iniciar su movimiento en la pampa no ha variado. Igual corriente de vida hincha sus gestos, sus palabras, sus consignas nacidas para que las consagren las masas; por aquel año de 1924 la agitación social adquiere relieves de intensa violencia. Una lucha de dos poderes pone en el aire el anuncio de una catástrofe política: el Presidente de la República, llevado hasta su cargo por la fe del pueblo, se halla frente a un Parlamento enemigo, a una mayoría de reaccionarios que entorpece cada una de sus iniciativas, que posterga la aprobación de los Presupuestos, que impide el pago de los empleados fiscales, que organiza, en suma, un peligroso clima de descontento entre la clase media y las fuerzas armadas.

A pesar de sus treinta y tantos años de lucha revolucionaria, Recabarren está íntegro y alerta a las inquietudes populares. Su conciencia política no sufre vacilaciones; apenas, sí, un malestar al cerebro le sorprende, en ciertos momentos, con su alarma de sombra y decadencia; contra él, Recabarren afirma su voluntariosa personalidad. Habla a sus íntimos de su cerebro con una objetividad escalofriante: "Cuando vea venir mi decadencia intelectual —afirma— y no pueda ya dar al Partido lo que le he dado siempre, me pegaré un tiro...". Naturalmente, nadie toma en serio sus palabras; se le ve seguir con sus ojos mongólicos el vacilante juego de probabilidades para la revolución chilena, con semejante fervor, con igual clarividencia y apasionamiento que durante sus iniciales campañas del Norte. Hay, constantemente, un bullir vital circundándole como una aureola de santo. Cuando su período parlamentario finaliza, dispone sus armas inmediatamente para el nuevo combate. Sin embargo, el Presidente de la República interviniendo en las elecciones, principalmente contra las derechas y, en general, contra todos los que no fueran sus amigos, desbarata toda posibilidad de triunfo a los comunistas. El Parlamento ele-

gido está formado por adictos incondicionales del poder ejecutivo. A causa de esta intervención del Presidente la guerra revolucionaria se acrecienta y con el acto de los militares, el 8 de Septiembre, alcanza su culminación. El Presidente renuncia, abandona el país y una Junta Militar se hace cargo del poder. Los militares enuncian loables intenciones, parecen constituir un movimiento de avanzada, progresista y democrático, se esfuerzan por impresionar a los sectores obreros; delegados de ellos asisten a Congresos proletarios, a concentraciones donde discuten y plantean la posición del nuevo Gobierno.

Se presenta entonces la mejor situación objetiva y subjetiva para que una fuerza organizada del proletariado actúe con audacia influyendo en el ritmo de los sucesos políticos. Tal fenómeno, que hubiera sido trascendental para la historia del Socialismo chileno, no alcanza a producirse. En un instante cualquiera, uno de esos instantes de sangre y condenación que acontecen como la acción de un veneno, Recabarren salta al principio de su tragedia y con su tragedia se precipita la de todo un pueblo que no es sino la extensa historia de la ausencia de los caudillos.

Cuando los dolores al cerebro arrecian, Recabarren se siente cruzado por descomunales terrores que ponen a su espíritu en agonía. Un día cualquiera, piensa, una sombra vendrá como un pájaro salvaje a su cerebro y a picotazos le romperá las más leves ligaduras de su razón, los más delicados mecanismos de su persona. Y, entonces, ¿podrá quebrar el ritmo de toda su gesta revolucionaria sin desear desconsoladamente la muerte?

A sus pupilas vienen las imágenes antiguas, su sereno misticismo en los Padres Franceses, su escapada guerrera en el 91. El ensueño rubio de Amelia y los ojos y la sonrisa y los reproches de Guadalupe. Esas visiones desmanteladas de la pampa en que los estandartes rojos son árboles danzarinés y bulliciosos. Las celdas, las abundantes celdas de soledad, pobladas de imaginaciones y de risas invisibles. Y un coliar de plazas, de tribunas, de noches y discursos, de gritos, de puños y disparos, de sangre y de lágrimas. Y los mares y los barcos y los pueblos extranjeros como una existencia de siglos anterior, en un punto de la nuca...

“Tú y yo seguimos amándonos como si nada interrumpiera nuestra vida llena de idilios permanentes. . .”

Escribió una vez a Teresa y ahora la frase suelta una risa de perfume desvanecido. Los idilios permanentes acaban por fin; si la salvación hubiera venido desde Teresa, la vida estaría riendo ahora y, sin embargo, es una revelación de muerte la que se impone. Ni ese amor, ni el amor del pueblo que ahora se emblanquece de cenizas, pueden calmar al que nace predestinado a ser amante. Y se es tan crédulo o tan humano para seguir llamando amores. Y se llama, cuando no queda otro, a ese amor total que es un perfecto intercambio de misterios; dar el propio misterio a la muerte y recibir de ella la mano que nos invita a recorrer sus túneles de tiniebla.

En su última jira al sur Recabarren ha traído consigo a una hermana de Teresa y le ha dicho:

—He traído tu hermanita para que no lo pases tan sola. . .

Teresa se ha sorprendido y empieza a vigilar sus actos; su silencioso retraimiento; observa su cabello blanco y su figura que se debilita en la negrura de sus trajes proletarios. Y piensa en la muerte. Se paraliza. Y si pensara en . . . Y si estuviera decidido a hacerlo. . . Teresa ha escondido la pistola alemana. Un día va a cerciorarse de si aun permanece donde la ha escondido y espantada se da cuenta de que no está, que Recabarren la ha recuperado y la lleva invariablemente en su bolsillo. Desde entonces duerme y vigila acompañada de un sobresalto como un grito en el alma.

Recabarren sostenía conversaciones frecuentes con Luis V. Cruz; en una de ellas le declaró que su folleto estaba terminado y que su jira al norte la iniciaría en el mes de Enero de 1925. Días más tardes es la noche del 18 de Diciembre. Recabarren come y sale a dar un paseo; a Teresa se ha quedado de malestar al cerebro. Vuelve al poco rato y conversa en la puerta de su casa con una sobrina suya, una joven a quien había llegado a querer inmensamente. Se despide de ella y luego vuelve a hablarla; cuatro veces se despide y otras cuatro vuelve a entablar conversación. Hasta que por fin se retira a su cuarto. Aparece tranquilo y Teresa llega a pensar

que sus temores son vanos. Al día siguiente se levanta a las seis y se pone a escribir. Teresa sale a preparar el desayuno. Está en el comedor cuando siente un estampido y otro y otro, no se fija cuántos. Se avalanza al dormitorio y encuentra a Recabarren tendido en el suelo, en un charco de sangre, con su pistola alemana apretada contra el pecho. Está agonizante; hace esfuerzos para hablar, pero no lo consigue; a los pocos minutos le invade una palidez, una amplia calma y sus párpados pesados y grandes caen sobre sus ojos con el ruido de una nuez que se quiebra en un salón de puro mármol.

En todo Chile se asegura que Recabarren fué asesinado. El P. C. y la FOCH desmienten tal cosa con toda decisión; pero la idea cunde y se desparrama inatajable por todas partes; la prensa de provincia contribuye a la confusión; delegados de la pampa, del carbón, de Valparaíso, vienen a Santiago a investigar y se vuelven con la duda muy adentro, pero con la afirmación oficial en los labios: se ha suicidado. Recabarren, agregan, se disparó cuatro balas en la región del corazón y una en el ojo izquierdo, que le atravesó el cráneo.

En la capilla ardiente que se erige en la FOCH entre montañas de flores rojas, de banderas soviéticas, de himnos comunistas que se entonan todo el día y toda la noche, en el entierro al que concurren treinta mil personas y sobre las tribunas en que hablan treinta oradores, en las flores que la burguesía le lanza desde los balcones, en la seda roja que atraviesa el pecho de las jóvenes que preceden su ataúd, en todas partes, en el cielo, en el sol, en las camisas, en los diarios, la duda subsiste, es eterna e imborrable como una mancha en una nube blanca.

Y he aquí, que el “Sembrador de Odios” ha muerto. Le fueron clavando puñales minúsculos desde su nacimiento hasta su muerte, en cada trozo de su piel; le llamaron Sembrador de Odios, presidiario y asesino; le pusieron como una zarza alrededor de sus pasos la desconfianza, la incomprensión y la antipatía. Le combatieron y le destrozaron limpiamente como sólo saben destruir los hombres. Le ocultaron a la Historia de Chile con un trajecito raído de tipógrafo y

agitador nortino . . . A cada esperanza suya le pusieron frente a frente un veneno.

Y el Sembrador de Odios, en la más ágil alegría de su existencia, en la pureza más roja de su corazón, escribió un día desde la cárcel, sencillamente, cuando el aire de la pampa empezaba a traer celajes para el cielo:

"Hacer del amor la vida. He ahí todo. El gran trabajo."

OBRAS DE INTERES SOCIAL

- LA JUVENTUD Y LA CULTURA*, por Lenin. Los postulados de Lenin sobre la orientación de la enseñanza en la URSS. y problemas de la juventud \$ 1.00
- LAS FUENTES HISTORICAS DEL MARXISMO*, por Lenin. La mejor síntesis de la doctrina marxista. 1.00
- SOCIALISMO UTOPICO Y SOCIALISMO CIENTIFICO*, por Federico Engels. Los antecedentes filosóficos e históricos del marxismo estudiados por el compañero de estudio y de luchas de Marx. 1.00
- LA RELIGION Y EL MATERIALISMO HISTORICO*, por Lenin. Los orígenes y papel de la religión en la historia de la humanidad. 1.50
- LENIN*, por Stalin, Gorki, etc. 3.00
- LOS FUNDAMENTOS DEL LENINISMO*, por Stalin. El mejor, más completo y más actual estudio y exposición de las enseñanzas de Lenin. 3.00
- EL PROBLEMA SEXUAL EN RUSIA*, por Henry Fouillet. Lo que piensan el marxismo y las nuevas generaciones rusas sobre el problema sexual. 1.50

EDITORIAL "ANTARES"

San Francisco 347—Santiago